

EN LOS ORÍGENES DEL FASCISMO ESPAÑOL: JUAN APARICIO LÓPEZ (1906-1987), UN INCONFORMISTA-ICONOCLASTA LLEGADO DE GUADIX.

ON THE ORIGINS OF SPANISH FASCISM: JUAN APARICIO LÓPEZ (1906-1987), A NONCONFORMIST-ICONOCLAST OUT OF GUADIX.

Antonio Guillén Gómez
anguigom@hotmail.coms

Recibido: septiembre de 2014 / Aceptado: noviembre de 2014.

Resumen

Juan Aparicio López fue, sin duda, uno de los hombres más significativos e influyentes en el devenir de la historia de España, circunscrita a los difíciles años centrales del siglo XX. Gran escritor de raza, se analiza tanto su activismo político como su colaboración literaria con diversas revistas de preguerra. Fue uno de los fundadores de las JONS, aunque destaca su labor como maestro de periodistas desde la Escuela Oficial de Periodismo que estableció en 1941. Los vínculos con su ciudad natal, Guadix, estuvieron siempre presentes en su prolífica obra.

Palabras clave

Segunda República Española | Falange Española de las JONS | Guerra Civil | Censura franquista | Historia del periodismo.

Summary

Juan Aparicio López was, indisputably, one of the most important and influential men in the unfolding of Spanish history, centred on the problematic years of the mid-20th century. A great writer by upbringing, Great writer of race, both his political activism and his literary collaboration with various pre-war magazines are analyzed. He was one of the founders of the JONS, but highlights his work as a teacher of journalists from the Official School of Journalism that he established in 1941. The links with his hometown, Guadix, were always present in his prolific work.

Keywords

Spain's Second Republic | The Spanish Phalange of the JONS | Civil War | Francoist | History of Journalism.

A MODO DE INTRODUCCIÓN Y DE *MEA CULPA*.

Hace algún tiempo, rebuscando en mis papeles antiguos, me encontré con dos tarjetas postales, que yo apenas recordaba (documentos 1 y 2). Me las envió, en su momento —allá por el verano de 1980— don Juan Aparicio, un personaje que, hasta entonces, había sido muy respetado e influyente, tanto en el campo de la política franquista, como en los ámbitos periodísticos; pero al que yo no tenía el gusto de conocer personalmente. Con suma amabilidad, el ilustre periodista se dirigía a mí, desde Guadix, motivado por algún artículo mío, aparecido años atrás, y por las réplicas al mismo, firmadas por el entonces delegado provincial de Bellas Artes, Vicente González Barberán: todo ello, publicado en el periódico *Ideal*, de Granada, en el verano de 1977. En resumen, don Juan Aparicio aprovechaba el momento para pedirme información, acerca de un personaje, José Peral Olivares, natural de Orce, mi pueblo, que, a finales del siglo XVIII o principios del XIX, llegó a la villa de Fiñana (Almería), en calidad de “jefe político y administrativo”. Afincado definitivamente en dicha población almeriense, allí se casó, convirtiéndose en “un mandamás”, y dando origen a una prolífica saga de “Perales”, a la que pertenecerían el propio padre de Aparicio y el teniente general Joaquín Rada Peral, su primo segundo. El ya maduro escritor accitano me decía, además, que, en ese momento, veraneaba en Guadix, donde, a la sazón, escribía sus “colaboraciones de prensa”, su “diario” y sus “memorias”.

Aprovechando esta temporada en sus lares, había viajado a Orce, acompañado de su primo, Carlos López Abellán —médico y ex alcalde de Guadix—, con ánimos, tal vez, de entrevistarse conmigo. Pero, al no encontrarme allí, decidió escribirme. Finalmente, se me ofrecía muy cortésmente, y me invitaba a visitarle en su casa madrileña de Alberto Aguilera. También me dejaba su teléfono. En aquellos momentos, yo me encontraba disfrutando de un viaje veraniego, a través de varios países de Sudamérica —Brasil, Uruguay, Argentina y Chile—, por lo que, en principio, no pude contestar a su requerimiento. Más tarde, de vuelta en España, debieron de surgirme algunos problemas ineludibles —entre otros, un inmediato cambio de domicilio—, que me obligaron a postergar la pendiente contestación a don Juan Aparicio. Finalmente, nunca correspondí a su amable demanda. Aunque, ahora, con el paso de los años, uno hace un exhaustivo examen de conciencia y llega a la conclusión de que, en aquella no respuesta tal vez se escondieran otras razones, no tan evidentes e inmediatas.

En algún rincón del subconsciente, quizás se enrocaba una especie de pertinaz rechazo a todo lo que se relacionara con la política franquista, entonces en pleno desguace. Por contra, a los jóvenes de mi generación nos habían dejado marcados los santones o gurús del pensamiento moderno: nombres como Marcuse, Althusser, Sartre u otros precursores del “Mayo del 68” francés, con su “imaginación al poder” y otra larga serie de genialidades. Consignas sostenidas y aireadas, a escala local, por nuestro inseparable vademécum, en aquellos días: la revista *Triunfo*, en cuyas páginas predicaban semanalmente, capitaneados por José Ángel Ezcurra, los más actuales profetas de la progresía antifranquista: Eduardo Haro Tecglen, Miret Magdalena, Manuel Vázquez Montalbán, etcétera. En definitiva, al trasluz de los semanales enunciados de *Triunfo*, hubiera sido

un pecado de lesa progresía mantener contacto con un personaje tan recurrentemente denostado, como, al parecer, era entonces don Juan Aparicio, por un sector del gremio periodístico. Empezando por el propio Haro Tecglen, que fue su alumno, en la Escuela Oficial de Periodismo, y, posteriormente, su más fiel detractor. Por lo que a mí respecta, ahora me arrepiento de un proceder tan inconsecuente e injusto, el mío; tan alejado del viejo apotegma español que predica, y con razón, que lo cortés no quita a lo valiente. Con lo fácil que hubiera sido mantener un contacto directo con el ya setentón don Juan Aparicio –todo lo efímero e intrascendente que se quiera–, habida cuenta de que, en aquel tiempo, ambos vivíamos a muy pocos metros de distancia, en el madrileño barrio de Argüelles: él, como ya se ha dicho, en la calle de Alberto Aguilera; y yo, en la de Blasco de Garay. ¿Qué peligro había, a la altura de 1980, de posibles y letales contaminaciones ideológicas, con un franquismo en plena descomposición? Lo cierto es que bien pudimos hablar de temas, en los que, sin duda, ambos coincidíamos plenamente: nuestro sincero amor a Guadix y a su esplendente historia pasada, por ejemplo. Pero esto no ocurrió. Por eso, ahora, a muchos años de distancia, creo llegado el momento de ahondar en la controvertida figura política y humana de este hombre, nacido en Guadix; para, dentro de lo posible, tratar de situarla en el fiel de la balanza de su trayectoria histórica. Y, desde luego, des- apasionadamente; con toda la objetividad que pueda desprenderse de los más fiables documentos coetáneos.

APRENDIENDO A VIVIR –Y A PENSAR– EN UNA ESPAÑA INVERTEBRADA: GUADIX, ALMERÍA, GRANADA.

En el seno de una familia pequeño burguesa, Juan Aparicio López nació en Guadix (Granada), el 29 de julio de 1906. Es hijo del abogado y periodista, Juan Aparicio Peral, natural del vecino pueblo de Fiñana (Almería), y de Carmen López Ortiz, natural de Guadix¹. Por ambas partes, los ascendientes directos de Juan se dedican a los negocios bancarios: Manuel y Emilio Aparicio Peral, probablemente hermanos del padre, regentan pingües empresas bancarias, entre los años 1918 y 1925, tanto en Fiñana como en Almería². Y, por lo que respecta a

1. Los Peral, de Fiñana (Almería), como ya se ha dicho, provienen del caballero José Antonio Peral Olivares. Éste había nacido en Orce (Granada) en torno al último cuarto del siglo XVIII y era hijo de Juan Peral, natural de Exfiliana, y de Isabel Olivares, natural de Zújar. Probablemente, fuera descendiente colateral, por parte de padre, de Joseph Peral, cura propio de Orce, al menos desde 1752 a 1760 [Archivo Parroquial de Orce (APO). Cuentas de Fábrica, 9-2-1, fol. 82]; y, por parte de madre, de Pedro de Olivares y Peláez, gobernador que fue de la misma villa de Orce, desde 1750 a 1753; aunque este señor continuó viviendo aquí, hasta el día de su muerte, ocurrida muchos años después de haber finalizado el tiempo de su alcaldía mayor (Guillén, 2009: 78-80). Familia de todos ellos debió de ser también Francisco Peral, cura propio, por cierto, de la parroquia de Fiñana, en torno a 1784 (APO. Pleitos, 17-13-1). Por lo que respecta a José Antonio Peral Olivares, éste murió en Fiñana alrededor del año 1849. Villa a la que llegó –según su descendiente Juan Aparicio– para desempeñar funciones de “jefe político administrativo”; y aquí, convertido en “mandamás”, quedó afincado para siempre. En el año referido dictó su testamento, acosado por una larga enfermedad, de la que debió morir; pero dejando atrás una prolífica descendencia.

2. Manuel Aparicio Peral (Fiñana, 1877–?) fue miembro de la UGT y afiliado al partido socialista de

la línea materna, sus familiares más directos también han venido rigiendo, desde finales del siglo XIX o principios del XX, la única casa de banca importante, radicada en Guadix: la Banca Juan José López e Hijos. Juan Antonio y Miguel López Ortiz, hermanos de la madre de Juan —y tíos también del futuro alcalde accitano, Carlos López Abellán—, según un escrito de 1959, “sobresalieron siempre en la buena sociedad accitana; destacaron y se distinguieron en todo momento, como banqueros y como personas particulares, por su probidad, bondad, exactitud y seriedad”³. En lo que atañe al padre, Juan Aparicio Peral, éste nos aparece ejerciendo el periodismo en Granada, alrededor del año 1895⁴. Algunos años después, desempeñará la secretaría del Ayuntamiento de Guadix, durante algún tiempo. A comienzos de 1904, junto a un buen número de notables conciudadanos, aparece firmando, ante el Ayuntamiento de esta ciudad, la solicitud de nombramiento de hijo predilecto de Guadix, a favor del presbítero, Pedro Poveda Castroverde (futuro santo de la Iglesia Católica). Nombramiento que se hará efectivo, en la sesión municipal del 16 de febrero del propio año 1904. Según la propia madre de Aparicio, Carmen López, el P. Poveda fue siempre un gran amigo de su familia (Velázquez, 1986: 212). En 1908, Juan Aparicio Peral seguía siendo jurado del Ayuntamiento accitano⁵.

De este matrimonio nacieron ocho hijos, de los que, aparte de Juan, que probablemente sea uno de los mayores, sólo nos han llegado noticias de los llamados Cayetano, Álvaro, Diego y Octavio. Juan aprendió las primeras letras en un colegio de su ciudad natal, hasta cumplir los seis años, punto y hora en el que dio comienzo a los estudios primarios, también en un centro de Guadix. Pero, ya desde muy niño, se vio afectado por una irrefrenable pasión hacia la lectura, incluyendo en sus pasatiempos más habituales títulos y autores de literatura fantástica, junto a otros muy impropios de su corta edad. El mismo nos lo confesará, años después, al escribir lo siguiente:

ese pueblo durante la Segunda República. Vocal de su comité revolucionario, fue elegido concejal tras las elecciones de febrero de 1936. Ocurrido el alzamiento militar del 18 de julio, fue encarcelado; pero pronto sería puesto en libertad, con la condición de abandonar la política. Desde ese momento, colaborará con los golpistas. No obstante, en abril de 1939 fue detenido, pero sería absuelto dos meses más tarde: 5 de junio (Rodríguez, 2010: 5).

3. *Acci. Semanario Informativo Gráfico-Literario*, 216 (Guadix, junio de 1959), p. 2. El ex banquero Miguel López Ortiz, miembro de la razón social «Juan J. López e Hijos», murió en Guadix el 26 de septiembre de 1981 y su cadáver fue llevado a hombros, hasta el cementerio, por sus propios empleados. Asistió al sepelio su sobrino Álvaro Aparicio López. Vid. diario *Ideal* (Granada, 27 de septiembre de 1981).

4. En 1896 Juan Aparicio Peral es redactor del periódico vespertino *El Popular*, de Granada. Como tal, el 22 de abril de dicho año, publica un artículo titulado “El Arte y los Artistas”, en el que ataca y fustiga la calidad pictórica del entonces popular pintor granadino Rafael Latorre Viedma. El motivo es un cuadro pintado por Latorre, titulado *El arrepentimiento de la Magdalena*, que no ha gustado nada a la condesa de Gabia, tras haberlo pagado. Parece ser que Aparicio publicó tal artículo, a instancias de la propia condesa, la cual le entregó veinticinco pesetas por su trabajo denigratorio. Ante las arremetidas de otros periódicos granadinos, como *El Defensor de Granada* o *La Publicidad*, el director de *El Popular* expulsó de la redacción a Aparicio Peral. Y no sólo eso, pues el pintor Latorre demandó a la condesa de Gabia y al susodicho periodista. El cuadro era excelente, según los críticos, y al final fue adquirido por el arzobispo, quien lo regaló a la Catedral granadina. Vid. *El Popular* (Granada, 25 de abril de 1896).

5. *El Accitano* (Guadix, 30 de mayo de 1908).

“Yo tenía siete años... Era el muchachito ensimismado y abstraído en los itinerarios novelescos, el París de Zola y los relatos de Conan Doyle [...]. Y de improviso, un día: ‘Papá, papá, cómprame el Robinson Crusoe’ [...]. Otra vez de improviso: ‘Papá, papá... ¿quién fue Aben Tofail? –Pero si Aben Tofail es de Guadix, paisano nuestro...’. Y yo amé –desde entonces– a este paisano, que, ignorándolo aún, indudablemente había sido el abuelo de mi protagonista preferido [Robinson Crusoe].” (Aparicio, 1927: 2)

Hacia 1916 se examinó en Granada del primer curso del bachillerato, como alumno libre⁶. De 1918 a 1922, es decir, desde los doce a los dieciséis años de edad, pasó a la ciudad de Almería, en cuyo Instituto de Enseñanza Media, realizaría los restantes cursos del bachillerato. Aquí se revela ya, nítidamente, su innata vocación periodística, creando un primer semanario, entre sus condiscípulos. Y aquí, también, transcurrirán los primeros años de una juventud gozosa, que él relatará después, en algunos de sus cuentos o artículos: por ejemplo, el titulado “Disparate”, incluido en su libro, *Historia de un perro hinchado*, en el que describe la luminosa y bullanguera vida portuaria de Almería, en 1921, vista por un estudiante de quinto año de bachillerato (Aparicio, 1945a: 25-30). Es éste, fatalmente, también, el año en que muere el padre, Juan Aparicio Peral. Parece ser que, por este tiempo, toda la familia había trasladado su residencia a la ciudad de Almería. O, al menos, temporalmente. Pues precisamente, aquí, en esta capital andaluza, nacerá, en 1921, Octavio, el benjamín de la casa⁷. No obstante, la muerte del cabeza de familia no debió de ocasionar un desastre económico demasiado estridente, pues, en realidad, todos los hijos pudieron continuar estudiando, hasta finalizar sus respectivas carreras.

Por lo que respecta a Juan, éste conservaría siempre una gran admiración hacia la memoria de su padre. En 1977, cuando ya venía de vuelta de tantas cosas, cumplidos los setenta años, todavía recordaba así al autor de sus días, respondiendo a un periodista:

“Fui un poeta precoz, debido, sin duda, a la herencia paterna como hijo de abogado en ejercicio, que había sido periodista y fundador de *El Regional* de Almería, a principio de siglo, antes de nacer yo.”⁸

Sea como fuere, la vida no se detiene en este punto crucial para los Aparicio. En 1923, cumplidos los dieciséis años, Juan queda matriculado en la Universidad de Granada, donde deberá cursar la carrera de Leyes, en la Facultad de Derecho. Él recordará siempre con agrado estos difíciles años universitarios, marcados por la impronta de una dictadura recién inaugurada, tras el golpe de mano del general Miguel Primo de Rivera, en septiembre del mismo año 1923. Y comienza a aflorar

6. Con tal motivo, acompañado por su padre, pasó a la ciudad de Granada, hospedándose en un céntrico hotel de Puerta Real, pero con tan mala fortuna que el pequeño examinando sufrió una ligera indisposición en la víspera del examen. Afortunadamente, el mal le fue contrarrestado a tiempo por el entonces conocido médico capitalino Fidel Osuna (Aparicio, 1963: 17).

7. Gran parte de estas noticias familiares le fueron proporcionadas al escritor torrevejense Francisco Rebollo Ortega, por Marisa Aparicio Jalón, hija de Juan Aparicio (Rebollo, 2015).

8. Entrevista realizada por el periodista Joaquín Valverde Sepúlveda, publicada en *La Voz del Sur* (Jerez de la Frontera, 6 de marzo de 1977).

su innata rebeldía hacia una política, nacida de la Restauración de 1875, que ha empujado a la nación hacia un precipicio irreversible. En general, la rebeldía juvenil se va imponiendo en las aulas universitarias, pese a la castrante censura manejada por el régimen. Y, correlativamente, las inquietudes literarias del joven estudiante accitano comienzan a manifestarse, pasando a colaborar en algunas publicaciones, como la granadina *La Publicidad*, o la madrileña *El Estudiante. Semanario de la Juventud Española*⁹. De estos años estudiantiles en Granada él recordará con agrado a sus profesores más entrañables, Teodoro Sabrás (Matemáticas), Eloy Señán (Literatura y preparatorio de Derecho), etcétera (Aparicio, 1963). Y, sobre todo, la figura magistral de Fernando de los Ríos, con cuyas ideas socializantes parece concordar, en principio.



**Don Juan Aparicio López,
Periodista de Honor.**

*Juan Aparicio durante los debates de la Ley de Prensa.
Fuente: ABC, 22 de enero de 1966 (Hemeroteca Digital ABC).*

Pero las sucesivas etapas vacacionales él las disfruta plenamente en Guadix, donde viven los suyos, y donde ha dejado a un nutrido grupo de antiguos amigos, ungidos todos ellos de las mismas inquietudes literarias y artísticas que a él le subyugan y apasionan. Se trata de un floreciente plantel de jóvenes activos que, al parecer, se fueron aquerenciando a la figura polivalente del célebre magistral José Domínguez Rodríguez, muerto el 2 de enero de 1916. Un excelente escritor

9. *El Estudiante. Semanario de la Juventud Española*, 3 (Madrid, 20 de diciembre de 1925), p. 10.

de obras tan admiradas como la novela *Nieve y Cieno*, y que, a pesar de haber vivido en Guadix sólo veintiséis años —de 1890 a 1916—, dejó a su alrededor un excelente rescoldo intelectual, alertando y modelando las conciencias de muchos jóvenes, vinculados al Círculo de Obreros Católicos o al Liceo Accitano. Entre todos ellos, sobresalen Manuel Serrano de Haro, fundador, director y mecenas de la revista *El Corregidor*, una de las de más largo recorrido, entre las muchas surgidas en Guadix por estos años; Juan Ruiz Ferrón, director de la publicación anual *Nieve y Cieno* —aparecerá todos los años, el 2 de enero, fecha de la muerte del magistral Domínguez—, en memoria del dicho sacerdote; el futuro gran pedagogo, Agustín Serrano de Haro o Rafael Carrasco. Además del “fácil y agudo poeta de modernos vuelos Juan Aparicio, de ágil pluma, y dinámico organizador [...]”. Y todo esto se hacía por puro amor al arte, por íntima satisfacción, y además poniendo toda el alma en la labor”, etcétera (García Contreras, 1963). El propio Agustín Serrano de Haro, muchos años después, evocando sus juveniles nostalgias de Guadix, recordaría a esta pléyade de jóvenes entusiastas cincelada a la sombra nutriente del magistral Domínguez que, sin duda, creó amplia escuela. Uno de estos jóvenes sería el propio Juan Aparicio que, aunque sólo contaba diez u once años cuando murió Domínguez, le recordaría con nostalgia y acierto, dibujándole en un poema alusivo, según nos recuerda el propio Serrano de Haro:

“Anécdotas de su guitarra y de sus pinceles, que enamoran a Gonzalo Bilbao [excelente pintor sevillano]; de la viveza de su ingenio chispeante, de su generosidad desmedida:

‘Niño grande. Palabras de Dios. La sotana
para el mendigo.
Siempre hubo en su casa pan de trigo
y una clara fontana...
¡Bebed, comed! Soy vuestro amigo’,

escribió de él Juan Aparicio en aquella linda revistilla, *Nieve y Cieno*, que todos los años, tal día como hoy, le dedicábamos en Guadix y que no debimos dejar de publicar.” (Serrano, 1949)

A influjos de esta corriente —y siguiendo a Serrano de Haro—, surgieron en Guadix significativas publicaciones periódicas como *Pedro Lagarto*, *Patria Chica*, *Gente Nueva*, *Guadix-Baza* y, ¿cómo no?, la ya mentada *El Corregidor* (agosto 1923-julio 1925), de la que fuera sustento y alma máter el propio hermano de don Agustín, Manuel (muerto, prematuramente, el 2 de julio de 1936)¹⁰; pero “que tuvo la suerte de recoger las primicias de Juan Aparicio, al que llamaba Manuel García Miranda «la voz lírica del valle»”. Y, a la cabeza del grupo, Juan Ruiz Ferrón, “uno de los hombres a quien más quiero”, asegura don Agustín Serrano de Haro (1957)¹¹. Este Juan Ruiz (Guadix, 12 de julio de 1888 – 18 de febrero de 1975),

10. Para un conocimiento exhaustivo del periodismo accitano en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, véase el extraordinario trabajo realizado por el historiador Manuel Jaramillo Cervilla (2012).

11. *El Corregidor* fue una revista decenal que apareció en 1923 y se mantuvo vigente hasta 1925.

aunque algo mayor que los demás, es admirado por todos sus compañeros de las avanzadillas literarias. El propio Juan Aparicio, con motivo de la muerte de este entrañable personaje accitano, escribiría lo siguiente, en torno a 1975:

“Juan fue feliz y desdichado, al compás que su ciudad, que sufría y mermaba o se expansionaba en la diáspora de Cataluña y del extranjero, liquidando el pinto-resquismo de las cuevas y desprendiéndose de su prole audaz, como Juan Ruiz tuvo la desgracia de la desaparición patética de sus hijos, compensando con el culto a Don José Domínguez, patentizado en la edición anual de *Nieve y cieno* [el primer número apareció en 1918, dos años después de la muerte del Magistral], cuyo coste le pertenecía por su libre albedrío humilde y generoso. Viudo y huésped del Asilo de Ancianos y de sus monjitas hospitalarias, a las que había protegido y defendió durante las escaseces y peligros del trienio sangriento [1936-1939], parecía un místico señor, un asceta de la amistad, un corresponsal del Más allá, al lado de Torcuato y de Cabezas, tan serviciales y de los pálidos tizones del braserillo eléctrico, mirando a la nada y al oculto horizonte de los cerros nativos y disponiendo sus cristianas voluntades.” (Hernández, 2009)

Y, en el fondo de muchas de aquellas actitudes juveniles, un doloroso pellizco de rebeldía e inconformismo, tal y como el propio Juan Aparicio recordaría muchos años después: una incipiente oposición hacia el Estado liberal burgués, lastrado por el sistema caciquil.

Coincidiendo, precisamente, con las vacaciones navideñas del año 1927, Juan Aparicio dio a conocer una visita efectuada a la ciudad de Guadix por Federico García Lorca, acompañado, al efecto, por el maestro Manuel de Falla. Federico ya era un escritor que gozaba de amplia nombradía popular: acababa de llegar de Sevilla, donde había tomado parte en una reunión, organizada al alimón, pocos días antes, por Ignacio Sánchez Mejías y el Ateneo hispalense, con la presencia de la mayor parte de los componentes de la que pronto sería llamada Generación del 27: Alberti, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, etcétera (Alonso, 1984). Parece ser que el joven Juan Aparicio fue uno de los designados para acompañar a estos ilustres huéspedes, durante su estancia en Guadix. Fruto de ello fue un sustancioso y jocosos artículo, escrito por Aparicio y publicado por *La Gaceta Literaria*, de Madrid: la célebre gran revista de las vanguardias artísticas, recién creada por Ernesto Giménez Caballero, y en la que el joven escritor accitano había logrado introducirse. El artículo en cuestión decía así:

“FEDERICO GARCÍA LORCA EN GUADIX. El Día del Rey tuvimos a Federico García Lorca con nosotros. Un *Fiat* nos lo trajo. Y la noche —a las ocho— lo devolvió a Granada. Haremos la contabilidad de su visita, el balance de lo que nos dio y lo que le dimos.

1º. Federico hizo brotar el chorro de su *presioso*, de su *grasioso*, de su *estupendo* surtidor de imágenes; de bonitas metáforas, recién acuñadas, los malabareó ante un clavicémbalo, rosa, oro —rococó— del siglo XVIII; frente a una reja repujada; junto a una luz naranja...

- 2º. Federico nos hizo varias definiciones de Guadix; de su paisaje; de su signo andaluz, andalucísimo...
- 3º. Federico hizo el panegírico de la Hora andaluza –entre alusivos *rabia*, *rabiña*... al norteño *Basterra*–¹².
- 4º. Federico hizo declaraciones de fe a nuestro arcediano del seiscientos, Doctor Mira de Mezcuca [sic], con propósitos puros de editar en breve *Acteón y Diana*.
- 5º. Federico hizo la postrera anagnórisis del Barrio de las Cuevas –oh, ah, eh–, incluyéndolo ya para siempre en el circuito de turismo recomendable a forasteros visitantes; llegó hasta prometer, para el verano próximo, una temporada de medio mes de vida troglodita, de casi probables cuadros suyos cueveros –que él cree entusiasmarían y entusiasmarán a Salvador Dalí–.
- 6º. Federico hizo una *corbeille* de elogios apretados a la poetisa Roca de Togores, a D. José Zorrilla, al Duque de Rivas y a Fernández y González.
- 7º. Federico anunció la inminentísima aparición de la revista de la joven literatura granadina, *Gallo*.
- 8º. Y Federico nos dejó su perfume –el incienso aromático de Federico que aún está entre mis manos. Federico estuvo toreando a la tarde, lo vimos a punto de interpretar a Haynd en el clave sin teclas. Y ahora viene el desinterés de García Lorca, su espléndido carácter. Tanto como nos dio, tanto como nos dijo –1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, y 8– Federico, y en trueque dadivoso, magnánimo, solo se llevaba de Guadix: unas docenas de roscos de vino, y el tema para un verso... ‘el sol que se va y los niños que lo persiguen por las paredes. Abur, abur. Aparicio’. Y remata su escrito, a modo de postdata: –El maestro Manuel de Falla ha descubierto en los sótanos de la catedral de Guadix un precioso clavicémbalo del siglo XVIII, que lleva esta cartela: *Franciscus Pérez Mirabal, me facit in civitate Hispalensi. Anno domine 1737* [sic]. Se trata de un valioso y bello ejemplar.” (Aparicio, 1928b)

Finalmente, en 1928, Juan Aparicio obtiene la licenciatura en la Facultad de Derecho de Granada. Y, con su flamante título académico en la valija, decide trasladarse a Madrid, antes de que finalice el año citado. Parece ser que, a sus veintiún años, siente una imperiosa necesidad de salir de Guadix. Y todo ello, a pesar del incuestionable amor que siente hacia su patria chica. Él alega que tiene que hacer el servicio militar; pero la verdad es que su ciudad natal se le ha quedado pequeña, a la hora de poner en práctica una serie de planes de futuro que brujulean por su mente inconformista. Él mismo nos dará las razones de esta huida hacia adelante, muchos años después. En efecto, en 1957, con ocasión de una visita a Guadix, para inaugurar la Biblioteca Municipal que lleva su nombre, diría al respecto de su, a pesar de todo, irrenunciable esencia accitana:

12. Alusión al diplomático y poeta, natural de Bilbao, Ramón de Basterra, últimamente unido a la corriente futurista. Murió el 17 de junio del mismo año 1928.

“Mi vida entera, la pasada, la presente y la futura, está enmarcada entre las figuras de Jiménez Valverde, Jiménez Rueda y esta nueva representación de la juventud de ahora que también representan con sus inquietudes y sus ansias Casas y Manuel de Haro. Entre estas figuras y los que estáis aquí por un golpe del destino, está toda mi vida.” (Acci, 1957e: 1-2)

Y prosigue narrando el periodista que comenta el acto:

“Aludió [Aparicio] después a sus años mozos en que siendo unos chicos con quince años, el alcalde actual [Carlos López Abellán] y él fueron los auténticos revolucionarios en aquel año de 1924, en que acudieron a la estación de la ciudad para protestar ante el general don Miguel Primo de Rivera, porque Guadix no estaba gobernado como debiera. Fue aquello, no una locura, sino un auténtico acto de nobleza juvenil. *Los que entonces gobernaban ya no existen, y les criticábamos por la sencilla razón de que no nos gustaba aquel Guadix de su más honda decadencia. Porque nosotros entendemos que España es lo mejor del mundo y Guadix lo mejor de España. Ustedes, queridos amigos, no se dan cuenta de lo que es Guadix. Yo que salté de aquí hace treinta años, vuelvo ahora buscando aquella paz y los afectos más hondos. El impulso que nos da esta región autóctona y fortísima, es el que ha hecho mi obra: y puedo decirlo, tranquilo y orgulloso: si algo he hecho y algo he sido lo debo a ser hijo de Guadix.*” (Acci, 1957e: 2)¹³

Por la tarde de esta misma jornada, todavía en Guadix, a modo de despedida, el homenajeador acabó rematando su discurso:

“El orador dijo que no hacía falta recordar que era accitano; que en Guadix nació, se bautizó, hizo su primera confesión y recibió la primera comunión. Por eso, dijo, no es extraño que ahora desee confesarse ante vosotros un pecador que aquí recibió la mayor parte de los sacramentos. Dijo que en su juventud apasionada sintió la necesidad de huir de Guadix porque en esta ciudad no había bibliotecas. Recordó las obras de Concha Espina y Ricardo León que constituían el modesto fondo bibliográfico del Casino, y su entusiasmo cuando se abrió en la Estación del ferrocarril una librería que permitía adquirir las últimas novedades editoriales. Recordó también que al salir de su ciudad natal, se entregó a la lectura apasionadamente en las mejores bibliotecas de Madrid, y que en su formación acelerada fue comprendiendo que a medida que más se alejaba de Guadix, impulsado por las curiosidades intelectuales, más se iba acercando a la verdadera grandeza de Guadix.” (Acci, 1957: 10)

Y esta misma idea la repetirá, un año después, refiriéndose a la fortuita salida de Guadix, programada en su día, por otro accitano de bandera: Pedro Antonio de Alarcón. Salvando las distancias temporales, las razones esgrimidas por los dos son idénticas. Por lo que, *mutatis mutandis*, serían tan aplicables al novelista decimonónico como al propio Aparicio. En efecto, “hay que figurarse a este guadijeño —escribe Aparicio de su paisano Alarcón—, cayendo sobre el Madrid de doña Isabel II. Venir a Madrid es la prueba a la que se somete a la mocedad ambiciosa para medir sus ímpetus y sus debilidades, su poder de creación y su

13. La cursiva es nuestra.

poder de adaptación, su fortuna y su desdicha" (Aparicio, 1958). Pues hete aquí que, mozo ambicioso y lleno de ímpetus inconformistas —y hasta, en cierto modo, iconoclastas—, será el propio joven de veintidós años, Juan Aparicio, el que recale en Madrid, en los últimos meses del año 1928, dispuesto a comerse el mundo, enfrentándose al incierto porvenir. Ambición de saberes, inconformismo político, postura iconoclasta frontal, inquina contra unas normas de conducta más que periclitadas...

LA GACETA LITERARIA Y SU ENTORNO (1927-1932).

De *La Gaceta Literaria*, revista que se mantendrá vigente en Madrid desde el año 1927 al de 1932, se han escrito muchos elogios; entre otros, que se trata de una referencia imprescindible para el estudio de la historia ideológica de la España del siglo XX (Hernando, 1974; Hernando, 1975). Su propio creador e impulsor, Ernesto Giménez Caballero, no tendrá reparo alguno en identificar esta publicación quincenal, con la llamada Generación del 27, por lo que no duda en afirmar que "*La Gaceta* fue la precursora del vanguardismo en la Literatura, Arte y Política. Una política que por dos años [1927 y 1928] resultó unitiva y espiritual, y desde 1930 divergente, pues la juventud se fue politizando. Y de *La Gaceta* saldrían los inspiradores del comunismo y del fascismo en España" (Giménez, 1979: 58). En definitiva: las dos corrientes ideológico-políticas extremas que, al final, llenarán de consternación y zozobra la inmediata década de los años treinta en España. Dirigida por Giménez Caballero, y actuando como secretario Guillermo de Torre, el primer número de *La Gaceta* apareció el 1 de enero de 1927, en el que, a modo de exordio, destaca un artículo de Ortega y Gasset: "Sobre un periódico de las letras". El verdadero título del quincenario era *La Gaceta Literaria, Ibérica-Americana-Internacional. Letras Arte Ciencia. Gran periódico quincenal*. Por la variedad de sus secciones y por el acierto de sus contenidos, pronto se convierte en una de las publicaciones más admiradas del momento intelectual, reuniendo en sus páginas a las mejores plumas del país. En el primer número, se hace relación del comité redactor, en el que figuran nombres tan relevantes como los de Ramón Gómez de la Serna, Pedro Sainz Rodríguez, José Moreno Villa, José Bergamín, Melchor Fernández Almagro, Antonio Garrigues Díaz-Cañavate, Edgar Neville, el pintor Vázquez Díaz (que, por cierto, después dibujaría un retrato a Juan Aparicio), etcétera. A comienzos de 1929, Guillermo de Torre —que acababa de establecerse en Buenos Aires, donde casará con Norah Borges, hermana de Jorge Luis— es sustituido en la secretaría por César Muñoz Arconada, un personaje tornadizo y de evidente inestabilidad ideológica. Pues, según relata el propio Giménez Caballero:

"Cesar Muñoz Arconada, que, al marchar Guillermo de Torre a Buenos Aires, quedó de Secretario un tiempo, al principio se sintió fascista y me ayudó a traducir *En torno al casticismo de Italia*, título unamunesco que puse a la obra de Curzio Malaparte, y que llevaba como Prólogo mi 'Manifiesto' del 15 de febrero de 1929. Libro que publicaría Rafael Caro Raggio, el cuñado de Baroja, tras leerlo y aprobarlo el gran don Pío. Arconada fue el que me presentaría a Ramiro Ledesma Ramos, su vecino de Cuatro Caminos, calle de Santa Juliana, 6, y empleado de correos y

estudiante de Filosofía y Matemáticas. Pero Arconada, en su pobreza y lirismo y sus errores románticos... derivaría al comunismo, con pureza y humildad.”

El manifiesto al que hace referencia Giménez Caballero no es otro que su *Carta a un compañero de la joven España*, conocido entonces como “El Gimenazo”; en él se sembraban los gérmenes iniciáticos de un sindicalismo nacional; o lo que es igual, la primera proclama del fascismo a la española (Giménez, 1979: 68-70)¹⁴.



Cabecera de La Gaceta Literaria, n.º 14 (Madrid, 15 de julio de 1927).

Sea como fuere, lo cierto es que, en pocos meses, la revista se convirtió en referencia obligada, respecto a todo lo relativo a las vanguardias artísticas, alineando entre sus colaboradores nombres tan cimeros como los de Ramón Gómez de la Serna, Luis Buñuel, Salvador Dalí, Jorge Guillén, José Bergamín, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Pablo Neruda, Rosa Chacel, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Ramiro Ledesma Ramos, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Gregorio Marañón, Max Aub, Corpus Barga, el propio Juan Aparicio, etcétera. Y, llegados a este punto, surge la ineludible interrogación: ¿cómo un desconocido jovencuelo de Guadix consigue ver estampada su firma en las páginas de una de las revistas más prestigiosas del momento? El propio Giménez Caballero nos proporciona la respuesta, al citar entre otros “ilustres gaceteros” al accitano Aparicio:

“El otro gran amigo fue Juan Aparicio, que me escribiera un día desde Guadix, enviándome unos escritos sobre su paisano Alarcón y el ruso Maiakowski, con una gran capacidad testimonidora, y con el que continuaría hasta hoy [año 1976], que

14. A este respecto no podemos dejar de traer a colación una anécdota que, en cierto modo, se relaciona con algunos de los personajes citados más arriba. Allá por los primeros años 1980, un grupo de ateneístas teníamos una concurrencia tertulia en “La Cacharrería” del Ateneo de Madrid. La tertulia era dirigida por mi buen amigo Amadeo Aláez Rojo, catedrático de Filología Inglesa, y a ella acudía alguna que otra vez Julio Caro Baroja. Hete aquí pues, que un día en que nos preparábamos para iniciar la tertulia con la presencia de don Julio, apareció de la forma más inesperada Ernesto Giménez Caballero, un anciano entonces, algo estrambótico y sin la presumible prestancia que proclaman las fotos de sus años mozos. La tertulia era presidida por un viejo sofá de tres plazas. Y, por deferencia obligada, los organizadores pensamos que debían sentarse en el sofá presidencial Giménez Caballero y Julio Caro. Pero este último se negó a tomar asiento junto a Giménez Caballero, alegando que el otrora *enfant terrible* de la política había dicho algo en sus recientes *Memorias de un dictador*, que atentaba a la personalidad de su tío, el gran don Pío. Resumiendo: la papeleta se resolvió cuando alguien decidió que yo me sentara en el sofá, entre el ínclito Gecé y don Julio Caro. Ellos dos, yo creo que ni se dignaron mirarse.

he tenido el gozo de filmar su pueblo natal, el de Abentofail, Mira de Amezcua y don Pedro Antonio, el del *Sombrero de Tres Picos*, ese Guadix que me apasiona, entre el diablo y el ángel.” (Giménez, 1979: 63-64)

Como veremos inmediatamente, Giménez Caballero no acierta exactamente en la sincronización de los hechos, pues el trabajo sobre Mayakovski aparece en *La Gaceta*, en 1930, cuando Aparicio llevaba ya más de un año viviendo en Madrid y, al parecer, todavía muy atraído por los principios revolucionarios de la Rusia soviética; atracción que sería borrada de un tajo, poco después, tras su encuentro con Ramiro Ledesma Ramos, para acabar enlazando con este último una entrañable amistad.

Lo cierto es que Juan Aparicio comienza a publicar en *La Gaceta* desde muy pronto. Apenas contaba la revista seis meses de vida cuando, desde Guadix, el joven escritor local remite su primer artículo, con el título de “Alarcón y su efeméride de 19 de julio”, el cual le es publicado en el número 14, correspondiente al 15 de julio de 1927. Se trata, en efecto, de un trabajo muy bien estructurado, que tiene por objeto un recorrido por la vida y por la obra del novelista Alarcón y que termina con una singular afirmación, al poner de relieve un cierto paralelismo entre el pensamiento del escritor decimonónico y el del noventayochista Ramiro de Maeztu: “Corolario final. Alarcón = Maeztu. ¿Forman una asíntota? ¿Se aproximan? Quizás a Maeztu podrá conocerse en el espejo de Alarcón”.

El segundo artículo de Aparicio se publica en *La Gaceta* apenas un mes y medio después. Se trata del trabajo al que ya nos hemos referido anteriormente, “Aben Tofail o el abuelo paterno de Robinson Crusoe” (Aparicio, 1927: 2)¹⁵. Para el próximo artículo, tendremos que remontarnos al número 25 de *La Gaceta*, correspondiente al 1 de enero de 1928. Su título, “Baroja ¿desenmascarado? (Notas sobre la posible tragicidad amorosa del Hombre malo de Itzea)” (Aparicio, 1928a). Muy poco después, 15 de febrero de 1928, aparecerá publicado el artículo sobre la visita de Federico García Lorca a Guadix, asunto que ya hemos tratado en párrafos anteriores (Aparicio, 1928b). En el número 33 aparece el trabajo “Postal portuguesa: España y la saudade”, cuyo tema central es la correlativa venida a España del escritor vanguardista lusitano Eugenio de Castro (Aparicio, 1928c). El próximo en aparecer será el trabajo titulado “Los poetas proletarios rusos”, en el que su autor deja traslucir su persistente atracción por todo lo que trasciende de la Rusia de los soviets, y en el que, por cierto, tiene a bien intercalar uno de sus frecuentes recuerdos hacia la figura de su antiguo profesor granadino, Fernando de los Ríos. El artículo comienza así:

“Fue hace ya tres años. El catedrático Fernando de los Ríos, en su aula de Derecho Político, profesaba delante de nosotros –se presupone: la maestría– su lección europea. Universidad del Sur –Granada. En la misma Granada de los palacios nazaríes, la del verso gitano de Federico; la –para Baroja– ciudad *zarapastrosa y provinciana*, la que Eugenio D’Ors coloreó de orientalismo.” (Aparicio, 1928d: 3)

15. Con poca diferencia en el tiempo, Agustín Serrano de Haro también dedicaría una semblanza biográfica a su paisano Abentofail (Serrano, 1926).

Y continúa delineando el boceto impresionista de la figura –pulcra y acicalada siempre, aunque izquierdosa– de su antiguo profesor, y de sus clases, en las que no dejaba de rendir pleitesía “a los mandamientos liberales del 89... Nuestro D. Fernando, iluminado entonces, cantaba... cantaba... mientras recortábase en el ambiente mágico su chaquet correctísimo, y tañían a difunto los esquilonos, campanas y esquelines de todas las iglesias granadinas”.

En el número 47, correspondiente al 1 de diciembre de 1928 (p. 6), son los redactores de *La Gaceta* los que tienen a bien publicar un artículo de gratitud y elogio para el pueblo de Guadix. La gacetilla dice así:

“Andalucía. Guadix.- *La Gaceta Literaria* tiene en esta ciudad andaluza –como en otros muchos sitios– un grupo hondamente afecto a nuestra causa literaria, que nos sigue con una devoción que nunca agradeceremos bastante. Capitanean este número de jóvenes nuestros colaboradores Aparicio y López Abellán. Últimamente hemos recibido de Guadix una prueba de esta simpatía hacia nuestro periódico. Francisco Giménez –pintor, escritor y músico– que ha enviado un cuadro –un bello bodegón– donde nuestra Gaceta aparece como elemento pictórico. Junto con él, una carta de encendida adhesión, donde Francisco Giménez cuenta sus vicisitudes espirituales desde su posición enemiga hasta su conversión al arte nuevo. Su cuadro tiene –indudablemente– no pocos aciertos de color y de estructura. Francisco Giménez es un artista de rara intuición que puede realizar muy bellas obras. Le agradecemos mucho el bodegón que ha tenido la amabilidad de dedicarnos.”¹⁶

De esta nota de redacción, evidentemente, se desprende la labor proselitista llevada a cabo en este tiempo por Juan Aparicio entre sus jóvenes colegas accitanos. Él apenas cuenta veintidós años.

Sin embargo, a partir de aquí, se impone un largo silencio de Aparicio respecto a sus colaboraciones con *La Gaceta Literaria*. Este momentáneo alejamiento abarca todo el año 1929. Las razones tal vez haya que buscarlas por distintos caminos: los engorrosos trámites de su posible incorporación a filas; su matriculación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de la calle de San Bernardo¹⁷; la búsqueda de un posible trabajo, para ir subsistiendo en Madrid, y el hallazgo de un domicilio para toda su familia, pues parece ser que ésta se instala en la Villa y Corte, al completo, donde sus hermanos Álvaro, Diego y Cayetano, a partir de ahora, quedarán matriculados en la Universidad. Desde el punto de vista ideológico, su inmaduro pensamiento juvenil todavía continúa basculando entre una serie de cuestiones latentes, de las que no es la menos destacable su pertinaz atracción por la Rusia soviética. Sea como fuere, ya bien avanzado el año 1930 reinicia sus colaboraciones con la prestigiosa revista de

16. Otro pintor accitano ensalzado por *La Gaceta* es Ismael González de la Serna, que en este tiempo ya goza de cierta fama internacional pintando en París. El artículo sobre este artista evidentemente está fechado en la capital francesa, y lo firma el especialista Albert Dreyfus (1927: 5).

17. Hacia 1933 terminaría su nueva carrera, licenciándose en Filología de Lenguas Clásicas. Aquí tendría a su alcance las clases impartidas por uno de los mejores claustros de profesores que entonces se conociera en Europa: Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Julián Besteiro, Claudio Sánchez-Albornoz, Américo Castro, Xavier Zubiri, Manuel García Morente, etc.

Giménez Caballero¹⁸. En el número 79, correspondiente al mes de abril del año en cuestión, aparece el artículo, firmado por Juan Aparicio, "Diálogos sobre la vocación: las de Unamuno" (Aparicio, 1930a). Evidentemente, el objeto central de este trabajo incide en la gran figura de Miguel de Unamuno, al que, por cierto, esta misma revista le había dedicado un gran homenaje monográfico, en las páginas del número anterior, el 78 (marzo de 1930). Y será apenas un mes después, hacia el 15 de mayo (número 81 de la revista, página 4), cuando aparezca la conocida colaboración de Juan Aparicio, a la que su autor titula, "Rusia. Resurrección sin Mayakowski": se trata de un interesante poema, dedicado a la memoria del gran poeta ruso, comunista y futurista, Vladimir Mayakovski, quien acababa de suicidarse, en abril, al contemplar los resultados actuales de su revolución bolchevique. Antes, había escrito cosas como ésta: "Estoy allí donde esté el dolor; —me crucifica la lágrima más pequeña". Por lo que respecta al homenaje de Aparicio, éste decía así (tal y como aparece publicado en la revista):

"Y los poetas mueren por Jesucristo
para salvarlo de los hombres.
El Pope degollado grita a los campesinos
el suicidio de Maiakowski.
La 'Perspectiva Newski' se ha perdido
alrededor de su cadáver.
Sobre la cruz de la hoz y el martillo
los dos brazos de un corazón.
La estepa, la basílica, los ríos
hilan su duelo de silencio.
En la Santa Rusia del bolcheviquismo
-Essenin, Dostoievski y Blok.
Camaradas de Jesús con Vladimiro
en la rijosidad del mundo.
-Vladimir Maiakowski, tu futurismo
era sed de mayor espíritu.
Grabaste los versos en los frontispicios
más próximos de las estrellas.
La semana de pasión fue tu periplo
a donde los apóstoles patinan.
Allí besarás al Padre. Y el alarido
será: Dios ha resucitado.
... Cien millones de rusos
comen huevos de Pascua."

En el número 86 (julio de 1930), Juan Aparicio es llamado a participar en la elaboración de una encuesta, dirigida por la redacción de *La Gaceta Literaria*, en la que han venido interviniendo, hasta ahora, la mayor parte de los principales

18. Poco antes, el 8 de enero, había participado en un sonado y agitado homenaje en honor de Giménez Caballero, celebrado en el café Pombo —"la sagrada cripta de Pombo", según la definiría el escritor Ramón Gómez de la Serna— al que también asistieron muchos de los jóvenes literatos del momento, como Eugenio Montes, Samuel Ros, Rafael Alberti, Ramiro Ledesma Ramos, entre otros.

intelectuales del país: todos los que, hoy por hoy, están en pleno candelero; y entre los que no pueden faltar los cabezas de fila de la Generación del 27. Pero la respuesta de Aparicio se ha salido de los tácitos cánones establecidos y, pasando por encima de los acostumbrados convencionalismos, no deja títere con cabeza. Veamos su contestación, en el citado número de *La Gaceta*, "Aparicio (Una encuesta sensacional: ¿Qué es la vanguardia?". El encuestado empieza por dar a entender, que él no cree demasiado en las modas literarias, en esa corriente efímera que se implanta, despótica, en un momento concreto. Y pone, como ejemplo, el modernismo, sacralizado y glorificado por todos, en torno al año 1907:

"Se supusieron modernistas: los desafíos de Paco Villaespesa, la barbita y los poemas llorones de Juan Ramón, la voz fornarinesca de Canedo¹⁹, el ir y venir fecundo de Mesa por el Ateneo²⁰, o el chaqué impecable de Antonio Machado, la mirada ardiente y las almas más o menos paralíticas de Pérez de Ayala, los cuellos de pajarita de don Gregorio Martínez Sierra, etcétera."

¿Y qué fue de todo ello, veinte años más tarde? Pues otro tanto ocurrirá con los que hoy se autodenominan vanguardistas: "La pederastia imaginativa considerada como una undécima Musa acecha la virginidad de los literatos juvenzuelos". ¿Acaso comienza ya a aflorar en él el sambenito de la homofobia, que, muchas décadas después, no dudarán en aplicarle sus oponentes más descarados? Pero, ahora, él no pierde el paso, y prosigue con sus críticas a los llamados vanguardistas:

"Hay una voz suya, de sus días, que rueda en las provincias españolas como aportación mágica y propia: putrefacto. Desconfiad de la originalidad."

El dardo incendiario parece ir dirigido directamente a García Lorca, verdadero artífice del término putrefacto; pero es probable que de la quema tampoco se escaparan ilesos nombres como los de Luis Cernuda, Gregorio Prieto o el propio Salvador Dalí. ¿Pudiera ser que Aparicio se sintiera herido, respecto a García Lorca, por no haberle invitado éste a participar en su célebre revista granadina *Gallo*? Sea como fuere, Aparicio finaliza así su respuesta:

"Yo –devoción del soviét– admiro y saludo –desde aquí, para siempre– las genialidades, genuinas, genéticas de Giménez Caballero –hacista–, al sindicalismo de Alberti, a José Francisco Pastor, Ledesma Ramos –autoritarios, jerarcas, concentrados. Lo demás... literatura. Vanguardia."²¹

Ni que decir tiene, los exabruptos de Aparicio cayeron como un jarro de agua fría en algunos círculos literarios, aunque el único que se atrevió a mostrar públicamente su irritación fue Miguel Pérez Ferrero, quien hizo saber sus quejas al

19. "La Fornarina" fue una célebre cupletista de los primeros lustros del siglo XX. Murió en 1915, en pleno éxito. Enrique Díez Canedo, en realidad, fue un poeta postmodernista.

20. El excelente poeta madrileño Enrique de Mesa había muerto, prematuramente, el 29 de mayo de 1929. A partir de 1916 pronunció numerosas conferencias de divulgación literaria, desde la cátedra del Ateneo de Madrid. De ahí la puntualización que hace Aparicio, al referirse a él.

21. José Francisco Pastor (1905-1936), seguidor de la corriente nacional-sindicalista, será también colaborador de *La Conquista del Estado* a partir de 1931.

director de *La Gaceta*, por haber incluido entre sus encuestados a un *parvenu*, llegado de Dios sabe dónde y totalmente desconocido en el emergente parnasillo literario²². Pero el “intruso” Aparicio tampoco se mordió la lengua. Muy al contrario, en el número 90 de *La Gaceta* (septiembre de 1930), saldrá al público su “Juan Aparicio López: Carta abierta”, en la que responde a su objetor, en términos no menos polémicos:

“Querido Giménez Caballero: Me permitirá en *La Gaceta Literaria* una pequeña divagación inútil sobre ese gesto que quiso ser reticente, de gran señorito deportista, de Miguel Pérez Ferrero, al comentar y calificar mi intromisión en su encuesta sobre la vanguardia literaria española. No pretendo justificarme, ni exponer mis ejecutorias; porque esa tarea de mentarse la madre respectiva o presumir de historia la considero como ‘bluff’ o ‘réclame’ muy necesarios para cualquier estrella de café concierto, y todavía no he pensado contratar mis virginidades ni reproducir mi fotografía. Le devuelvo a Pérez Ferrero el atributo de ‘distinguido’, pues seguramente lo empleó en su matiz mostrenco. Yo me quedaría de buenísima gana con la significación etimológica: de distinto, diferente (no por aristocracia o ‘turbunismo’, sino por verdadero afán popular de cumplir mi ‘dharma’). Pero Pérez Ferrero desconocerá el latín y no he de aceptar la otra distinción. Además, no la necesito. En cambio, no me disgusta el mote de polizón. Si he conseguido merecerlo con mis actos. En el tablado de nuestra literatura hay tanto exceso de amaneramiento, de artesanía, de casta, de rito masónico [por lo cerrado y críptico], que el ensayo de un aficionado y desconocido de la calle, de intervenir en escena –aun solo con las narices o con los zapatos–, es siempre para él una aventura, irrita al oficinista u oficiante y regocija al espectador, hastiado de los mismos truquitos cotidianos y del periodismo con vitaminas. Polizón de un minúsculo “raid” –de punta a punta de Madrid–, estuve tentado a publicar el reportaje de cuanto vi y escuché durante la travesía. Mas esto quizás contribuyera a darme algún renombre o fama, a los cuales oscuramente renuncio. La mano amiga de Aparicio.”²³ (Aparicio, 1930b)

Evidentemente, el joven guadijeño ya apuntaba maneras.

Pero *La Gaceta* tampoco atravesaba, ya, por su mejor momento. Tras el nuevo cariz –filofascista– impuesto por Giménez Caballero a su línea ideológica, los habituales medios de financiación habían comenzado a fallar. No obstante, la revista se rehace, y Aparicio seguirá colaborando con cierta intermitencia. En el número 92 (octubre de 1930) aparecerá su recensión al libro de la escritora Concha Suárez Otero, *Vulgaridades (notas de la vida vulgar de dos vulgares muchachas)*, publicada por la editorial Mujeres Españolas: se trata de un libro en el que afloran, ya, ciertos relampagueos feministas, de cuyo acierto y moder-

22. El escritor y periodista Miguel Pérez Ferrero era un año mayor que Aparicio, pero ya había publicado en 1923 su primer libro de poemas. Ejercía la crítica de cine en *La Gaceta Literaria*. A partir de 1945, reafirmaría su carrera periodística en los periódicos *ABC* y *Blanco y Negro*, de Madrid, donde firmaba sus críticas cinematográficas con el seudónimo de *Donald*. Murió en 1978.

23. Dejando aparte al citado Aparicio, por algunos otros jóvenes intelectuales del momento –Ramiro Ledesma Ramos, César M. Arconada, etc.– la vanguardia, en general, también sería tildada de vacío esteticismo, identificándola incluso con conductas transgresoras del orden moral tradicional. El propio Ramiro les acusará de homosexualidad, en su respuesta a la citada encuesta sobre la vanguardia, publicada por *La Gaceta Literaria*.

nidad Aparicio no duda en dejar constancia. En el número 99 (febrero de 1931), aparece otro artículo de Aparicio: el titulado, “Polémicas universitarias: ¿Parcas o Amazonas?” (Aparicio, 1931). Aquí continúa con el tema de la joven mujer española, defendiendo su llegada a la Universidad: era de elogiar su crecido número de matriculadas en la Facultad de Filosofía y Letras, etcétera. Él conocía bien el paño, pues, por aquellas mismas fechas, cursaba la rama de Filología en lenguas clásicas, dentro de dicha Facultad. Y como era un tema candente, de plena actualidad, vuelve sobre él, en su última aparición en *La Gaceta*: se trata de su artículo titulado “Polémicas universitarias: gritos y pasquines”. Es su último trabajo, como decimos, en este periódico; pues, a partir de aquí, ya totalmente catecumenizado por Ramiro Ledesma Ramos, se dedicará de lleno a la ofensiva política, dentro del grupo emergente *La Conquista del Estado*.

LA CONQUISTA DEL ESTADO, SEMANARIO DE LUCHA Y DE INFORMACIÓN POLÍTICA (MARZO – OCTUBRE DE 1931).

En 1930, el diplomático de origen bilbaíno, José Antonio de Sangróniz, busca jóvenes dispuestos a organizar un frente de tipo fascista. Y, en esas, se encuentra con Ramiro Ledesma Ramos. El proyecto se consolidará en 1931, con el lanzamiento del semanario *La Conquista del Estado*, precedido del correspondiente manifiesto político. Una ofensiva juvenil, en toda regla, que ya había venido anunciándose en las páginas de *La Gaceta Literaria*, mezclando conceptos de origen fascista, con rasgos de pura índole regeneracionista, sin olvidar ciertas inquietudes culturales y universitarias que, en último extremo, se inspiraban en Ortega y Gasset²⁴. Los gérmenes de esta corriente filofascista, como decimos, ya se habían venido gestando en las páginas de *La Gaceta*, predicando subliminalmente el mismo inconformismo antiliberal y antiburgués que ya hacía estragos entre las juventudes intelectuales de toda Europa. Este semanario, en fin, *La Conquista...*, se publicará en Madrid, entre los meses de marzo y octubre de 1931, como resultado concreto de la organización política que, con el mismo nombre, trataba de lanzar el citado Ledesma Ramos. La organización se vertebraba en torno a dos consignas fundamentales: nacionalismo profundo y revolución de carácter económico-sindical. Su declaración de principios, ideológica y tácticamente, figura en el primer número del semanario, aparecido el 14 de marzo de 1931, justamente un mes antes de la proclamación de la República. Desde el primer momento, aparte del precursor Giménez Caballero, el principal colaborador de Ledesma en este trascendental empeño político, fue Juan Aparicio López. El propio Ledesma hará mención del incuestionable protagonismo del accitano, desde los inicios de este movimiento:

“Semanas antes de la aparición de *La Conquista del Estado* conoció Ledesma a Juan Aparicio, que se debatía en la sima comunista, pugnando por entrar en ella, pero no pasando nunca de la puerta, en parte por su timidez de poeta y escritor formidable, en parte también por las vacilaciones que originaba en él su magnífica

24. Según el periodista Emilio Romero, “Ortega, para aquel fascismo [incipiente], era un santón, aunque con reparos” (Romero, 1985: 22).

sensibilidad de español y de patriota. Aparicio pasó a *La Conquista del Estado* como secretario de redacción y fue, hasta el final, una de sus mejores plumas.” (Ledesma, 1935)²⁵

Ninguno de sus compañeros de filas discute este protagonismo: “El gran auxiliar de Ledesma fue Juan Aparicio”, arguye Giménez Caballero (Giménez, 1979: 78)²⁶; y José María de Areilza, advenedizo simpatizante de este frente, añadirá: *La Conquista del Estado*, “semanario [...] de signo nacionalista, sindical y autoritario con fuerte acento en la revolución social”, fue capitaneado por Ledesma y secundado por Juan Aparicio (Areilza, 1974: 89)²⁷. Pero será el propio Juan Aparicio, el que, muchos años después, con ocasión de cumplirse el vigésimo aniversario de la creación de este movimiento, pronunciaría su célebre conferencia del Ateneo de Madrid, el 21 de abril de 1951 (Aparicio, 1939a; Aparicio, 1951). Y aquí empieza por confirmar que visitaba por primera vez a Ramiro Ledesma Ramos en su casa de Cuatro Caminos, en las vísperas del nacimiento de *La Conquista del Estado*; en cuya ocasión, Ramiro le leyó el manifiesto, que habría de lanzar unas semanas después. Esto quiere decir, que inician sus relaciones, en torno a los primeros días del año 1931. El manifiesto *—La Conquista del Estado. Manifiesto Político—* contaba con puntos tan revolucionarios como el 14, en el que se auguraba la expropiación de los terratenientes:

“Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los Municipios y entidades sindicales de campesinos.”

En fin, “Ernesto Giménez Caballero [el siempre inquieto e inquietante ‘Gecé’, asegura Aparicio] desde su circuito imperial de 1928 por tierras occidentales, había descubierto el secreto de Roma, y consigo, el mito universal del Fascismo” (Aparicio, 1939a: 16)²⁸. La propaganda se inicia con gran fuerza: el 8 de febrero del mismo año 1931. El propio Ledesma, en compañía de Álvaro Aparicio (hermano de Juan), Germán Escribano Ortega y Ramón Iglesias Parga (el popular ‘R.I.P.’) reparte en Madrid el “Manifiesto”²⁹. Hasta lograron utilizar un coche con megáfono, con el que recorrieron varias céntricas calles de Madrid. Pero, a pesar de los intentos efectuados, para atraer adeptos a este frente revolucionario,

25. Este libro se publica bajo el seudónimo de Roberto Lanzas. Nosotros hemos utilizado la edición crítica, prologada por Roberto Muñoz Bolaños (2013: 195).

26. El propio Rafael Alberti —según Giménez Caballero— también osciló ostensiblemente entre fascismo y comunismo durante la etapa de *La Gaceta Literaria*.

27. En el mismo lugar, Areilza peregña el siguiente retrato de Aparicio: “Pero un día apareció el dibujo del yugo y de las flechas sacado de tantos testimonios de nuestra arqueología histórica, traído por Juan Aparicio, que era entonces un joven delgado de morena tez, ojos meridionales penetrantes, que había cursado Derecho en la Universidad y oído algún comentario sobre esa simbología de Fernando de los Ríos, granadino como él” (Areilza, 1974: 92).

28. Giménez Caballero, en su folleto “Circuito imperial” de 1928 —así lo denominó él mismo—, había recorrido catorce países europeos dando conferencias en París, Milán, Roma, Florencia, Bonn, Frankfurt, Münster, Berlín, Hannover y en varias capitales de la Europa oriental. Véanse sus citadas *Memorias*...

29. Álvaro Aparicio, estudiante de carrera técnica, al igual que su hermano Diego, estudiante de Derecho, ingresan pronto en las filas del nacional-sindicalismo dirigido por Ramiro Ledesma Ramos, convirtiéndose en fervientes activistas, como veremos a lo largo de este trabajo.

pocos o casi nadie creían en la apuesta de Ledesma. Los resultados fueron descorazonadores.

“Al fin prosigue Aparicio hubo diez españoles ignotos y descabalados que se decidieron a unirse momentáneamente con Ramiro para la firma y presentación del manifiesto. Componíase este equipo de once jugadores políticos, once españoles, cuyas semblanzas ha trazado el mismo Ledesma con una desenvoltura de retratista callejero, más que de pintor áulico y cortesano (Ledesma, 1935: 194-200). Acaso dolieron a Ramiro las posteriores defecciones; pero si el grupo inicial no tuvo cohesión, era previsible que pronto se descarriase lo que era tan impar, y había costado tanta paciencia unir transitoriamente. Desde Bermúdez Cañete, el economista de la agrupación, procedente de los aledaños confesionales de don Ángel Herrera, aunque fue el primer traductor de *Mein Kampf*, de Hitler, hasta Francisco Mateos, el dibujante y pintor sevillano que presumía de sus amistades filocomunistas muniquesas cerca de Gross y Toller³⁰, se encontraban en medio Giménez Caballero, que aún no había concebido su *Genio de España*³¹, aunque sí había dirigido en 1928 una carta abierta, a modo de proclama, a nuestras juventudes, conteniendo un índice intelectual de oposición al liberalismo burgués y de aspiración a una España imperial sustentada en una doble mística social y heroica³². O el universitario Ramón Iglesias Parga, que a los pocos meses se hizo comunista [...]. O Ricardo de Jaspe, un medio aristócrata andaluz que llegó hasta nosotros por conducto del señor Sangróniz³³. O Alejandro Raimúndez [...]. O Manuel Souto Vilas, o Antonio Riaño Lanzarote, originario de la FUE [Federación Universitaria Escolar]³⁴, o Roberto Escribano Ortega, monárquico [...] o el más benjamín del grupo que era yo mismo en persona, por lo que se me eligió como secretario perpetuo.”

Al final, todos firmaron y juraron obediencia al intrépido jefe del grupo, Ledesma Ramos, “durante aquel crepúsculo de un sábado lluvioso de febrero”, en el número 7 de la entonces avenida de Eduardo Dato (hoy Gran Vía), donde el periódico tendrá su redacción y administración (Aparicio, 1939a: 21-25).

30. George Grosz, pintor vanguardista alemán, afiliado al partido comunista. Como tal, participó en la *Revolución Espartaquista* de 1919. Ernst Toller, poeta, dramaturgo y revolucionario alemán de origen judío, también participó en la *Revolución Espartaquista* de 1919, emigrando tras la llegada del nazismo a Estados Unidos, donde se suicidó en 1939.

31. Uno de los libros más importantes e influyentes en el movimiento nacional-sindicalista fue *Genio de España*, aparecido en 1932, el cual afectó, y no poco, a la nueva trayectoria política seguida por hombres como José Antonio Primo de Rivera.

32. Este juicio lo copia Aparicio al pie de la letra del emitido por Ledesma, sobre Giménez Caballero (Ledesma, 1935).

33. Los diplomáticos José Antonio de Sangróniz y José Félix de Lequerica fueron los principales financiadores de estos movimientos nacional-sindicalistas. Ya antes habían contribuido también a la financiación de *La Gaceta*. Pero la temática desarrollada por el semanario, a partir de cierto momento, nada tenía que ver con la ideología de los citados patrocinadores, por lo que acabaron retirándole su apoyo.

34. La Federación Universitaria Escolar (FUE) había sido creada en Madrid en plena dictadura primorriverista durante el curso 1926-1927. De carácter progresista, pronto extendió su influencia entre los estudiantes de toda España.

Y prosigue Aparicio:

“El título de nuestro semanario traducía una cabecera utilizada ya por Curzio Malaparte en una revista suya –*La Conquista dello Stato*– en los albores del fascismo.” (Aparicio, 1939a: 29)

Pero, a pesar de la profusa propaganda que siguió al lanzamiento del manifiesto, “casi nadie vino a nosotros entonces”. El carácter antiburgués y antiliberal de este frente juvenil no acababa de calar entre la ciudadanía³⁵. Sólo se pudo contabilizar la adhesión de algunos nombres, como el jovencísimo estudiante Matías Montero, el vallisoletano Onésimo Redondo, el catalán Enrique Compte y un corto etcétera (Sánchez, 2011: 51)³⁶. Para más inri, en el prospecto de propaganda que se lanzó al público se insertaba, por orden alfabético, la lista –imaginaria, por supuesto– de presuntos colaboradores. A saber: Adolfo Hitler, Benito Mussolini, Henri Barbusse, Jacques Bainville, Antonio Ferro, Américo Castro, José Bergamín, Rafael Alberti, el doctor Pittaluga, el profesor Del Río Ortega, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Menéndez Pidal, Valentín Andrés Álvarez, Emilio García Gómez, Benjamín Jarnés, etcétera. Sin duda, un variopinto y desconcertante plantel de colores y de tendencias políticas. Pero aquella lista pronto se convirtió en un volcán en plena erupción:

“Todos se sintieron denunciados y comprometidos, y todos quisieron a la vez purificarse o proclamar su inocencia. Recibimos cartas y más cartas de los señores susodichos, negándonos el pan, la sal, el agua y hasta el saludo. Barbusse nos escribió en un académico francés su gala invectiva, y el cojo Bullejos, el líder a la sazón del comunismo hispano, a quien también complicamos en la broma, nos amenazaba con pegarnos cuatro tiros.”³⁷

Mientras tanto, los periódicos de izquierda se refocilaban a mandíbula batiente, haciéndose eco de estas protestas. Sin apenas éxito, pues, el semanario vio la luz el 14 de marzo de 1931. Cada ejemplar costaba un real, comprendiendo seis páginas a gran tamaño, confeccionadas por el propio Ramiro. Se editaron unos seis mil ejemplares del número 1, de los cuales sobraron más de la mitad. Juan Aparicio colaborará directamente en su maquetación, estampando su firma, además, en varios de los números siguientes (Aparicio, 1951: 37)³⁸.

35. Hasta el propio poeta Antonio Machado, un “republicano platónico”, como a él le gustaba definirse en una carta a su amiga Pilar de Valderrama, no dudaría en lanzar su cuarto a espadas acerca del nuevo grupo. Pilar le había recomendado que leyese el nuevo periódico *La Conquista del Estado*, y él la complació, pero emitiendo después su crítica nada favorable: “Periodiquillo –a su juicio– escrito por unos jóvenes que no saben lo que quieren ni lo que dicen. Por un lado, simpatizan con Mussolini y el *fascio italiano*; y por otro, con la Revolución Rusa”. Y todo ello, precedidos de un rimbombante lema, “Viva la España joven, imperial y revolucionaria” (Morales, 2003: 10).

36. Esta recopilación de artículos de Onésimo Redondo incluye el firmado por Juan Aparicio, “Onésimo en Valladolid”.

37. José Bullejos Sánchez nació en Romilla (Granada) en 1899. Siendo muy joven ingresó en el Partido Comunista y en 1925, en plena Dictadura de Primo de Rivera, fue elegido presidente del PCE. Fue, también fundador del periódico *Mundo Obrero*. Murió durante su exilio mexicano en 1975.

38. El número 1 inserta, en primera página, el manifiesto de Ramiro Ledesma Ramos, firmado por todos los citados *ut supra*. Le siguen, entre otros, sendos trabajos firmados por Juan Aparicio (“Pío

Como efecto inmediato del poco éxito conseguido, a partir del sexto número, ocurrió la desbandada de gran parte de los redactores que habían suscrito el manifiesto. Sólo permanecieron fieles a la idea nacional-sindicalista, una vez proclamada la República el inmediato 14 de abril, Antonio Bermúdez Cañete, Souto Vilas, Puértolas, Antonio Hernández Leza y Juan Aparicio. Ante esta debacle, surge la necesidad de encontrar cuanto antes un líder potente y carismático. Con tales miras, Ledesma Ramos ofreció el caudillaje al aviador Ramón Franco, personaje rodeado de una cierta aureola popular, tras su célebre raid Palos-Buenos Aires a bordo del hidroavión *Plus Ultra*, en 1926. Con tal objeto, en el número correspondiente al 9 de mayo, Ramiro insertó una carta abierta, dirigida al comandante Ramón Franco, en la que se repudiaba por igual a las derechas y a las izquierdas:

“O sea, con un programa nacional y social –argumenta Aparicio–, que luego ha sido la plataforma ideológica de nuestro nacional-sindicalismo [...]. Pero la invitación quedó sin respuesta.”

El hispanista Gabriel Server, meticuloso investigador de este tiempo y de estos personajes, sostiene que el pregonado carácter antiburgués y antiliberal del semanario creó una evidente confusión entre los posibles seguidores; a lo que habría que sumar el confusionismo político que se derivaba del propio cambio de régimen tras el 14 de abril, y las distintas campañas políticas, de mayor o menor intensidad subversiva. E incluso, es posible que su cacareado interés por las revoluciones rusa e italiana hubiera despistado a muchos simpatizantes (Server, 2005: 155-171). Sin embargo, para ser exactos, el pensamiento de *La Conquista del Estado* se alejaba por igual de la lucha de clases y del internacionalismo. Era de carácter eminentemente nacionalista y revolucionario. Aunque, en principio, sin ocultar cierta inclinación hacia la izquierda. Por eso, no duda en flirtear, desde el primer momento, con dirigentes de la CNT, como Ángel Pestaña y Nicasio Álvarez de Sotomayor; apoyando, incluso, la huelga de los trabajadores de la Telefónica. Y, por encima de todo, es anticalanista, como lo demostrará en su campaña contra el Estatuto Catalán, lo que supuso a Ramiro Ledesma Ramos un primer encarcelamiento, del 12 al 21 de julio de 1931, en la cárcel Modelo de Madrid, y una estrecha persecución para el periódico³⁹.

No obstante, a partir de mayo, la agrupación de *La Conquista del Estado* había ido creciendo aceptablemente, tras recibir adhesiones de toda España. Pero, al mismo tiempo, también se incrementaba la represión gubernamental contra sus dirigentes. Como hemos dicho, Ramiro fue encarcelado, debiendo suspenderse la publicación del periódico durante los meses de agosto y septiembre. Había venido apareciendo, sin interrupción, hasta llegar al número 19, correspondiente al 25 de julio. Pero la edición de este número fue intervenida por la policía, en la propia imprenta de la calle Hernani, en Cuatro Caminos, cuando ya iban lanza-

Baroja, en la realidad de lo real”) y de Giménez Caballero (“Comprensión italiana de Lenin”).

39. En ello insiste el propio Ledesma (1935: 200-208). El número de *La Conquista*, correspondiente al 13 de junio está totalmente dedicado, mitad por mitad, a la campaña antiseparatista catalana y al congreso que, por aquellas fechas, celebraba la CNT, al que Ramiro y los suyos brindaban su apoyo. “Cinco semanas seguidas fue procesado el director por diversos artículos, siempre relacionados con la Telefónica o con los separatistas” (Ledesma, 1935: 207-208).

dos dos mil ejemplares; sin embargo, los camaradas más atrevidos saltaron las tapias, por detrás del edificio, que daba a unos desmontes, y los recuperaron (Ledesma, 1935: 208). Cuando logra ser liberado, Ramiro inicia una campaña propagandística por diversos puntos de Castilla, montado en su célebre motocicleta. Y se le van uniendo nuevos nombres, como el vasco José María de Areilza. Pero aún continuaba sintiéndose la necesidad de un líder potente y de dar un cambio al movimiento: la idea de las JONS comienza así a tomar cuerpo. De modo que, “frustrado el ofrecimiento a Ramón Franco –nos sigue narrando Aparicio-, así como Ramiro conmigo ponderamos y mensuramos las cuatro palabras claves de las [nuevas] Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, asignando a cada vocablo su sustancia, su acento y su valor, también hubimos de augurar en el transcurso de nuestras conversaciones repetidas, que José Antonio Primo de Rivera, por razones de sangre y camaradería con su tiempo, por razones intrínsecas de Jefe Nacional nato, por razones de estirpe y de fascinación [...] sería a la postre el adalid de toda la juventud” (Aparicio, 1951: 47). Aunque, por ahora, todo quedó flotando en el aire de un posibilismo lejano.



Retrato de Juan Aparicio López (c. 1945).

Finalmente, el 3 de octubre de 1931, logra reanudarse la publicación del semanario, apareciendo en dicha fecha el número 20. Pero resurge ya con un carácter muy especial: anunciando que acababan de nacer las JONS, o Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, a modo de nuevo grupo político, eminentemente juvenil. Es decir, como auguraba el propio Juan Aparicio, “trayéndonos las flechas yugadas y el nombre y la bandera de las JONS”. En un artículo de Ledesma, luego impreso como manifiesto del nuevo grupo, se indicaban las orientaciones y tácticas de las neonatas juntas: un abandono de sus anteriores inclinaciones

izquierdosas, para buscar el apoyo de las mesnadas derechistas⁴⁰. Curiosamente, en este número de *La Conquista* se estrena; también, el flamante *Himno de las Falanges de Combate*, con letra original del propio Juan Aparicio y música del estudiante de Derecho, José Guerrero Fuensalida. Posteriormente, pasaría a ser el *Himno de Combate* o *Himno de las Juventudes Jonsistas*. En el libro *Marchas y Montañismo*, aparecido en 1943, se le subtitulará ya como *Himno de las Viejas JONS*. La letra de Aparicio no vacila en manejar conceptos muy a la moda del día: inquietudes juveniles, luchas y victoria, en pos de un resurgimiento de lejanas glorias imperiales: “No más reyes de estirpe extranjera –ni más hombres sin pan que comer”, etc. La estrofa recurrente o estribillo, incluyendo un lema muy querido por Ledesma Ramos: “No parar hasta reconquistar”, decía así:

“Nuestra sangre es eterna y antigua
Como el sol, el amor y la mar;
Por las glorias de siglos de España
No parar hasta reconquistar.”⁴¹

El semanario continuó publicando, regularmente, algunos números más. El 10 de octubre da a conocer el *Manifiesto Fundacional de las JONS*: “Un fascismo español con sentido revolucionado y alejado de todo mimetismo, aunque fuertemente inspirado por los movimientos fascista y nacional-socialista” (Server, 2005). Así, hasta llegar al 24 de octubre de 1931, en que aparece su último número, el 23. Luego ya de haberse culminado la metamorfosis de *La Conquista del Estado* en las JONS, y pese a su corta trayectoria temporal, no cabe duda de que el semanario había dejado una influyente y muy honda huella en la historia de España.

LAS JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL SINDICALISTA Y LA REVISTA *EL FASCIO* (1931-1933).

Asumido el fracaso de la apertura hacia la izquierda, ensayado en los meses anteriores, Ramiro –junto a Juan Aparicio, como acabamos de ver más arriba– decide imponer al movimiento un giro a la derecha, con clara intención de combatir a las crecientes fuerzas marxistas y al propio Estado demo-liberal, surgido del 14 de abril, fecha de la implantación de la República. El nuevo grupo JONS presenta sus estatutos ante la Dirección General de Seguridad, el 30 de noviembre de 1931, presidido por Ramiro Ledesma Ramos y ocupando su secretaría

40. “El espíritu de las JONS, si bien respondía a una profunda inquietud social, a una actitud nacionalsindicalista, encerraba ciertas concesiones a lo que pudiera llamarse el espíritu de las derechas, y, en parte, para batir al marxismo, buscaba en sus medios el apoyo necesario” (Ledesma, 1935: 214).

41. Se trata de la primera canción de lo que, andando el tiempo, compondría el *Cancionero Juvenil Español*. Es anterior, por tanto, al nacimiento de Falange Española. Por su ritmo pujante y combativo se cantó muchísimo durante los días de la Guerra Civil: lógicamente, en las trincheras del frente nacional. También fue un himno recurrente entre los voluntarios de la División Azul.

general, Juan Aparicio. Fue también este último el que propuso el emblema de esta nueva agrupación política: el yugo y las flechas. Y asimismo, se dice autor de símbolos tan extendidos luego como el grito de “Una, Grande y Libre”, o la bandera roja y negra —colores copiados del anarquismo— que, a partir de ahora, habría de distinguirlos⁴². El propio Aparicio lo verificaría así muchos años después:

“Para explicar esta historia, que muy pocos conocen, hay que situarnos en 1931. Es asombrosa esta cabal satisfacción de haber visto, al cabo de los años cómo lo que eran cábalas, elucubraciones literarias o incluso políticas, han plasmado símbolos por los que ha muerto mucha gente y que han amparado a mucha gente más. Yo nací en Guadix. Al reconquistarla los Reyes Católicos en 1489, a las puertas de Granada, le otorgaron el ‘stegmma’ del yugo y las flechas. ¿Sabe usted una cosa? No, no la sabrá. Hay un opúsculo del catedrático Maldonado en el que hace un estudio genial situando el yugo y las flechas en Virgilio, como un símbolo de la Roma Imperial, cuando superó un período de anarquía. ¿Sabe lo que ellos veían en el yugo?... Pues el ‘devellare superbos’ y el levantar a los humildes. Aquel yugo y aquellas flechas de Virgilio los recogió Nebrija, que se lo propuso a los Reyes Católicos, como un símbolo de la unidad, después del período decadente de Enrique IV. Fernando e Isabel se lo iban dando a las tierras conquistadas y lo iban gravando, según avanzaban. ¿Sabe?, desde que tuve uso de razón, el yugo y las flechas me rodeaban en Guadix: estaba en la plaza, en las fuentes, en las torres y hasta en los papeles del Casino, que lo usaban como emblema. Lo que son las cosas. En 1924, cuando yo estudiaba Derecho en Granada, nos llevó el catedrático socialista, Fernando de los Ríos, a ver una capilla. En su verja, en 1924, estaba gravado el yugo y las flechas. Él se volvió y nos dijo: ‘Este podía ser el emblema de un *faschismo* español’. Él decía ‘faschismo’. Bueno, a donde iba: Yo era Secretario General de las JONS, con Ramiro. Ramiro, que no era nada simpático, pero era un hombre genial, se le había ocurrido como símbolo una garra hispánica. Incluso la llevaba bordada sobre un jersey amarillo con el que iba a esquiar. Debajo de la garra, el lema era: ‘No parar hasta reconquistar’. Una vez le escribió una carta al comandante Franco, a Ramón Franco, y le decía: ‘Hay que hacer la revolución hispánica’ y había puesto la garra rodeada de pistolas. Yo intenté convencerle del yugo y las flechas, pero tenía muchos reparos a lo del yugo: ‘La gente va a pensar otra cosa’. Incluso llegamos a un intermedio: la garra empuñando las flechas. Y fue Roberto Escribano, cuyo padre, farmacéutico, había inventado la ‘sanoaspirina’, el primero que dibujó, en la edad contemporánea, el yugo y las flechas. Onésimo [Redondo] que tenía los mismos reparos al yugo quedó convencido en 1931, y en aquel manifiesto de cuatro hojas, apareció impreso el emblema. Por cierto que en 1933, cuando empezamos a colaborar con José Antonio, Sánchez Mazas había llegado —y pronunció una conferencia sobre ello— a lo del yugo y las flechas, por distintos caminos que el mío, que el de Guadix. Y, por cierto, también yo expuse mi teoría en un poema en prosa, que firmé con mis iniciales J.A., porque en el mismo número escribía otra cosa sobre las camisas. Y, mire usted por dónde, cuando la guerra, todos creyeron que el poema estaba firmado por José Antonio.”⁴³

42. Ramiro Ledesma verifica esta autoría (1935: 215).

43. Entrevista realizada en 1967 por Pedro Rodríguez para el diario falangista *Arriba* (Borrás, 1971: 304-306).

En cuanto a la bandera roja, roja negra y roja jonsista, diría el mismo Aparicio:

“Nosotros fuimos los que unimos ‘nacional’ y ‘sindicalismo’; queríamos nacionalizar el sindicalismo ácrata, pero teníamos el suficiente instinto táctico, para comprender que si no podíamos ni debíamos atraer a los comunistas y a los socialistas, sí debíamos llevar a nuestra causa a los hombres de la CNT y de la FAI; y lo conseguimos: usted sabe que Álvarez de Sotomayor fue líder de las JONS y procedía de la CNT.” (Borrás, 1971: 304-306)

Dentro ya de la nueva organización jonsista, los dirigentes madrileños elaboran una estructura paramilitar y juvenil, estableciendo un triunvirato nacional de mando (Ramiro, Bermúdez Cañete y Onésimo Redondo), “células de diez miembros” y “falanges”. No admiten en sus filas a personas mayores de cuarenta y cinco años. Novedades, por cierto, que no dieron el resultado que cabía esperar. No obstante, se organizan las primeras milicias, en diciembre de 1931, bajo la responsabilidad del propio Aparicio. Su objetivo es reunir y formar a la treintena de militantes activos, casi todos estudiantes y algún obrero, con que cuenta la organización en Madrid: entre ellos, cabe citar a los propios hermanos de Juan, Diego y Álvaro Aparicio López⁴⁴. Pero el encrespado ambiente político que ha seguido a la proclamación de la República no favorece la existencia de esta agrupación, hasta ahora marginal. Se carece de apoyos y de recursos económicos, por lo que rápidamente, las JONS se sumergen en un obligado ostracismo, sin apenas aliento para una mínima campaña propagandística. Sólo hay constancia de un acontecimiento sonado; y es su recuerdo, precisamente, con el que Aparicio inicia su conferencia del año 1951, en el Ateneo de Madrid. Dice así:

“La última y la única vez que he estado en el Ateneo antes de nuestra guerra fue el 2 de abril de 1932, cuando grité ¡Viva España! delante de los antecesores de ustedes [los ateneístas], considerándola una exclamación subversiva, hubo bronca, salieron a relucir los vergajos y con una porra de goma Luis Batllés sacudió las espaldas de un energúmeno [comunista por más señas] en medio del público.”

La razón de esta visita fue la conferencia que pronunciaría, en esa fecha, Ramiro Ledesma, con el título de *Fascismo frente a Marxismo*. Ramiro, con evidente ánimo provocador, sabiendo que su pensamiento era diametralmente opuesto al que entonces predominaba en la “docta casa”, a la que también había acudido una nutrida representación del partido comunista, se presentó a pecho descubierto, acompañado de sus veinticinco camaradas. Y, en el colmo de su osadía, ataviado con una camisa negra y una corbata roja, “prenda que por entonces pensaban adoptar sus correligionarios”. Sus objetores apenas le dejaban hablar. Cansado de este ambiente hostil, Aparicio lanzó su célebre grito en un salón atestado de público, y allí se armó un alboroto de mil demonios, terminando con

44. Ambos parecen militar en las juventudes jonsistas desde el primer momento. Diego Aparicio, estudiante de Derecho, se muestra en este tiempo como un gran activista. A instancias de Ramiro Ledesma, él y el sindicalista Eloy Guerra Ballespín, entre otros, ingresan en la FUE, tal vez para estudiar desde dentro el funcionamiento de este sindicato izquierdista. Pero Diego Aparicio siempre perteneció al SEU (Sindicato Español Universitario) del que en 1940, pasada la Guerra, en pleno franquismo, sería nombrado consejero nacional. Aunque él en ese tiempo oscuro trataría de camuflar su circunstancial pasado “fueista” (Purcet, 2010).

alguno de los suyos en la comisaría. De este suceso se ocuparían ampliamente, periódicos de distintos signo, como *ABC* (3 de abril de 1932) o *El Socialista* (Aparicio, 1951)⁴⁵.

En definitiva, durante todo el año 1932, los jonsistas se ven prácticamente sometidos a un obligado silencio por las autoridades de la República. Sin medios económicos ni apoyo durante el mes de mayo deben abandonar su sede, “una modestísima oficina de cien pesetas”, situada en el número 7 de la avenida Eduardo Dato (la actual Gran Vía). Pero, aun así, continúan captando adeptos, con la suma de núcleos tan vigorosos como el dirigido por Onésimo Redondo en Valladolid. Y también en otras provincias. Fieles a su lema —“Por la Patria, el Pan y la Justicia”—, captan a sus prosélitos, generalmente, dentro de los ámbitos universitarios, pero sin olvidar nunca el mundo obrero. Lo que no obsta, para que Ramiro Ledesma sea encarcelado, de nuevo, a raíz de “la sanjurjada”: intento de golpe de Estado, promovido por los monárquicos y dirigido por el general Sanjurjo, el 10 de agosto. Ledesma Ramos, aunque totalmente ajeno a este cuartelazo, permanece en prisión durante unos veinte días. Hasta finales de agosto. Y, desde luego, no es el único perseguido. El colega vallisoletano, Onésimo Redondo, ha logrado escapar y se refugia en Portugal, donde vivirá apartado catorce meses. Sea como fuere, el grupo promotor jonsista ha quedado prácticamente desarticulado, y su actividad será totalmente nula, a lo largo de toda la segunda mitad del año 1932⁴⁶.

Pero llega el año 1933, y, a finales de enero, Ledesma es encarcelado, de nuevo, obligado a cumplir una condena de dos meses (aunque sólo permanecerá preso un mes: del 23 de enero al 22 de febrero), por sus artículos publicados dos años antes contra el separatismo catalán. Según nos cuenta Aparicio, los supervivientes del grupo inician sus reuniones habituales en una sala alta del Café del Norte, en plena Gran Vía madrileña (Eduardo Dato), a la altura de la Red de San Luis. Es entonces cuando se les brinda una nueva coyuntura para salir de su obligada opacidad, allanándoles el camino. Se trata de la puesta en marcha del proyecto de la revista *El Fascio, haz hispano*. Acerca de este asunto, no es mucho lo que Giménez Caballero dejó plasmado en sus memorias, pues se limita a decir lo siguiente: entre el maremágnum de publicaciones que surgieron al socaire de la República, “hubo una que duró un solo número: *El Fascio*, por iniciativa de Delgado Barreto, que convocó un día en mi casa a José Antonio Primo de Rivera, Ledesma Ramos, Julio Ruiz de Alda, Juan Aparicio y no recuerdo quién más. En esa revista escribió José Antonio, pero sin firmar” (Giménez, 1979: 73). Es mucho más explícito Ledesma Ramos quien, en su repetido título *¿Fascismo en España?*, dedica un capítulo completo al extraño nacimiento de este efímero periódico, raptado por la guardia de asalto republicana antes de que saliera a la

45. Por otra parte, Ledesma Ramos en su *¿Fascismo en España?* relataría así estas ocurrencias: “Aparte los gritos y las protestas verbales, los comunistas no desarrollaron otro género de violencia. Sin embargo, hubo algunos golpes. El estudiante jonsista Luis Batllés dio un fuerte porrazo a un comunista, precisamente el que más se distinguía en su vocerío, y que, por cierto, se afilió años más tarde al fascismo. Luis Batllés, al huir, se dio con la cabeza contra los cristales de la puerta, hiriéndose y deteniéndolo los guardias. No hubo más incidentes” (Ledesma: 1935: 221).

46. Este periodo es calificado por Ledesma como “Los tiempos duros. Atmósfera glacial en torno” (Ledesma: 1935: 217).

venta. La idea de su fundación corresponde al periodista canario Delgado Barreto, entonces director de *La Nación*, el que, “con su formidable olfato de periodista guarduño”, y a la vista del reciente triunfo de Hitler en Alemania, creyó oportuno lanzar en España un periódico intrínsecamente fascista. “Indudablemente, tras de Barreto estaba ya José Antonio”, quien empezaba a soñar con ser jefe supremo de un partido de estas características:

“Se formó un consejo de redacción, para el que fueron requeridos los jonsistas. Estos se prestaron de malísima gana, porque les horrorizaba verdaderamente el título del periódico y porque no veían garantías de que aquello no se convirtiese en una madriguera reaccionaria. Pero el afán de destacar su labor y de popularizar en lo posible al movimiento jonsista pudo más que todo y convinieron en entrar en aquel Consejo, si bien bajo el compromiso de que ellos, los de las JONS redactarían dos planas, que de un modo exclusivo estarían dedicadas al jonsismo.” (Ledesma, 1935: 224)



Cabecera del primer número de la revista *El Fascio* (Madrid, 16 de marzo de 1933).

El consejo de redacción, bajo la dirección de Barreto, quedó pues constituido por Giménez Caballero, Primo de Rivera, Ramiro Ledesma, Rafael Sánchez Mazas y Juan Aparicio. Así pues, tras una ingente campaña propagandística previa, los pedidos de toda España superaron la cantidad de 130 000 ejemplares:

“Giménez Caballero hizo todo un plan programático de bastante interés, si bien quizá demasiado severo, intelectual y seco. Primo de Rivera escribió un artículo teórico contra el Estado liberal, que firmó con la inicial E [marqués de Estella]. Ledesma y Aparicio llenaron las dos planas jonsistas.” (Ledesma, 1935: 224)⁴⁷

Finalmente, *El Fascio* apareció el 15 de marzo de 1933. Pero sólo pudo venderse un corto número de ejemplares, pues fue incautado por la policía, cumpliendo órdenes del primer ministro Azaña. De lo cual, en cierto modo, se alegraron los jonsistas –según asegura Ledesma–, pues la publicación parecía tomar unos futuros derroteros, muy opuestos a los principios sostenidos por aquéllos, a su genuina ideología: nueva, nacional sindicalista y revolucionaria:

“Los jonsistas, a la vista de aquella gente, y después de alegrarse de la suspensión, volvieron a sus tiendas, pues comenzaba para ellos su mejor etapa, la que los convirtió en señaladores y orientadores innegables del nuevo movimiento. Por primera vez conocieron entonces a Primo de Rivera, del que justo es decir no se mostraba tampoco muy conforme con aquella virgolancia de *El Fascio*, pues aunque nada provisto de cualidades de caudillo, es hombre inteligente y de buen sentido. En aquella ocasión, como luego en muchas otras, se dejaba sin embargo llevar.” (Ledesma, 1935: 226)

La legendaria incompatibilidad de Ledesma con el carácter y las formas de José Antonio ya había comenzado a manifestarse sin tapujos.

EN TORNO A LA REVISTA *JONS*: LA COMPLICADA UNIÓN CON FALANGE ESPAÑOLA (1933-1934).

Abortado el proyecto del semanario *El Fascio*, los jonsistas deciden publicar su propio órgano programático e informativo. Comienza la verdadera expansión del espíritu jonsista. A comienzos de 1933, encarcelado Ramiro, una vez más –como ya se ha dicho–, recibió en su prisión la visita de diez o doce estudiantes, “algunos de ellos antiguos comunistas, que deseaban ponerse bajo su dirección política y organizar las *JONS* en la Universidad”. Al frente de este grupo figuraban, como más destacados, José Guerrero Fuensalida, “Aparicio López” [sic], y Gregorio Ortega Gil, “tres jóvenes de gran entusiasmo y actividad”. Este “Aparicio López”, que algunos han confundido con Juan, no es otro que su hermano Diego Aparicio, estudiante de Derecho, a la sazón (Ledesma, 1935: 227): Juan ya no era tan joven (sólo un año menor que Ledesma); y además, el líder jonsista, ya

47. Lo que publicó Juan Aparicio en esta ocasión fue un artículo sobre las camisas jonsistas que firma con su nombre; y además un poema en prosa, “El emblema de las *JONS*”, en el que hace un canto lírico al yugo y las flechas. Éste lo firma con sus iniciales “J.A”. De ahí, que, posteriormente, este trabajo le fuese adjudicado, por algunos falangistas, al propio José Antonio.

viejo amigo de Juan, nunca hablaría de él, citando sólo sus apellidos, sino como Juan Aparicio, según era su costumbre. No puede ser otro que Diego, pues el que entonces estaba en plena efervescencia, respecto a sus trabajos combativos dentro de la Universidad Central⁴⁸.

De este modo comienza el período más eficaz para los propósitos de las JONS. Aumenta considerablemente el número de afiliados, extraídos incluso del sector obrero. Y se juzga llegado el momento de poner en circulación otro nuevo órgano informativo. Así nace *JONS*, revista teórica u órgano de unión entre todos los grupos nacional-sindicalistas que van floreciendo en el país. Su publicación fue acordada en Lisboa por Ramiro Ledesma Ramos y el exiliado Onésimo Redondo, tras una visita que el primero realiza al segundo en torno al 5 de abril de 1933. Así nos lo cuenta uno de sus promotores, el propio Juan Aparicio:

“Al regreso de un viaje de Ramiro Ledesma a Portugal, donde visitara a Onésimo Redondo, refugiado allí desde el 10 de agosto, le propuse el título sencillo y rotundo para la nueva Revista. Me encargué enseguida de su Secretaría de Redacción y Confección, ya que había desempeñado igual labor en *La Conquista del Estado*. Finalizaba el mes de abril de 1933 y asistíamos a la tertulia del Café del Norte⁴⁹, donde recogimos y leímos las primeras cuartillas, luego de haber buscado una imprenta. Nadie quería editar aquella publicación que había de ostentar en su portada, como un reto a los sindicatos de la U.G.T., el sacro yugo y las flechas imperiales. Al fin encontró Ledesma un taller en la calle de Barbieri, cuyo dueño, un tal señor Benítez de Lugo, se dispuso a imprimirnos la Revista teórica de la Revolución Nacional.” (Aparicio, 1939b)

Con periodicidad mensual, el precio de venta del periódico se fijó en una peseta. Y muchos estudiantes de la Universidad Central y de los Institutos aledaños se dispusieron a venderlo. Eso sí, bien pertrechados de armas contundentes, habida cuenta de la pública tensión reinante, “con porras, vergajos y unas cuantas pistolas se aprestaron a vender el primer número de la revista *JONS*, en aquel mes de mayo estudiantil y sobresaltado por los exámenes”. Puede decirse, por tanto, que “el bautismo de la revista *JONS* fue un bautismo de sangre y pólvora sobre las escalinatas marmóreas de la Universidad Central, en la Calle de San Bernardo”. Los estudiantes de la FUE (Federación Universitaria Escolar), “sovietizados y embrutecidos”, se opusieron con uñas y dientes a la venta. Pero, “mi hermano Diego” y otros camaradas –asegura Aparicio–, “al frente de sus grupos, se aprestaron a presentar batalla al comunismo académico, con motivo de la salida del

48. “En efecto –prosigue Ledesma–, hacia el 10 de marzo, con motivo de unos disturbios estudiantiles [mientras se anunciaba la revista *El Fascio*], se produjo en la Facultad de Derecho un gran alboroto, en el que los escolares manifestaron a grandes gritos sus filiaciones políticas, dividiéndose entre ellos en dos grupos: uno que vitoreaba al marxismo y cantaba la Internacional, y otro, que vitoreaba a las JONS, a España, y cantaba himnos nacionales”. Ganaron los jonsistas y a la semana siguiente se habían captado más de cuatrocientos estudiantes madrileños (Ledesma, 1935: 227).

49. Como dijimos antes, esta tertulia tenía su sede en el piso alto de dicho café, situado en la Red de San Luis, en plena Gran Vía de Madrid, frente a la apabullante mole arquitectónica de la Telefónica. Allí, por carencia de oficinas propias, sobre las clásicas mesas de mármol del café, improvisaron la primera redacción. Luego trasladarían sus oficinas a otros puntos de la ciudad.

número primero de la revista JONS". El choque fue sangriento, acabando muchos jonsistas detenidos y encarcelados (Aparicio, 1939b). Y prosigue Aparicio:

"Yo traduje del italiano varios ensayos de Mario Missiroli, Hugo Spirito, Ferri y Joaquín Volpi sobre temas fascistas o en tangencia con el experimento del Duce; a la par que exhumaba las raíces intelectuales e históricas del Imperio español, para actualizar ese mito que fue la España de 1500-1700, como una espuela viva, como una diana para las balistas tensas de los espíritus de nuestra generación." (Aparicio, 1939b)

El imperialismo español de los siglos XVI al XVIII sería su tema predilecto y recurrente, durante toda su vida.

Pero volvamos al año 1933: los jonsistas se van fortaleciendo y exigiendo acción. Y así, andando el mes de julio —día 14—, sus partidarios, en plena escalada política, asaltan el local de los Amigos de la Unión Soviética. La respuesta de las autoridades republicanas es inmediata: un Gobierno, prácticamente en capilla, se inventa un fantástico complot anarco-jonsista-fascista, del que se derivará el encarcelamiento en el penal de Ocaña de unos noventa individuos: cuarenta y un anarquistas, junto al grupo de las JONS, entre los que se incluyen el director de la revista, Ledesma Ramos; el secretario, Juan Aparicio; y el administrador, Enrique Compte. El resto lo formará un variopinto conglomerado de monárquicos, fascistas de Primo de Rivera, etcétera. Consecuentemente, hubo que suspender la publicación de la revista durante el mes de agosto. Pero una vez liberados sus promotores, la publicación pudo reaparecer, en septiembre del mismo año 1933, coincidiendo con la caída del gobierno de Azaña y de Largo Caballero. Y aunque la marcha ascendente de la revista JONS se había consolidado, alcanzando una creciente popularidad, vendiéndose en varias librerías de Madrid y expidiéndose a provincias, aún persistía, recalcitrante, el eterno padecimiento del partido: la carencia de medios financieros⁵⁰. Entre agosto y septiembre también ingresan en las JONS un grupo compacto de conocidos sindicalistas, desilusionados de la CNT. Entre otros anarcos de alto coturno, Nicasio Álvarez de Sotomayor, Francisco Guillén Salaya... Este último, años después, recordaría esta llegada:

"Una tarde soleada del mes de agosto [de 1933] nos esperaban, en el local jonsista de la Avenida Eduardo Dato, Ramiro con Juan Aparicio y una veintena de muchachos universitarios, a Sotomayor y a mí. Brazo en alto, nos recibieron aque-

50. Durante estos meses, Juan Aparicio publica en la revista los siguientes artículos: "Nuestro emblema: el Yugo y las Flechas" (mayo 1933), "Negro y rojo" (mayo 1933), "Imperio o anarquía" (junio 1933), "Nación y revolución" (agosto 1933), "Siglo XIX: siglo XX" (octubre 1933), "Al camarada muerto, José Ruiz de la Hermosa" (noviembre 1933). Este joven jonsista de Daimiel fue apuñalado en ese pueblo manchego por unos socialistas cuando asistía a un mitin marxista en el que, intrépidamente, se le ocurrió protestar por la matanza de Casas Viejas; procedía de la izquierda, como otros muchos jonsistas. Otros títulos serían "El mito de Catilina y nuestro sindicalismo nacional" (abril 1934) y el "Himno de las juventudes jonsistas". De su espléndida labor literaria diría Ledesma: "Juan Aparicio hizo una amplia labor en la revista. Le corresponde por entero cuanto apareció en ella sobre la resucitación y la valoración del gran Imperio español del siglo XVI, la figura del César Carlos, y los mitos fecundos de ese gran momento de España" (Ledesma, 1935: 249). Otros grandes colaboradores fueron Giménez Caballero, José María de Areilza, Onésimo Redondo, Santiago Montero Díaz, etc.

llos héroes adolescentes. Luego hablamos con Ledesma y con el inteligentísimo Aparicio de nuestras luchas futuras.” (Guillén, 1938)⁵¹

Pero ya se vislumbraba en lontananza el gran problema candente: a pesar de las discrepancias, a finales de agosto, una vez libre, Ramiro Ledesma viaja a San Sebastián, donde se entrevistará, entre otros, con José Antonio Primo de Rivera. El nuevo partido de este último, Falange Española, se fundará oficialmente el 29 de octubre del mismo año 1933, como estrambote final del célebre acto-mitín celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid. Ramiro, con sus principales colaboradores, asiste, entre el público, a este acto fundacional; aunque Aparicio se había negado, en principio, a asistir, por no comulgar en absoluto con el cariz del nuevo partido. Sin embargo, a partir de enero de 1934, comienza a tomar cuerpo la idea de una inevitable fusión entre los dos grupos, hasta ahora, antagónicos: JONS y Falange Española. Según el propio Aparicio, la idea venía medrando desde mucho antes:

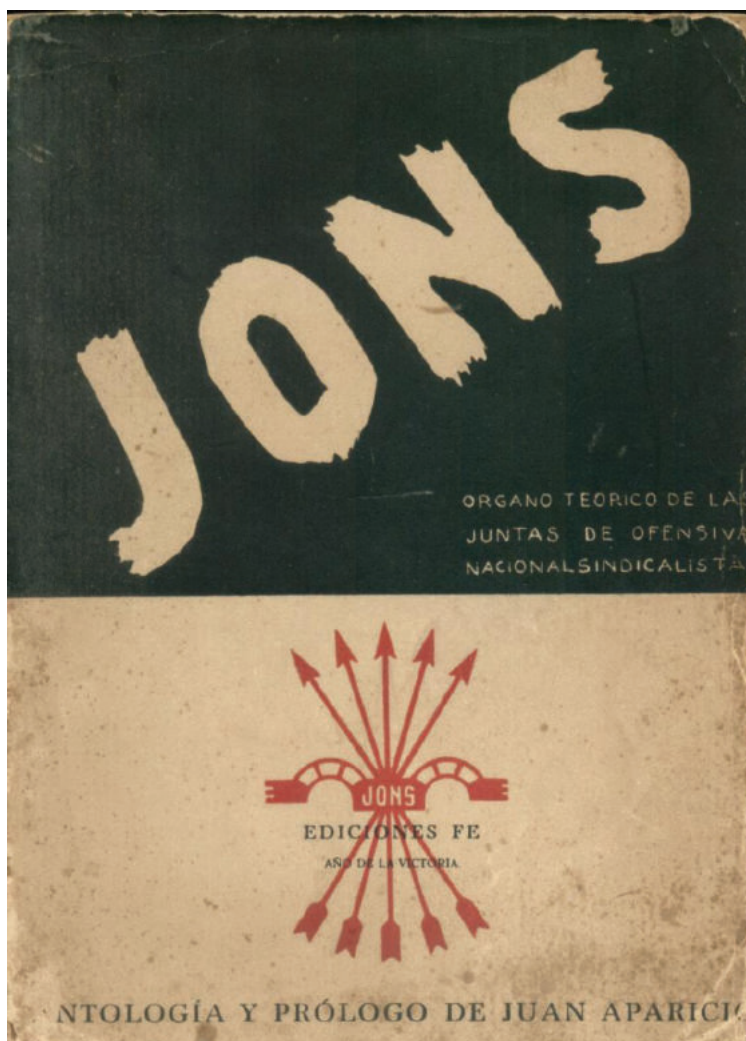
“La fusión posterior de Falange Española con las JONS se preveía en el verano de 1933, aun antes del mitin de la Comedia, como un acto cordial irremediable, como una atracción mutua en la órbita sideral de España.” (Aparicio, 1939b)

Para resolver esta palpitante cuestión, Ledesma Ramos convoca un Consejo Nacional Jonsista, fijando las fechas del 11 y 12 de febrero de 1934. Lugar de reunión, Madrid. Al haber sido prohibida por las autoridades la celebración de la reunión en su sede habitual, aquélla habrá de celebrarse clandestinamente en el despacho de un militante en un ático de la Gran Vía. En representación de Madrid acuden Ledesma (que presidirá el acto), Juan Aparicio, Giménez Caballero, Guerrero Fuensalida y Emiliano Aguado. Llegados de toda España, también participarán los siguientes consejeros: Felipe Sanz, Onésimo Redondo, Javier Martínez Bedoya, Andrés Candial, Bernardino Oliva e Ildefonso Cebriano. Ante la imposibilidad de poder asistir a las sesiones, enviaron su voto, bien razonado y elaborado, los camaradas Santiago Montero Díaz (Galicia), Nicasio Álvarez de Sotomayor (Madrid), Maximiliano Lloret (Valencia) y José Gutiérrez Ortega (Granada). De común acuerdo, pues, los reunidos deciden por mayoría unirse a Falange Española⁵². Con tal propósito, invitan a comparecer a los jefes falangistas Ruiz de Alda y José Antonio Primo de Rivera, a fin de ultimar el acuerdo. Acababa de nacer Falange Española de las JONS: 15 de febrero de 1934. El nuevo partido será dirigido, desde ahora, por un triunvirato, formado por Ledesma, Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda. Los jonsistas aportaban al nuevo partido el emblema del yugo y las flechas, la bandera rojinegra, y la consigna de “España, Una, Grande y Libre” (en cuya creación, la influencia de Juan Aparicio parece indubitable). Pero además aportan otros lemas directos, como el ya popular “Por la Patria, el Pan y la Justicia”. Y hasta el mismo concepto de nacional-sindicalismo. Todo ello, unido a una inteligente labor divulgativa de las nuevas doctrinas. Las aportaciones de Falange Española, por su parte, eran menos inmediatas o, si se quiere, más retó-

51. El capítulo II está dedicado íntegramente a *La Conquista del Estado* y a sus redactores. Pero Guillén Salaya equivoca la fecha o el lugar de este encuentro, pues en agosto de 1933 los jonsistas ya no ocupaban el local de Eduardo Dato, abandonado en mayo del año anterior.

52. *Revista JONS*, 9 (abril 1934). Con la oposición absoluta del gallego Santiago Montero Díaz.

ricas: junto al joseantoniano “¡Arriba España!”, su impenetrable teoría central de la “unidad de destino en lo universal”. En fin, para bien o para mal, parece ser que con esta fusión Ramiro Ledesma ha conseguido sacar a flote a su organización, al sumarse a un grupo político que, a la sazón, contaba con mayores medios económicos y con otros importantes apoyos. A cambio de todo ello, los jonsistas entregan, como decimos, todo el aparato propagandístico, incluidos símbolos y banderas, amén de una doctrina nacional-sindicalista de raíces eminentemente populares, y pródiga en matices mucho más revolucionarios de lo que la Falange podía ofrecer en este tiempo.



Portada de JONS (1939), antología y prólogo de Juan Aparicio.

Por lo que al jonsista Juan Aparicio respecta, parece ser que nunca aceptó de grado esta fusión. De ahí, la explicación de alguna de sus actuaciones posteriores. Por otra parte, los carnets del nuevo partido se repartieron, salomónicamente, intercalando de manera ordenada a los miembros de ambas procedencias: el número 1 se le asignó a Ramiro Ledesma, el 2 a José Antonio, el 3 a Onésimo Redondo, el 4 a Ruiz de Alda... el 7 a Juan Aparicio... A partir de ahora, Falange Española de las JONS establece su sede central en un pequeño chalet de la calle Marqués de Riscal, de Madrid. Aquí quedará instalada, también, la redacción de la revista *JONS*, que continúa saliendo con éxito creciente, al sumar a las firmas habituales colaboraciones de prestigiosos nombres en alza, como ya apuntamos más atrás. Entre otros, el del propio José Antonio Primo de Rivera, que aquí publicaría uno de sus más conocidos ensayos. A este respecto, escribiría Aparicio, años después, cómo “en aquel despachito próximo a las escaleras de servicio, presidido por la más vieja bandera rojinegra de los jonsistas de 1931, me entregó José Antonio Primo de Rivera las cuartillas de su ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO”, que sería publicado por la revista, poco después (Aparicio, 1939b). Pero, una vez más, el ministro de la Gobernación prohibió la salida de este periódico, durante el verano de 1934, mandando a la cárcel Modelo a medio centenar de los militantes más distinguidos de la corriente falange-jonsista. En efecto, el 3 de junio tiene lugar la numerosa concentración fascista, convocada clandestinamente por FE de las JONS, en el pequeño aeropuerto de Estremera (Carabanchel). Las autoridades comienzan a perder la paciencia y se inventan causas más o menos peregrinas, para atentar legalmente contra el creciente movimiento fascista. Ledesma y Aparicio, junto a otros militantes, son apresados a partir del 10 de julio. El propio José Antonio les defenderá judicialmente ante un tribunal de urgencia⁵³. “Entonces apareció el postrer número de la revista *JONS*” (agosto 1934), asegura Aparicio, y no sin cierto escepticismo. Se habían lanzado once números en catorce meses. Pero él, por más que lo intenta, no puede ocultar la amarga frustración que le producen los derroteros seguidos por el jonsismo, tras la fusión con Falange Española. Por eso finaliza así sus reflexiones, a estas alturas de 1934:

“A Falange Española de las JONS sobraba la teoría sindicalista nacional, que era ya carne y entraña de su vida —como un pasatiempo extemporáneo—, para sostener sobre sus hombros el cuerpo macizo de la Patria. Era el tiempo de la dialéctica de las pistolas profetizado por José Antonio y la faena de la insurrección armada que había estudiado casi científicamente Ramiro Ledesma. Falange Española de las JONS se preparó desde entonces, desde octubre de 1934, desde la traición del mes de octubre, para la guerra [...]. La revista *JONS* fue la víctima propiciatoria, algo superfluo que estorbaba para el combate.” (Aparicio, 1939b)

53. Según el periódico *ABC* (Madrid, 11 de julio de 1934, p. 23): “Hallazgo de armas y explosivos en el domicilio de Falange Española. La policía sorprende una reunión clandestina y detiene sesenta y cuatro fascistas. En el hotel de la calle Marqués de Riscal, recientemente clausurado por la autoridad”. Entre los allí detenidos, trasladados en dos camiones a la Dirección General de Seguridad, se cuentan José M.^a Díaz Aguado, Vicente García Ferrero, Diego Aparicio López, Juan Antonio Ansaldó, Juan Aparicio López, etc. Inmediatamente después, los detenidos son puestos a disposición del juzgado de guardia.

Y dejó de publicarse.

Lo que llama Aparicio “la traición del mes de octubre”, tal vez se había venido gestando desde muchos meses antes. En efecto, el 4 de octubre de 1934 se reunía el primer consejo nacional de FE de las JONS, llevando varios asuntos en cartera, que reclamaban una perentoria resolución. Entre ellos el más espinoso: la implantación de una jefatura única del partido aboliendo el primigenio triunvirato. Las diferencias surgidas, a este respecto, ya venían siendo muy marcadas. El consejo pudo celebrarse del 5 al 7 de octubre, con la revolución de Asturias como telón de fondo. Y, de acuerdo con los estatutos, la junta de mando quedó constituida por José Antonio Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Ledesma Ramos, Onésimo Redondo, Sánchez Mazas y Raimundo Fernández Cuesta. Por esta misma junta de mando se designó, para asistir en calidad de consejeros, a una serie de camaradas, espigados entre lo más descollante del partido. Entre otros, Luis Santamarina, Francisco Rodríguez Acosta, José Manuel Aizpurúa, Francisco Martínez Bedoya, Ernesto Giménez Caballero, José María Alfaro, Juan Aparicio, Manuel Groizard, José Miguel Guitarte, José María Areilza, Vicente Gaceo... Algunos de los nombrados no asistieron al consejo. Al final, con la oposición manifiesta de Ledesma Ramos, que sin duda se siente postergado, triunfa la opción de candidatura única, anulando el triunvirato. Y José Antonio Primo de Rivera sale elegido jefe nacional. A guisa de título de consolación, a Ledesma se le nombrará presidente de una subsidiaria junta política del partido (Bravo, 1940: 56-57). Y, como era de esperar, las discrepancias se incrementan a partir de ahora. Las críticas de Ledesma a José Antonio, contra su actuación y estrategia, cada vez serán más agresivas. En noviembre de 1934, Ledesma está decidido a abandonar el partido. Aparte de la manifiesta incompatibilidad de caracteres existente entre los dos líderes políticos, y de la imposición jonsista de un mayor apoyo a los aspectos sindicalistas del movimiento, hay que citar la crítica larvada de algunos jonsistas, respecto al elitismo y señoritismo existente en la cúpula del nuevo partido; todo lo cual fue creando una creciente tensión interna⁵⁴. No sin cierta razón, Ramiro recelaba de que su viejo *leitmotiv*: “Hay que dotar a las JONS de una ancha base proletaria”, fuese quedando postergado. En general, los jonsistas más críticos –entre los que se encuentra Aparicio– no aceptan el carácter contrarrevolucionario de Falange Española. A pesar de todo, por este tiempo, Juan Aparicio no dudará en prestar su colaboración, como redactor, en el genuino semanario falangista *F.E.*⁵⁵.

54. Uno de los jonsistas más críticos, Martínez Bedoya, en su libro *Memorias desde mi aldea* (1996) y en sus artículos de *La Patria Libre* fustigará la parafernalia y el “lameculismo” de los dirigentes falangistas hacia José Antonio: “El chalet de Marqués de Riscal tenía tres plantas y todo él hervía de jefes; todos ellos se disputaban una mesa, en cualquier sitio, tras la cual afirmar sus facultades, y bastantes de entre ellos cobraban sueldo, algo para mí increíble, pero que justificaban con el argumento de que *Madrid no es las provincias*. Todos se disputaban competencias, todos intrigaban y todos estaban pendientes del momento en el cual pudiese llegar José Antonio al edificio para intentar verle a toda costa. [Todo] resultaba embarazoso por la admiración y el servilismo que allí se concentraban, llegando la adulación y el elogio hasta el piropeo personal, tomando como motivos el traje, la corbata, el estado de su voz, etc.”. La gota que colmó el vaso fue la orden de prohibir el paso a los obreros a la planta baja de la sede donde la CONS (Central Obrera Nacional Sindicalista) desempeñaba sus funciones.

55. *ABC* (Madrid, 9 de marzo de 1957), p. 25.

Por fin, al iniciarse el año 1935, las diferencias entre Primo de Rivera y Ramiro Ledesma parecen ser ya insalvables. Y también para el propio Juan Aparicio, muy alejado desde siempre de la consigna joseantoniana, que basaba su praxis existencial en las luchas callejeras, en la “dialéctica de los puños y las pistolas”. Aparicio, en el fondo de su ser, no lo aceptaba. De ahí que, según su futuro alumno en la Escuela Oficial de Periodismo, Carlos Luis Álvarez, Cándido, “siempre que había fregado por las calles con *los puños y las pistolas*, [Aparicio] desaparecía. José Antonio le llamaba *Juan Desaparicio*” (Álvarez, 1995: 115). En fin, el jefe jonsista, Ledesma, reunido en el café Fuyma, de Madrid, con sus colegas más fieles: Juan Aparicio, los sindicalistas Manuel Mateo y Nicasio Álvarez Sotomayor (que controlaban la Central Obrera Nacional-Sindicalista: CONS); los vallisoletanos Onésimo Redondo y Martínez Bedoya; entre todos, decidieron escindirse de Falange. El 14 de enero se publicaría en *El Heraldo de Madrid* una nota informativa firmada por Ledesma, Onésimo Redondo y Nicasio Álvarez Sotomayor, en la que se expresaba la necesidad de “reorganizar las JONS, fuera de Falange española”. Pero Primo de Rivera no tardó en reaccionar —y de una manera contundente—, convocando una reunión de la junta de mando. Y, sin más dilación, al día siguiente, 16 de enero, Ledesma fue oficialmente expulsado de Falange Española de las JONS, “por su constante conducta de indisciplina y conspiración contra la unidad del movimiento”, según atestiguó el propio José Antonio (Jiménez, 2009: 11)⁵⁶. En el consiguiente expurgo sería acompañado por los camaradas antes referidos. Y además —fieles, en principio, a Ramiro— le seguirían también en la escisión hombres como Ernesto Giménez Caballero, Enrique Compte, los grupos jonsistas de Galicia y Barcelona, una parte de los afiliados al Sindicato Español Universitario (SEU), bien controlados por Diego Aparicio, hermano de Juan, etcétera. No obstante, entre los cismáticos, pronto comenzaron a sufrirse algunas deserciones, argumentando en su retirada distintos motivos: Onésimo Redondo, por ejemplo, no tardará en volver a las filas de FE de las JONS, acuciado por sus seguidores vallisoletanos. Sotomayor ingresaría en las filas socialistas, y una parte de los estudiantes afiliados al SEU, los “seuistas” fieles a Primo de Rivera, consiguieron recobrar el control del sindicato estudiantil, ejerciendo una inmediata violencia contra Diego Aparicio y los demás escindidos (Server, 2005: 155-171).

LA PATRIA LIBRE, ENTRE SOMBRÍOS PRESAGIOS DE GUERRA CIVIL (1935-1936).

Por este tiempo, Juan Aparicio ya trabaja como redactor en los periódicos de-rechistas *Ya* e *Informaciones*. Pero de ese asunto nos ocuparemos más adelante. Ahora conviene advertir, que para hacer frente a los ataques de los josean-

56. El día 18 de enero Ledesma y Álvarez de Sotomayor concederán una entrevista al periódico *El Heraldo*, en la que verifican la salida de Falange de un gran número de jonsistas. Por una parte, del “grupo intelectual, teórico, que ha creado la doctrina, como Giménez Caballero, Juan Aparicio, Bedoya... Y de otra, el grupo de organizadores y agitadores, Ledesma Ramos, Redondo Ortega y Álvarez de Sotomayor: es decir, los intelectuales y toda la base popular, revolucionaria, obrera del partido” (Jiménez, 2009: 12).

tonianos, Ledesma y los suyos idearon la publicación de un nuevo órgano de propaganda jonsista: el semanario *La Patria Libre*, “donde justificaron cumplida y honradamente su actitud nacional-sindicalista”. No obstante, Ramiro reconoce que estas divisiones no beneficiaron a ninguna de las dos partes. Y tampoco deja de asumir que, a pesar suyo, “Primo de Rivera ha tenido el acierto de seguir las consignas jonsistas, independizándose, por tanto, del espíritu derechista, que en España es por completo inoperante, para toda empresa nacional profunda”. Él y los suyos están convencidos de que la Falange, que empezó como un movimiento derechista y hasta monárquico, cuando se unifica con las JONS, recibe de este movimiento una proyección revolucionaria que antes no tenía; especialmente, al iniciar un acercamiento a las organizaciones obreras, ahora en plena ebullición. Aceptando estas premisas, a la altura de noviembre de 1935, Ledesma da por finalizado su libro-memoria, tantas veces citado, *¿Fascismo en España?*, redactado al socaire de esta escisión; pero no sin antes dictar esta especie de sentencia:

“Diríamos, para terminar, que a Ramiro Ledesma Ramos y a sus camaradas le viene mejor la camisa roja de Garibaldi que la negra de Mussolini.” (Ledesma, 1935: 338)

Sin embargo, entre enero y noviembre de 1935 habían ocurrido demasiadas cosas. Muchos ataques, más o menos cruentos, muchas decepciones para los secesionistas. Ataques con agresiones físicas, por ambas partes:

“La más conocida fue la ocurrida en la Gran Vía, donde un grupo de falangistas rodearon a Ledesma, Martínez Bedoya, Diego Aparicio, Compte, Tauler y Arias, al grito de traidores, traidores, obligando a Ledesma a refugiarse en el edificio de la Telefónica.” (Server, 2009: 25)

Pero el toma y daca de los jonsistas, intentando socavar la figura creciente del jefe nacional de Falange que, para más inri, se había alzado con el santo y la limosna, conservando en su poder el título oficial “de las JONS”, era algo irrenunciable. Hasta hubo de interponerse un recurso por la vía legal, a fin de recuperar la exclusividad del uso del nombre de las JONS, además de la bandera rojinegra y otros símbolos; se intentó, incluso, exigir una fuerte indemnización; pero al final, el pleito presentado por Ledesma no consiguió su objetivo, pues los tribunales dieron la razón a Primo de Rivera.

La Patria Libre, órgano de las JONS, Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, nace, pues, con claros propósitos de poner en órbita unas nuevas JONS; como una firme alternativa, frente al falangismo. Cosa que, a la vista de los acontecimientos futuros, no se conseguiría en ningún momento. Pero en prueba de su intento irrenunciable quedaron las páginas, henchidas de embestidas y reproches, de la citada revista. Llegaron a publicarse siete números que han sido estudiados a fondo por el hispanista Miguel Server⁵⁷. En dicho semanario, aparte de Ledesma su fundador y director, colaboraron con sus artículos Juan Aparicio,

57. La administración de este periódico quedó establecida en la Pensión Iruña, calle Eduardo Dato, 16, donde a la sazón residía Ledesma; la redacción se instaló en el nuevo local jonsista, situado en la calle Amanuel, 12, a la espalda de la Universidad.



Cabecera de La Patria Libre, n.º 3 (Madrid, 3 de marzo de 1935).

Ernesto Giménez Caballero, Javier Martínez de Bedoya (redactor vallisoletano de los semanarios *Libertad e Igualdad*), Emiliano Aguado (redactor de *La Época*), Diego Aparicio, representante del SEU y otros. El sábado, 16 de febrero de 1935, aparece el primer número. A trancas y barrancas, se va consiguiendo la necesaria financiación, para dar salida a los números siguientes, hasta llegar al séptimo y último, aparecido el 30 de marzo del mismo año. Pero, arrastrando, desde el principio, una endémica carencia de recursos, y con una base militante cada vez más exigua y delicuescente, el final estaba cantado. El número 7, a guisa de despedida, acabaría con un contundente, "VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO REVOLUCIONARIO". Aunque, como indica Gabriel Server, "Ledesma había perdido todas las batallas contra Primo de Rivera, quien le dirigió un último flechazo, en un artículo implacable, publicado en el nuevo semanario falangista *Arriba*. Así se cerraba el pleito entre los dos hombres. Frente al éxito indudable de Primo de Rivera en recobrar enérgicamente la organización fascista, Ledesma intentaría en vano durante algún tiempo constituir un nuevo grupo fascista" (Server, 2009: 37-38). Pero el éxito no le acompañó en esta nueva empresa.

Por lo que respecta a los artículos publicados en *La Patria Libre* con la firma de Aparicio, éstos ya habían sido dados a conocer anteriormente en otros periódicos nacional-sindicalistas. Fueron dos en concreto: "El emblema de las JONS", aparecido en *La Patria Libre*, número 3, correspondiente al 2 de marzo de 1935; y "Una gran ambición nacional. Desde los Pirineos hasta el Sahara", publicado en la misma revista, número 7, el 30 de marzo. Pero ambos ya habían sido dados a conocer con anterioridad, según vimos en su momento en *El Fascio*, número 1

(16 de marzo de 1933) y en *La Conquista del Estado*, número 16 (27 de junio de 1931), respectivamente. Y al albur de estas fricciones, parece interesante constatar el protagonismo alcanzado por el hermano de Juan, Diego Aparicio, en las luchas por la implantación del sindicato jonsista SEU en los ámbitos universitarios. Como dijimos anteriormente, a instancias de Ledesma, el tercero de los Aparicio llegó a ingresar incluso en la FUE para estudiar su funcionamiento; o tal vez para torpedear, desde dentro, sus actuaciones. Pero, tras la reciente escisión jonsista, su influencia había comenzado a declinar. Por eso, utilizando las páginas de *La Patria Libre*, Diego Aparicio hace un llamamiento a la cordura estudiantil, en contra de los afiliados al falangismo primorriverista. Su artículo aparece publicado en el número 7 (30 de marzo de 1935), portando el siguiente título: "Crítica jonsista del S.E.U.". Según su autor, el sindicato estudiantil se ha convertido en "la facción universitaria de uno de los muchos partidos políticos, que de una manera involuntaria, aunque persistente y tenaz, coadyuvan al desgarramiento de España". El dardo, desde luego, no podía ser más directo. Y añade a continuación que el SEU sólo podría subsistir como órgano universitario del movimiento nacional-sindicalista, con independencia absoluta de cualquier partido político, democratizando sus órganos dirigentes y expulsando a los que se hubieran desviado de estas normas, incluyendo al actual jefe local de Madrid. Anticipa la necesaria creación de una confederación general de estudiantes y piensa seguir escribiendo sobre estas cuestiones en números sucesivos. Pero la revista no volvió a salir.

Como ya se anticipó en páginas anteriores, también se había convertido en un gran activista nacional-sindicalista el segundo de los hermanos Aparicio López: el técnico industrial Álvaro⁵⁸. Y por lo que atañe a Juan, ¿qué había ocurrido con el más descollante de los Aparicio a la altura de este fortuito *impasse*? Alejado tal vez para siempre de la primera línea de la política activa acaba de obtener la licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras, especializándose en Filología de Lenguas Clásicas. Allí tal vez ha conocido a la que inmediatamente después sería su esposa, Carmen Jalón. Madrileña de nacimiento, ella también acababa de licenciarse en Historia; y pronto, mediante la correspondiente oposición, ingresaría en el Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios. Centrándose cada vez más en su vocación periodística, en 1932, Juan había comenzado a colaborar en el periódico *El Sol*, una publicación de claros matices liberales y regeneracionistas enriquecido a menudo con la entusiástica colaboración de Ortega y Gasset⁵⁹. Desde junio de 1933, pues –inevitable *paine lucrando*–, Juan Aparicio debe abrirse nuevos caminos profesionales entrando a trabajar como redactor en el periódico *Informaciones*: una publicación de marcado acento antirrepublicano, propiedad de D. Juan March y dirigido por Juan Pujol, que no tardaría en

58. Nada sabemos de Cayetano. En cuanto al menor de los cinco, el futuro médico y escritor Octavio Aparicio López aún era muy pequeño, pues había nacido en 1921.

59. Ahora, en 1932, la línea liberal y republicana de este periódico no suponía impedimento alguno para que en sus páginas culturales aparecieran firmas como las de Ernesto Giménez Caballero, Eugenio Montes, Murlane Michelena o la del propio Juan Aparicio, acérrimos enemigos de todo lo que olera a república liberal. Véase el artículo de este último "Oración sobre la prehistoria de España": "Juan Aparicio –escribe la redacción, a modo de presentación– honra esta página con un artículo admirable, que la obra de Obermaier, 'El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad', editada por la *Revista de Occidente*, le sugiere" (Aparicio, 1932: 2).

orientar su rumbo hacia la ultraderecha más recalcitrante. Pero a comienzos de 1935, precisamente, Aparicio ha sido “fichado” por los círculos católicos –Asociación Católica Nacional de Propagandistas–, regidos por Ángel Herrera Oria, para impartir clases como profesor de redacción en la escuela de periodismo de *El Debate*⁶⁰. Desde 1932, se habían iniciado en esta escuela los cursos normales de cinco años de duración, ciclo que no llegó a completarse, porque tanto *El Debate*, como su escuela de periodismo fueron suprimidos por el gobierno del Frente Popular al declararse la Guerra Civil (Vigil, 1987). Asimismo, en el propio año 1935, 14 de enero, Aparicio pasa a formar parte de la redacción del recién fundado diario vespertino *Ya*, donde ocupará el cargo de editorialista de política internacional. Antirrevolucionario de raíz y dependiente del nacionalcatolicismo político enrocado alrededor de la Editorial Católica, dicho periódico nace con el propósito de llegar a un público más amplio que *El Debate*, su hermano mayor. Es el órgano vespertino de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) y está dirigido por Vicente Gállego. Su éxito es inmediato. Y aquí trabajará Aparicio hasta mediado el año 1936, en que con motivo del asesinato de Calvo Sotelo –13 de julio del año en cuestión– el periódico publicó un artículo, considerado altamente beligerante por el Frente Popular, que supuso una suspensión inmediata y el rpto de la edición.

Y llegados a este punto resulta bastante extraño que un hombre del talante de Aparicio desempeñara su actividad profesional en un medio ultracatólico, con cuyos postulados él en aquel entonces nada tenía que ver. Para los jonsistas, la fuerza de aquel neocatolicismo, castrante y creciente, era algo contra lo que había que luchar. Y esta antipatía era sentida por todos sus congéneres. El propio Ramiro Ledesma, refiriéndose a esta cuestión, dejaría bien asentado que “*La Conquista del Estado* lo era todo, menos clerical” (Ledesma, 1935: 209). Da totalmente en el clavo, aclarando el meollo de la cuestión, el furibundo monárquico Vegas Latapie, cuando en alguno de sus varios libros de memorias dejó escrito lo siguiente:

“Algo le había tratado [a Juan Aparicio] en *Acción Española* durante los años de la República. Granadino, de cultura muy vasta, era entonces profesor de la Escuela de Periodismo de *El Debate* y colaborador del diario vespertino ‘*Ya*’, aunque nada tuviese que ver su ideología con la que dominaba la Santa Casa. Algunos amigos míos fueron alumnos suyos en unas clases particulares de latín que daba en su domicilio. A uno de ellos, que le preguntó, al día siguiente de un mitin de Primo de Rivera en el cine Madrid, el 17 de noviembre de 1935, si él había asistido también, le replicó con desdeñosa ironía: –No me interesa oír a Ortega en mangas de camisa...” (Vegas, 1987: 259)

Evidentemente, aún no había superado su alergia a las consignas voceadas por José Antonio.

Pero todo iba a cambiar, con la llegada al poder del Frente Popular, en los primeros meses de 1936. El peligro creciente que se cernía sobre las fuerzas derechistas obliga a retomar posturas, y de alguna manera a agruparse en un

60. La escuela de periodismo de *El Debate* fue la primera instalada en España. La fundó, en 1926, el entonces director de *El Debate* y futuro cardenal de la Iglesia católica, Ángel Herrera Oria.

frente común. Muchos secesionistas del año 1935 volvieron a las filas de Falange Española de las JONS. No parece que éste fuera el caso de Aparicio, pero en cierto modo tampoco repudió el contacto directo con los falangistas. Son días de trágicos augurios y de aún más que siniestras realidades. Tras haber salido vencedor el Frente Popular en las elecciones de febrero, FE de las JONS es declarada fuera de la ley apenas iniciado el mes de marzo. El día 14, José Antonio y su junta política son privados de libertad. Primero en la cárcel Modelo de Madrid; finalmente en junio, el jefe falangista será trasladado a la cárcel de Alicante. Los hermanos Aparicio López tampoco salen indemnes de estas refriegas de última hora. Durante el mes de mayo se encontraban también presos en la Modelo viejos amigos jonsistas, ahora dirigentes sindicales de Falange, como Nicasio Álvarez de Sotomayor, Sinforiano Moldes o el propio Diego Aparicio, entre otros (Maestú, 1963: 18)⁶¹. Por su parte, Álvaro Aparicio, que hasta ahora había permanecido en las filas falangistas, también acabará dando con sus huesos en la cárcel Modelo de Madrid, ya casi en las vísperas del Alzamiento; aunque después utilizaría un carnet cenetista, para defender su propia integridad:

“Esto puede ilustrarse con la carrera quintacolumnista de Álvaro Aparicio López, técnico industrial falangista, apresado como muchos otros de sus camaradas el 13 de julio [de 1936] tras el asesinato de Calvo Sotelo. Liberado de la cárcel por error aquel mes de noviembre, Aparicio se ocultó, *sin ninguna persona que le amparase*. Hasta la primavera siguiente no se puso en contacto con sus correligionarios políticos, e ingresó en la CNT, *para sembrar discordias en las filas rojas* y conseguir una comisión en el Ejército popular, *en la que apoyaba a las personas y soldados afectos a la causa nacional*, y pasaba planes militares a los servicios de inteligencia militar franquista.” (Ruiz, 2012: 224)⁶²

En cuanto a Juan Aparicio, desde un punto de vista estrictamente personal, los primeros meses de 1936 se convierten para él en un hito verdaderamente decisivo. Entre sus miles de trabajos está preparando su boda, la cual se ha de celebrar antes de que comience el verano. Con su fortuito acercamiento a las huestes joseantonianas, pronto se ve obligado de nuevo a participar abiertamente en la lucha clandestina por el ideario falangista-jonsista. Los camaradas Mariano García y Manuel Mateo habían iniciado el 20 de mayo la publicación en Madrid del semanario clandestino *No importa*, teledirigido desde la cárcel Modelo por José Antonio Primo de Rivera y por Ruiz de Alda. Desde el otro lado de las rejas carcelarias lanzaban sus consignas y programaban la estrategia a seguir por sus camaradas. Subtitulado *Boletín de los días de persecución*, el primer número de *No importa* saldría a la calle el 3 de junio. Con una tirada de doce mil ejemplares, y careciendo de pie de imprenta por razones obvias, incluía textos de José Antonio, de Juan Aparicio, de Raimundo Fernández Cuesta, de Ismael Herráiz y otros. A continuación aparecerán otros dos números, correspondientes al 6 y al 20 de junio. El cuarto y último

61. Diego Aparicio sería nombrado consejero nacional del SEU en 1940. Para entonces, en su historial él oculta hábilmente su paso por la FUE, aunque entrara allí por estrategia operativa cumpliendo órdenes de Ledesma Ramos. En 1940 el solo nombre de la FUE olía a pecado mortal.

62. No obstante, Álvaro Aparicio sería juzgado por un tribunal militar después de la guerra. Pero al contrario que su compañero de avatares, Pablo Sancho Romero, fue encontrado culpable y condenado a seis meses y un día de cárcel “por auxilio a la rebelión militar”.

no llegó a salir, al ser descubierta la imprenta por la policía republicana (González Calleja, 2012). Pero Juan Aparicio, para estas fechas, se encontraba inmerso en otros menesteres de índole estrictamente personal. A punto de cumplir sus treinta años de edad, el 24 de junio —anticipándose en tres semanas al alzamiento militar— contraía matrimonio con su prometida Carmen Jalón Gómez en la iglesia de San Marcos de la ciudad de León. La elección del lugar no es gratuita, ni un capricho de enamorados románticos: ¡con la que estaba cayendo! A la sazón, la novia Carmen Jalón ejercía una plaza de bibliotecaria en la capital leonesa. Después desempeñaría similares funciones en bibliotecas de Salamanca y, finalmente, en la de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Así pues, en plena luna de miel les estalla el trascendental golpe militar que pronto acabará fundiéndose en una cruenta y despiadada guerra civil. No sabemos exactamente dónde se encuentra él en la fecha crucial del 18 de julio⁶³. De haber permanecido en Madrid tal vez hubiera sido pasado por las armas, como su entrañable compañero Ramiro Ledesma y como tantos otros. Sólo sabemos que transcurridos algunos meses fue encontrado en Ávila por su también viejo amigo, Ernesto Giménez Caballero. Muchos años después, el ínclito “Gecé” nos informará esquemáticamente de este encuentro:

“Al escapar [él, “Gecé”] del Madrid miliciano del 36, le encontraría [a Aparicio] una noche helada de luna en Ávila, llevándomelo a Salamanca para iniciar un Ministerio de Prensa y Propaganda que me confiaría Franco con Millán Astray. Y en el que Aparicio, después del 39, cuando existió de veras tal Ministerio, sería director general.” (Giménez, 1979: 78)

Por la descriptiva pincelada —noche, hielo, luna— que nos brinda Giménez Caballero, este encuentro providencial ocurrió necesariamente bien entrado ya el otoño de 1936⁶⁴.

SALAMANCA EN GUERRA. LA *GACETA REGIONAL* Y OTROS TRABAJOS DE CIRCUNSTANCIAS.

Desde los primeros días de octubre, el bando sublevado contra la República con Franco a la cabeza había instalado en Salamanca su cuartel general en el palacio del Obispo. Parece ser que Giménez Caballero y Juan Aparicio llegan a

63. Uno de los principales promotores del golpe militar es precisamente el entonces teniente coronel Ricardo Rada Peral, primo segundo de Juan Aparicio. Un africanista que, a la altura de 1936, había ingresado en las filas carlistas y, de acuerdo con Emilio Mola, había concentrado en Pamplona la noche del 18 al 19 de julio a unos diez mil requetés navarros, con los que se unió al alzamiento. Murió en junio de 1956 con el grado de teniente general. Había sido primer general jefe de la División Acorazada Brunete (Brocos, 2010).

64. Resulta algo engorroso confirmar la fecha exacta de este encuentro, pues “Gecé” va dando saltos en sus memorias y embrolla la cuestión. En cierto momento dice que “a mediados de octubre de 1936 pude evadirme de Madrid” en avión desde el aeropuerto de Barajas, refugiándose en Francia. De allí pasa a Italia donde se entrevista con Mussolini. “Entré a España otra vez [por Hendaya]. Un día triste y de mal presagio: el de los muertos. 1 de noviembre. Diluviaba”. El 3 llega a Burgos y se entrevista con el falangista Manuel Hedilla. Y el 4 llega a Salamanca. En esta madrugada del 3 al 4 de noviembre es cuando debió encontrarse con Juan Aparicio en Ávila (Giménez, 1979: 82-88).

esta ciudad el 4 de noviembre. Inmediatamente después, Juan Aparicio es nombrado director del periódico *Gaceta Regional* de la propia capital charra. Una publicación que alcanzaría su mayor relevancia por la razón antedicha, en función de lo cual el nuevo director añadió a la cabecera del periódico el subtítulo de *Diario Nacional de Salamanca*⁶⁵. Aparicio permanecerá al frente de esta dirección periodística hasta el año 1941, en que será reclamado en Madrid para desempeñar otras funciones oficiales.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Ahora, en pleno conflicto armado, con motivo de la instalación del cuartel general del Generalísimo en la vieja ciudad del Tormes, en ella han venido a recalar, también, los principales mandos de la junta política de Falange Española de las JONS, con su jefe nacional *de facto* Manuel Hedilla, toda vez que el fundador José Antonio continúa preso en Alicante. Juan Aparicio, aunque mantiene un discreto contacto con algunos de sus principales dirigentes, continúa alejado del partido. Lo que no obsta para que –según Giménez Caballero– de ordinario acudieran a sentarse alrededor de un velador de la plaza Mayor viejos conocidos como Agustín de Foxá, Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo (que pronto llegaría a ser el mandamás de la propaganda nacionalista), Martín Almagro y el propio Juan Aparicio:

“Plaza Mayor de Salamanca. Juanito Aparicio siempre con su capote manta, su boina roja, su camisa azul y su buen lechoncillo o cordero lechal en figones que solo él conocía. *La Gaceta Regional* era su orquesta. Como lo sería luego en Madrid toda la prensa del Reino.” (Giménez, 1979: 102)

Aunque a decir verdad, las relaciones entre Aparicio y Dionisio Ridruejo nunca fueron excesivamente cordiales. Y empeorarían aún más a partir del decreto de unificación del 19 de abril de 1937.

La llegada del cuartel general de Franco también ha traído consigo a una serie de embrionarias instituciones. Una de ellas es el gabinete de prensa de la Junta de Defensa Nacional, creado el 5 de agosto, a cuyo frente en principio había estado el periodista Juan Pujol, el antiguo director de *Informaciones*. Es lo que Giménez Caballero denominará después “su” Ministerio de Prensa y Propaganda, el cual quedará instalado en el palacio de Anaya. Al frente del mismo, por cuestiones puntuales de la militarización del momento, el propio Franco coloca a su amigo y compañero el general Millán Astray, que no debía de andar muy ducho en estas cuestiones; en vista de lo cual, el verdadero director será Giménez Caballero por deseo expreso de Franco. Con este objeto, el fundador de la Legión hace venir a su presencia al metomentodo “Gecé”, a fin de encargarle la dirección de esta oficina de prensa y propaganda, tan importante para la divulgación de las noticias generadas –y convenientemente maquilladas– por el bando nacionalista. Millán Astray le pregunta acerca de los hombres que habrán de colaborar con él en tan delicada empresa, a lo que Giménez Caballero responde:

65. El primer número de *La Gaceta Regional* de Salamanca salió el 20 de agosto de 1920. Uno de sus primeros impulsores será José M.^a Gil Robles. Siempre fue un diario conservador, católico y contrario a la República a partir de 1931. En 1933 pasó a ser dirigido por el propio Gil Robles, cabeza de lista de la CEDA.

“Ante todo, el director de la *Gaceta Regional*, Juan Aparicio, mi camarada desde *La Gaceta Literaria*, secretario de *La Conquista del Estado* y las *JONS* Con ese periódico de Salamanca y *El Adelanto*, por lo menos el Caudillo leerá las noticias... que el propio Franco nos proporcione.” (Giménez, 1979: 90)

Evidentemente, está claro que allí sólo se publicaría lo que el Caudillo tuviera a bien dar por publicable: pues, en realidad, la única política posible en estos momentos era la de ganar la guerra (Giménez, 1979: 96). Otros colaboradores serán Víctor de la Serna y Antonio de Obregón. Pero en todo caso se tratará de una faena hartamente complicada, pues se carecía de todo para llevarla a efecto: de dinero, de material técnico, hasta de papel.

Y para colmo a Franco se le plantó entre ceja y ceja la idea de instalar una emisora de radio, pues quería dirigir un mensaje, *urbi et orbe*, el 31 de diciembre de 1936. Sin medios de ninguna clase, tras un primer fracaso en la primera tentativa, la rudimentaria emisora pudo ser inaugurada por fin el 19 de enero de 1937, asumiendo el carácter de Radio Nacional de España. Un principal órgano propagandístico, desde ahora en poder de los sublevados contra la República. Entre los encargados de poner en práctica la emisora a las órdenes de Millán Astray estaban Giménez Caballero, Eugenio Montes y el aragonés Emilio Díaz Ferrer; a los que inmediatamente se unirían Juan Aparicio, Víctor de la Serna, Antonio de Obregón, José Antonio Giménez-Arnau, etcétera. Por decreto del 14 de enero de este mismo año, se había creado la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda, situada bajo la Secretaría General del Jefe del Estado (*BOE* del 17 de enero). Esta delegación será dirigida por el catedrático y economista Vicente Gay Forner.

En principio, los trabajos en sus dependencias eran voluntarios, por lo que el servicio dispuso de un gran número de colaboradores —más de ochenta personas— en sus distintas secciones: “Prensa Nacional”, “Prensa Extranjera”, “Radio” y “Fotografías y carteles”. La sección de Radio, en concreto, quedó ultimada con los siguientes colaboradores: Emilio Díaz Ferrer, jefe de las emisiones en onda corta; Juan Aparicio López, jefe redactor en las emisiones en onda extracorta o extranjera; y Ángel Caballero, jefe del servicio de escucha. Sin embargo, en estas oficinas ya comienza a perfilarse cierta aversión a las consignas y modos falangistas, precursora del decreto de unificación: no era bien recibido el “tuteo” joseantoniano, ni el llamarse camarada a cada instante, ni mucho menos hablar de revolución... La emisora quedó inaugurada con el programa “Habla España”, siendo su primer locutor el actor Fernando Fernández de Córdoba (Sevillano, 2002).

Pero las discrepancias y enfrentamientos entre las distintas facciones que conforman el mosaico nacionalista —cuestiones de preeminencias y de reparto de poderes, en los aledaños del cuartel general— van en aumento: católicos, monárquicos, requetés... Y especialmente entre los propios falangistas al sentirse cada vez más postergados. Las intrigas van en aumento. El jefe Manuel Hedilla ordena reproducir y difundir el discurso de José Antonio pronunciado en el cine Europa de Madrid el año anterior a fin de conmemorar su primer aniversario, 2 de febrero de 1937; pero aludiendo a su carácter extremadamente revolucionario, Vicente

Gay, delegado de Prensa y Propaganda, prohíbe su publicación. El hecho supone toda una provocación para el falangismo más recalcitrante.

Por otra parte, entre los meses de febrero y abril, se irá originando y desarrollando una verdadera conspiración contra el jefe Manuel Hedilla dentro de los mismos círculos falangistas. Sancho Dávila y Agustín Aznar parecen ser sus principales atizadores. Se viven así unos meses de auténtica zozobra, hasta desembocar en los tristes acontecimientos del 16 de abril, con el asesinato por la espalda del falangista, partidario de Hedilla, José María Alonso Goya, a manos de sus propios correligionarios. Día tras día las relaciones se habían enrarecido peligrosamente entre los hombres de este partido. Sobre todo, a raíz de que el cuartel general del Generalísimo, bajo la inspiración del recién evacuado del Madrid republicano, Ramón Serrano Suñer, decidiera la creación de un partido único, bajo la indiscutible jefatura de Franco. Desde muchos meses atrás se había venido difundiendo el lema “una Patria, un Estado, un Caudillo”, que no era otra cosa que la traducción al román paladino del “ein Volk, ein Reich, ein Führer” acuñado por el nazismo alemán. Finalmente, el 19 de abril surgirá el trascendental y demoledor decreto de unificación con un discurso pronunciado por Franco desde el balcón del Ayuntamiento salmantino, el cual le había sido escrito por Giménez Caballero. Nacía así la kilométrica Falange Española Tradicionalista y de las JONS, pero desaparecía el falangismo tal y como lo había concebido José Antonio (García Venero, 1967).

Viéndolas venir, y desde días antes, los falangistas contrarios a la unificación y al mando único de Franco habían programado un consejo nacional en Salamanca para los días 18 y 19 de abril. El antiguo jonsista Vicente Cadenas y Vicent, gran amigo de Hedilla y del propio Juan Aparicio, nos dejó una detallada descripción de los entresijos de este consejo. Entre otras cosas, este historiador nos dice que el jefe nacional Hedilla, tras designar como miembros de la junta política a Juan Yagüe, a Pilar Primo de Rivera y a Dionisio Ridruejo, le pidió consejo al propio Cadenas, a este tenor:

“Como deferencia especial [Hedilla] me preguntó si yo tenía algún interés en algún camarada para la designación de Consejero Nacional, contestándole que me era indiferente, pero que ya que me lo preguntaba, me permitía aconsejarle que no debía olvidar a los jonsistas, pues había varios en la zona nacional que ya habían sido consejeros en 1934, y que aunque habían seguido a Ramiro con motivo de la escisión, habían tenido posteriores contactos con nosotros, algunos directamente con José Antonio, para su reincorporación a la Falange, y que ahora era el momento de recuperar a todos ellos, con lo que Falange podría disponer de un magnífico plantel de teóricos, de lo que tanta falta tenía. Yo me refería principalmente a Juan Aparicio, que estaba dirigiendo un periódico en Salamanca, y con el cual había tenido yo contacto en San Sebastián, pues me unía con él amistad entrañable desde 1931, y sin duda alguna, para mí, en ese momento, era el mejor escritor y teórico de que podía disponer la Falange.” (Cadenas, 1975: 109-110)

Por la tarde del día 18, finalizada la primera sesión del consejo, Hedilla volvió a llamar a Cadenas y Vicent y, tras cambiar impresiones con él, le pidió de nuevo que le señalase algunas personas, “preferiblemente jonsistas”, que pudieran ser

consejeros nacionales, “pero sobre todo que fuesen conocedores de la doctrina de Falange. Sin titubeo de ninguna clase, no tuve inconveniente en indicarle a Juan Aparicio y a Javier Martínez Bedoya, como jonsistas, y a Agustín de Foxá y a Antonio Tovar”. Pues bien, en la lista final de consejeros aparecerán, en efecto, Martínez Bedoya, Agustín de Foxá y Antonio Tovar. Sin embargo, no aparece por ninguna parte el nombre de Juan Aparicio (Cadenas, 1975: 128). Sencillamente, el siempre fiel a su ideario jonsista y a la triste memoria de su fraternal amigo, Ramiro Ledesma, dijo “no” a los últimos reclamos falangistas. Así lo certifica, además, el historiador Sevillano Calero, quien al referirse al Juan Aparicio salmantino, viene a asegurar que éste “acabaría rechazando la posibilidad de reingresar en la Falange, a comienzos de 1937” (Sevillano, 2002: 11). Esto coadyuva a confirmar que Aparicio nunca se sintió identificado con la doctrina falangista, ni mucho menos con su fundador, José Antonio. Siempre se halló incómodo entre los adláteres del primorriverismo. Por eso, durante estos años (1937-1939) nunca aparecerá alineado, sino cada vez más alejado tanto de las figuras de la “vieja guardia” del partido, como de los jóvenes emergentes, incluidas las publicaciones literarias que todos ellos liderarán, a partir de ahora: Ridruejo, Laín Entralgo, Sánchez Mazas, Eugenio d’Ors, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Torrente Ballester y otros intelectuales en alza, encuadrados en torno a las revistas *Jerarquía*, *Arriba España*, *Vértice* o *Escorial*.

Ni que decir tiene, los demoledores efectos del decreto de unificación fueron inmediatos. Muchos falangistas no aceptaron el nuevo rumbo político, en virtud del cual Franco era elevado a la categoría de jefe absoluto del nuevo Estado. Hedilla fue uno de ellos, por lo que mereció ser encarcelado por orden de Franco, condenado a dos penas de muerte y finalmente perdonado. Aunque en realidad no se vio libre de asechanzas ni del consiguiente destierro hasta el año 1947 en que, voluntariamente, decidió alejarse de cualquier veleidad política. Por lo que respecta a Juan Aparicio, éste, al igual que Giménez Caballero, continúa trabajando para el nuevo Estado desde sus cometidos periodísticos y propagandísticos, cada vez más identificado con la figura mesiánica de Franco y con lo que ella va a representar para el restablecimiento del soñado imperio español. El escandaloso y hagiográfico manifiesto *La Falange hecha hombre ¡conquista el Estado!*, escrito por Giménez Caballero y publicado por Aparicio en *La Gaceta Regional*, en honor y gloria de la figura de Franco (Salamanca, 1937), levanta profundos sarpullidos entre las huestes falangistas. Giménez Caballero comienza su escrito, pergeñando una pequeña historia de los movimientos fascistas en España, de la que son protagonistas unos jóvenes entusiastas como Aparicio y él mismo, para culminar con la jefatura incuestionable de José Antonio. Pero al haber desaparecido ya este jefe carismático, nadie como el generalísimo Franco para detentar la necesaria jefatura absoluta⁶⁶. Lo primordial para Aparicio y para

66. Giménez Caballero comienza así su citado manifiesto: “La primera época –germinativa– de la Falange, correspondió a gentes que solo teníamos esa misión fecundadora en la vida: los soñadores, los poetas: es decir, los profetas de futuros. Fue allá por 1927-28-29. ¿Quiénes soñábamos en estos futuros? Muy pocos jóvenes españoles. Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Montes, Juan Aparicio y yo –entre algún otro que traicionó nuestros sueños [¿alusión a Alberti?]-. Rafael Sánchez Mazas repartía aquí y allá sus magníficos artículos de hombre formado en la Italia fascista y en una estupenda tradición escurialense... Eugenio Montes pulverizaba su conversación fina e insinuante como la lluvia

muchos como él era ganar la guerra. Una meta prioritaria e indeclinable por encima de cualquier interés partidista. Según el falangista García Venero, en este tiempo Juan Aparicio, afecto al cuartel de Mola, se dedicó a confeccionar fichas político-sociales de los falangistas de algún renombre y categoría:

“Pasó el tiempo, Juan Aparicio, meses antes del final de la guerra, resultó movilizado. Me pidió –asegura el propio García Venero– que interviniese cerca de mi buen amigo el general de Artillería don Eduardo Martín González, gobernador militar de Salamanca, para que no se le enviase más que a un cuartel. Lo hice con diligencia y fortuna.” (García Venero, 1967: 368)

Probablemente, al idealista Aparicio le repugnara el hecho de verse obligado a disparar un solo tiro contra otro español, por muy anónimo y contrario ideológico que fuese. Pero afortunadamente, la cruel pesadilla de aquella guerra fratricida acabó, por fin, sólo unos meses después.

POR RUTAS IMPERIALES: LA DELEGACIÓN NACIONAL DE PRENSA, LA CENSURA Y OTRAS APORTACIONES AL “NUEVO ESTADO” (1939-1946).

1939: “Año de la Victoria”. Finalizada la guerra, Juan Aparicio continúa dirigiendo, durante algún tiempo, *La Gaceta Regional de Salamanca*. Sus primeros trabajos en el apogeo de la euforia triunfalista consistirán en mantener fresca y pujante la memoria de su desaparecido compañero, Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las JONS, y la contribución de este grupo político al logro de la victoria final. Con tal objeto se lanza a publicar dos libros antológicos sobre el contenido programático de las antiguas revistas, *La Conquista del Estado* y *JONS*, completándolo con un emotivo prólogo, en cada uno de los casos, escrito por el propio Aparicio. Son días jubilares de desbordada retórica triunfalista y de exasperantes loas en honor del Caudillo vencedor. Consecuentemente, muy dentro de esa tónica generalizada, el prólogo a la antología de *La Conquista del Estado* comienza con este genuino *introito*, dirigido por Aparicio a los posibles desmemoriados:

“Mis yertas palabras preliminares contrastarán con la fiebre y la pasión creadora de las demás palabras de este libro, cuyas letras fueron escritas con sangre y fuego durante medio año de 1931. Bastó ese breve tiempo para alumbrar con augurios cumplidos, con signos impuestos y símbolos triunfadores que son la emblemática y la liturgia del Estado español: bastó sólo ese tiempo para anticiparnos minuciosamente la *España una, grande y libre* de Francisco Franco⁶⁷; la España actual donde Franco es Caudillo y Generalísimo de todos los Ejércitos; es decir, de toda la juventud.” (Aparicio, 1939a: VII)

compostelana. Aparicio –guadijeño ardiente– hacía versos entonces. Y yo tuve la suerte de poder cuajar en el libro, la revista y el manifiesto estos sueños de tipos ‘absurdos’, como nos llamaban entonces despectivamente los ‘intelectuales’ a nosotros, los místicos”.

67. Como es sabido, estos emblemas fueron creados por los jonsistas, y afinando aún más por el propio Aparicio.

En los mismos términos se expresará, al concebir el prólogo para la antología de la revista *JONS* (Aparicio, 1939b)⁶⁸. Aunque su defensa a ultranza del jonsismo y de su fundador Ramiro Ledesma no se diluirá en la vorágine avasalladora de los primeros meses triunfales, sino que será una constante recurrente en la obra periódica de Juan Aparicio a lo largo de toda su vida; recordando siempre la efemérides del 29 de octubre, fecha en la que desapareció el fundador de las *JONS*, con la aportación de muchos detalles sobre su prisión y sobre su muerte. Aparicio demostraba así una lealtad y una fidelidad inquebrantables a su primigenia ideología jonsista (nunca plenamente falangista: camisa roja *versus* camisa azul), por encima de presiones y otras modas coyunturales⁶⁹.

Concluida la guerra, el Gobierno de Franco no desatiende la imperiosa necesidad de mantener pujantes los servicios de censura y propaganda, sustento y piedra angular del “Nuevo Estado”. En principio, se sostiene y consolida la restrictiva Ley de Prensa e Imprenta dictada en 1938 por el ministro Serrano Suñer; acción que supondrá un control total de la actividad periodística y de los medios de información. Pero en mayo de 1941, este ministro es cesado al frente de la cartera de Gobernación. Con él son también alejados de los servicios de Prensa y Propaganda, los “serranistas”, Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar. Aunque aquéllas tal vez no sean las únicas novedades políticas del momento: la Secretaría General del Movimiento es confiada a José Luis Arrese, antiguo colaborador de José Antonio Primo de Rivera, quien impondrá al frente de la recién creada Vicesecretaría de Educación Popular de FET y de las *JONS* al católico integrista Gabriel Arias Salgado, convertido desde ahora en su eficaz factótum. Así pues, ya dentro de esta importante Vicesecretaría, ocuparán los escalones más altos, aparte del referido Gabriel Arias Salgado (vicesecretario), los delegados nacionales, Juan Aparicio López (Prensa) y el catedrático de Derecho, Manuel Torres López (Propaganda), aunque éste sólo lo será por poco tiempo. Curiosamente, los tres habían coincidido en Salamanca, durante las azarosas jornadas de la Guerra Civil: Arias Salgado, actuando como gobernador; Aparicio, su inmediato hombre de confianza, como director de *La Gaceta Regional*; y Torres López, al frente de la alcaldía de la propia capital castellano-leonesa. Trasladado, pues, a Madrid, Juan Aparicio dirigirá, desde ahora, la Delegación Nacional de Prensa, dependiente de la Vicesecretaría de Educación Popular⁷⁰. El antiguo jonsista desempeñará este trascendental destino por un largo período de cuatro años; es decir, desde 1941 hasta 1945. Durante este tiempo, la Delegación Nacional de Prensa tendrá en su poder el control de la totalidad de las publicaciones periódicas. Una conflictiva y controvertida misión, en definitiva, que bien pudiera resumirse en las siguientes principales operaciones: depuración de periodistas heterodoxos y férreo control de sus actividades profesionales; absoluto control

68. Aquí se incluyen una vasta selección de artículos firmados por Ramiro Ledesma, José Antonio (“Ensayo sobre el nacionalismo”), Giménez Caballero, José M.^a de Areilza, Raimundo Fernández Cuesta, Alfonso García Valdecasas, Juan Aparicio, etcétera.

69. Vid. Aparicio, 1939c; 1939d: 2; 1939e: 69-74; 1940; 1941a; 1941b; 1941c; 1942a; 1943a; 1943b; 1944a; 1944b; 1945c; 1945d; 1947a; 1947b; 1960; 1961; 1966; 1968; 1976; 1978a; 1978b; 1979a: 16-17; 1979b; 1979c; 1981.

70. Ley del 20 de mayo de 1941, “por la que se transfieren los Servicios de Prensa y Propaganda a la Vicesecretaría de Educación de FET y de las *JONS*” (*BOE*, 142, de 22 de mayo de 1941).

de las empresas periodísticas, incluyendo la censura previa de los textos y la reinspección de los mismos, una vez publicados; la célebre “consigna de prensa”, por la que se impondría la publicación obligatoria de ciertos textos o material gráfico; y por el contrario, se prohibían de raíz determinados temas o el modo de tratarlos (Sinova, 1989; Beneyto, 1979; Bermejo, 1991: 73-96). Por ejemplo, adoptando una especial cautela hacia todo lo relativo a los bandos contendientes en la Segunda Guerra Mundial. Como tantos otros figurones del régimen, Aparicio era germanófilo y la germanofilia debía discurrir con patente de corso por todos los canales informativos del momento. Pero no siempre fue así. Mediado ya el año 1943, la germanofilia oficial comienza a transmutarse en manifiesta anglofilia. El propio delegado nacional decide enviar a los periódicos bajo su mando ciertos artículos titulados “Crónicas de Melbourne, Wellington y Londres”. Artículos que las fuerzas más ortodoxas y desorientadas del Movimiento tratarán de perseguir en distintas provincias⁷¹. En fin, un agobiante florilegio de consignas, vetos y circulares, que supondrán un absoluto control sobre las publicaciones periódicas y sobre la información, en general. La intensidad del control, obviamente, sufrirá ciertos altibajos, en función de la circunstancia política que prime en cada momento. Pero en definitiva, a juicio del historiador Justino Sinova, Arias Salgado “no dejará resquicio para una mínima espontaneidad en los periódicos y tratará, al mismo tiempo, de adoctrinar a sus responsables con largas advertencias, práctica en la que le secundará su más directo colaborador, Juan Aparicio” (Sinova, 1989: 103).

Siempre a las órdenes de sus superiores jerárquicos –Arias Salgado, Arrese, Francisco Franco o viceversa– el delegado nacional, Aparicio, “fascista puro”, según le califica Sinova, cumple y hace cumplir a rajatabla los dictados del régimen. Él nunca ocultará su fascinación por la figura de Franco, no tanto por la doctrina global de Falange. Aunque por imperativos del cargo oficial que ocupa se vea obligado en momentos puntuales a ciertas manifestaciones externas. Por ejemplo, al “tuteo” entre “camaradas” o al culto oficial a la memoria de José Antonio⁷². En cuanto a sus cometidos censorios, él solía comunicarse directamente o a través de cartas circulares con los directores de los periódicos del momento, haciéndoles pormenorizadas observaciones sobre la publicación en cuestión: tamaño de ciertos títulos y a tantas columnas, el enfoque que habría que asignar a ciertos temas, etcétera. Naturalmente, este ordeno y mando emitido desde las altas esferas del régimen le convirtieron en figura poco grata para muchos profe-

71. El periodista Ángel Marrero perteneció a la primera promoción de la Escuela Oficial creada por Aparicio. Finalizados sus estudios pasó a trabajar en el periódico *Proa*, de León, donde comienza a publicar los citados artículos de Aparicio, por lo que el gobernador civil de aquella provincia le amenaza con meterlo en chirona, si continúa publicándolos. Marrero consulta con Aparicio y éste le dice que siga adelante y no se preocupe. Él obedece y los artículos continúan apareciendo. Pero las amenazas del gobernador tampoco disminuyen. Por lo que Aparicio indica a su ex alumno que se venga a Madrid, burlando al gobernador cuando sus esbirros van a prenderle (De Rioja, 2011).

72. El 20 de noviembre del mismo año 1941, el Gobierno franquista establece en la basílica del Escorial turnos oficiales de vela ante la tumba de José Antonio, cuyos restos yacen allí inhumados desde hace dos años. Los turnos deberán ser efectuados por todas las altas autoridades del régimen: ministros, secretarios, subsecretarios, etc. Al solemne funeral que cerrará las honras mortuorias asistirá el propio Generalísimo. A Juan Aparicio, como delegado nacional de Servicio, le corresponde el turno de vela de 13:30 a 14:00 horas del día 20 de noviembre (*ABC*, 20 de noviembre 1941, p. 10).

sionales del periodismo. Le apodarán “Napoleón de la Prensa” u otros epítetos de igual remembranza político-militar:

“A Juan Aparicio –escribirá su circunstancial ex alumno, el periodista Haro Tecglen– le llamaban Napoleón, y él se ponía en actitudes napoleónicas [...] para acentuar su parecido [...]. Bajito, grueso, la mano en el estómago, geoméricamente redondo, había comenzado su vida periodística en Salamanca⁷³, y en la guerra saltó por encima de todos y se quedó con el periódico, y después con toda la prensa del régimen.” (Haro, 1998: 143)⁷⁴

El propio Dionisio Ridruejo, al que precisamente había sustituido Aparicio en estas dependencias censorias, dirá de él que durante estos años el granadino “cultivaba un parecido con el Napoleón grueso de la época imperial. Tenía una memoria que era como un gran archivo⁷⁵. Escribía con un enrevesamiento muy personal y seguía en las trece de una de sus ‘consignas’ del tiempo de las JONS: ‘actuales frente a los intelectuales’, consigna que nunca he llegado a entender” (Ridruejo, 1976: 156)⁷⁶. Otros colegas del periodismo, como Torcuato Luca de Tena serían, incluso, mucho más incisivos contra la personalidad del “dictadorcito” Aparicio, antimonárquico visceral y anti otras muchas cosas que, sin embargo, tal vez fuesen el santo y seña de los Luca de Tena y de su buque insignia: Prensa Española. Aunque todo tenía su explicación: durante la primera etapa del franquismo, se consideró como uno de los principales enemigos políticos del régimen a Don Juan de Borbón y a sus seguidores; pero ese tema quedará pendiente para más adelante⁷⁷. Por el contrario, ni que decir tiene, Aparicio gozó también de notorios apologistas de su personalidad pública; de sinceros admiradores de su compleja obra cultural –inquinas políticas aparte– durante su actuación al frente de la Delegación Nacional de Prensa. Cabe citar, entre otros, a Camilo José Cela,

73. Lo cual no es totalmente cierto. Haro se equivoca. La carrera periodística de Aparicio había comenzado muchos años antes. Según otro de los primeros alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo, Carlos Luis Álvarez Cándido, Aparicio “tenía un aire napoleónico, era un napoleoncito de Guadix y le gustaba realzar las dos cosas. Había tenido veleidades republicanas y anarquistas y después acabó en *La Conquista del Estado*” (Álvarez, 1995: 115-116).

74. Y en su libro *El Refugio* (1999), capítulo “El niño fascista”, Haro Tecglen vuelve a arremeter con saña contra Aparicio: “El segundo estigma de las flechas vino por un falangista de Salamanca que se había recubierto de grasa, pequeño y gordo, napoleónico. Era el delegado nacional de prensa, Juan Aparicio, el máximo censor: alguien que mandaba lo que había que escribir, con detalles, y cuya oficina no sólo quitaba, sino que añadía. Lo que luego fue ministerio de Información era entonces subsecretaría de prensa y propaganda, en la que se había distinguido como inventor del sistema Dionisio Ridruejo”.

75. “Su memoria era prodigiosa, fotográfica, enciclopédica, para recordar y dibujar personajes, sus palabras citadas de forma literal, sus ambientes y sus misterios”, escribirá de él un periodista que le entrevistó para *Vieja Guardia*, en los últimos años cuarenta.

76. Las relaciones entre Aparicio y el apóstata Ridruejo fueron empeorando con el paso de los años, como veremos más adelante.

77. Por orden directa de la jefatura del Estado, durante este tiempo fueron muchos los nombres perseguidos y borrados de cualquier tipo de publicación. Y por distintas razones, entre otros, Manuel Azaña, Indalecio Prieto, Pío Baroja, el cantante Angelillo, Jacinto Benavente, las actrices Lola Membrives y Margarita Xirgu, Federico García Lorca, etc. Extraídos de todas las escalas sociales, una larguísima lista de innumerables por el solo hecho de haber mostrado simpatías, en algún momento, por el partido republicano.

José García Nieto, Emilio Romero, Luis Carandell, Ignacio Agustí, etcétera. Este último, gran escritor y periodista catalán, no tendrá reparo alguno en admitir que “Juan Aparicio, director general de Prensa, era personalmente germanófilo. Pero su trato fue siempre el de un ser humano, muy distinto al de alguno de sus delegados en Barcelona, que iban hasta la presión personal y la amenaza” (Agustí, 1974: 381). Y el también periodista catalán Luis Carandell añadirá a lo anterior:

“En la Dirección General de Prensa ejercía su función de inquisidor [Aparicio] con una desbordante simpatía personal. Nunca volví a conocer a un fascista tan amable.” (Carandell, 2003: 46-48)

Para llevar a efecto sus complejas cruzadas de vigilia y expurgo Aparicio se rodeó pronto de grandes y fieles colaboradores. Uno de ellos fue el entonces jovencísimo Emilio Romero, por citar un caso. Hacia 1942, este periodista fue colocado por Aparicio en la dirección del diario *La Mañana*, de Lérida, y después en la del diario *Informaciones* de Alicante. Desde entonces, Romero siempre permanecerá fluctuando en la órbita del que él califica como maestro de periodistas:

“Juan Aparicio —escribiría Romero, muchos años después, ya en plena democracia— ha sido un personaje excepcional en la creación de la nueva generación de periodistas. Fundó la Escuela Oficial y alentó el nacimiento de las nuevas promociones literarias. El país ha sido injusto con este hombre; y también ha contribuido el propio Aparicio por la tendencia a la soledad de sus libros, y sin ninguna disposición de ajeteo político para su ascensión.” (Romero, 1985: 61)

Asimismo, algunos de estos colaboradores son extraídos por Aparicio de su entorno más inmediato, como su propio hermano Cayetano; o su coterráneo, el guadijeño Juan de Dios Ruiz Ferrón, un singular y esperpéntico personaje que se diría escapado de una antigua farsa de Valle Inclán y que se haría muy popular —negativamente popular— en los aledaños de las oficinas de censura. Por lo que respecta a Cayetano Aparicio López, joven y brillante periodista, al parecer fue colocado por su hermano en 1941 al frente del recién creado Servicio Español de Auscultación Pública —futuro Instituto de Opinión Pública— dependiente de la Delegación Nacional de Prensa. Los objetivos de este instituto apuntarán hacia el estrecho control social que, ineludiblemente, deberá recaer sobre la población a través de las redes del partido único; y, en definitiva, a la organización de la propaganda del “Nuevo Estado”. El instituto fue suprimido en 1946 tras la salida de los Aparicio de la Delegación de Prensa, pero sería reconstituido en 1951 (Arribas, 2014). En fin, periodista de vasta cultura, Cayetano Aparicio debió de iniciar sus estudios en la Escuela de Periodismo de *El Debate*. Y siempre a la sombra de su hermano Juan, colaboraría después en publicaciones como *La Estafeta Literaria* (con la publicación de varios trabajos de traducción⁷⁸), así como en el diario *Pueblo* y en el semanario *Así es*. Pero moriría prematuramente, en las primeras semanas del año 1948⁷⁹.

78. Entre otros trabajos suyos, véase Cotrus, 1944.

79. El diario ABC, de Madrid, publicaría su correspondiente obituario o gaceta mortuoria: “Don Cayetano Aparicio López. Ayer falleció en el Sanatorio Iturralde, de Carabanchel Bajo, el notable periodista, don Cayetano Aparicio López, tras una cruel dolencia, soportada con cristiana resignación.

En muchas ocasiones, los censores al mando de Aparicio –no se olvide, cumpliendo órdenes del ultraconservador Arias Salgado: “Política de Dios, Gobierno de Cristo”– se excedían en sus funciones, llevando las maniobras de expurgo a límites verdaderamente ridículos. Uno de los principales jefes o censores era el citado Juan de Dios Ruiz Ferrón, al que sus compañeros, los funcionarios de la Delegación Nacional de Prensa, llamaban “Juanico el Hostias” porque siempre andaba blasfemando (Álvarez, 1995: 115-116)⁸⁰. A este respecto, el mencionado periodista Haro Tecglen, director por entonces de la revista *Sábado Gráfico*, escribiría en sus memorias:

“Otra vez pude tener un diálogo con un censor: el jefe máximo de la censura, Juan de Dios Ruiz Ferrón, farmacéutico del pueblo donde había nacido Juan Aparicio –véase, claro– que le había llevado consigo.”

Cuando ya estaba impresa la tirada de la citada revista, el referido censor le prohibió una foto en que el actor americano Errol Flynn aparecía en pantalón corto:

“Juan de Dios me recibió: llevaba las gafas oscuras del régimen, una camisa de hábito –nazareno, morado– con un cordón amarillo; y ese cordón estaba sujeto con un pasador que tenía una calavera gravada.”

Juan de Dios le dice que tenía que quitar la fotografía de marras, con el gran coste que ello supondría para la empresa por estar ya tirada la edición. ¿Razones alegadas? Porque la foto induciría a pecar a las jóvenes del país. Y le añade:

“Para eso estamos aquí: para salvarlas, para salvar almas. Si usted me expone unos criterios de dificultad empresarial, yo hago como que no he sabido nada: la responsabilidad ante Dios es suya. Respiré. *Tan largo me lo fiais*. Pero conocí la doctrina Arias.” (Haro, 1998: 82)⁸¹

Muere Cayetano Aparicio en plena juventud, cuando tanto podía esperarse de su privilegiada inteligencia y de su sólida cultura. Poseedor de varios idiomas, realizó en su vida importantes trabajos de traducción, de los que quedan profundas huellas en el diario *Pueblo* y en el semanario *Así es*, y otras muchas publicaciones. Mañana, a las diez, se verificará el traslado del cadáver del sanatorio mencionado al cementerio de Carabanchel Bajo. A su madre y hermanos, y muy especialmente a D. Juan Aparicio, director de *Pueblo*, hacemos presente en estas líneas nuestro profundo pesar” (*ABC*, de 6 de febrero de 1948, p. 14).

80. Juan de Dios Ruiz Ferrón, natural de Guadix, debió ser hermano del gran amigo de juventud de Aparicio, fundador de la revista *Nieve y Cieno*, Juan Ruiz Ferrón.

81. Conviene advertir que Haro Tecglen, durante estos primeros años cuarenta, no tuvo reparo alguno en cantar y vitorear a Franco y a Primo de Rivera, como él mismo confiesa en su otro libro de memorias *El Refugio* (1999). En este tiempo trabajaba para el periódico falangista *Informaciones*, donde escribiría cosas como el artículo “Diesirae” (20 noviembre 1944): una especie de oda, en honor de José Antonio y del propio Franco en el que aparecían párrafos tan chirriantes como el siguiente: “Se nos murió un Capitán, pero el Dios misericordioso nos dejó otro. Y hoy, ante la tumba de José Antonio, hemos visto la figura egregia del Caudillo Franco. El mensaje recto de destino y enderezador de la historia que José Antonio traía es fecundo y genial en el cerebro y en la mano del Generalísimo”. Aunque a posteriori, no exento de un cierto cinismo, él aseguraría que lo hizo por imperativo de las circunstancias. Y empleamos el vocablo “cínico” en su sentido originario, “can humilde y errante”. Haro, tras haber permanecido genuflexo ante el franquismo durante muchos años, cambió el paso –cuando

Algo similar contaría el novelista Wenceslao Fernández Flórez, escritor, por cierto, muy vinculado a los principios del régimen. Los censores de Aparicio le habían censurado un cuento, publicado en la revista *Semana*, en el que aparecía una señorita que llegaba a su casa a una hora decente, se limpiaba los dientes y se acostaba, naturalmente, sola. Como el autor tuvo la osadía de ir a protestar al censor, éste le recriminó con una sonrisa implacable: “¿Y las últimas oraciones?” (Álvarez, 1995: 97). Desde luego, cuesta mucho creer que Aparicio coincidiera, en el fondo, con el uso de estas beaterías de ermita pueblerina. Uno de sus primeros alumnos en la Escuela Oficial de Periodismo –y que dice conocer bien a su maestro– verifica esta cuestión, constatando que “[Aparicio] no creía en la salvación de las almas como su ministro Gabriel Arias Salgado, una personalidad de limbo para quien la salvación de las almas estaba en relación inversamente proporcional a la intensidad de la censura, así que Don Juan la practicaba en seco, identificado absolutamente con el Régimen de Franco” (Álvarez, 1995: 97)⁸². Es decir, a su manera, y sin hisopazos de agua bendita. Baste un ejemplo: contra viento y marea defendió, frente a la Vicesecretaría de Educación Popular y al propio Arias Salgado, el *Pascual Duarte* de Cela, o *La fiel infantería* de Rafael García Serrano.

¿Y quiénes eran estos temidos-temibles censores, dependientes de la Delegación Nacional, aparte del ínclito Juan de Dios Ruiz Ferrón? La nómina completa se convertiría en demasiado prolija. Baste apuntar que en ella encontraríamos nombres muy conocidos después, en el campo de las letras y de la cultura: Valentín Gutiérrez Durán, Adolfo Muñoz Alonso, Juan Beneyto, etcétera. Parece ser que, en no pocos casos, Aparicio trataba de ayudar a jóvenes colegas, o tal vez no tan jóvenes, perseguidos por una ideología que no concordaba con la establecida por el partido único vigente. Los casos del escritor Camilo José Cela o del periodista Eugenio Suárez, futuro fundador de semanarios como *El Caso* o *Sábado Gráfico*, son bastante elocuentes a este respecto. En una entrevista publicada en 2012, el ya longevo Suárez alardea de haber poseído uno de los primeros cinco carnets de la Asociación de la Prensa de Madrid. Y, en 1941, sin oficio ni beneficio, acababa de llegar de Hungría, donde había sido jefe de Prensa de la Delegación Española:

“De vuelta en Madrid –nos informa Suárez– Aparicio me dio un trabajillo para que me pudiera ganar la vida. No tengo por qué ocultarlo, me dio un trabajo de censor, por la noche. Don Antonio Heredero era el jefe de turno de noche; estaba en Las Glorietas. Había estallado la Segunda Guerra Mundial y todo lo que publicaban

ya no era nada peligroso cambiarlo, sino más bien todo lo contrario–, dando un giro de ciento ochenta grados. Por supuesto que estaba en su derecho. Lo triste es que se convirtió en eterno fustigador de antiguos compañeros que, como Aparicio, habían rondado por los mismos balcones. No obstante, yo confieso ser un sincero admirador de la obra periodística de Haro durante el tardofranquismo, y que aún hoy me sigue pareciendo uno de los mejores periodistas españoles del siglo XX.

82. Otro que tampoco se muerde la lengua, acerca de esta cuestión, es el periodista Luis María Ansón, antiguo alumno de la Escuela Oficial de Periodismo: “Llevabas el periódico con un gran esfuerzo hecho a las tres de la madrugada, y la censura te deshacía medio periódico: te tachaba los artículos. Nos tacharon un anuncio de la cafetería ‘Iowa’ quizá por ser el nombre en inglés. La censura eran dos ex seminaristas Juan Aparicio y Juan de Dios, y luego llegó Adolfo Muñoz Alonso que era lo mismo” (Tovar, 2013). Una pertinente aclaración al señor Ansón: Aparicio nunca fue seminarista.

los periódicos pasaba por mis manos. Allí estuve tres o cuatro meses. Entonces me cogió el sarpullido de la *División Azul* [...]. A la vuelta, sucedió que el puesto que tenía ya se lo habían dado a quien recomendé, a Camilo José Cela, uno más de siete hermanos, que estuvo tuberculoso, y lo recomendé por la insistencia del poeta Pepe García Nieto. Se lo presenté a Juan Aparicio, que ayudó a mucha gente.” (Martínez, 2012: 31)⁸³

Respecto a esta oscura etapa en la vida de Cela, el crítico Justino Sinova añade a lo dicho por Suárez:

“Juan Aparicio, que fue su protector [de Cela] porque valoró su talento literario, pidió el traslado del escritor –simple oficinista del Sindicato Nacional Textil– a la Delegación Nacional de Prensa, cuando se le responsabilizó de esta tarea.”

Así pues, Cela trabajaría durante los años 1943 a 1945 en la sección dedicada a la Censura de Revistas, cobrando 375 pesetas al mes “que necesitaba para vivir, según su propio testimonio”. Cuando empezó, aún no había publicado su novela *La Familia de Pascual Duarte* (Sinova, 1989: 137). Otros censores de este tiempo fueron el propio poeta José García Nieto, futuro miembro de la Real Academia Española y Premio Cervantes; el escritor extremeño, Pedro de Lorenzo, etcétera.

FUNDACIÓN DE LA ESCUELA OFICIAL DE PERIODISMO.

Sin duda alguna, una de las obras más trascendentales de Juan Aparicio en este primer periodo al frente de la Delegación Nacional de Prensa, fue la fundación de la Escuela Oficial de Periodismo. Naturalmente, se trataría de un organismo oficial para la formación y el adoctrinamiento de los futuros periodistas, en los principios del Nuevo Estado. La doctrina franquista sobre los medios de comunicación –plasmada en la Ley de Prensa de 1938– consideraba al periodista como un funcionario al servicio del régimen. Por lo que habría de constituir una pieza fundamental, en la política de control de la información y del dirigismo cultural propios del Nuevo Estado (Humanes, 2002: 625-642; Zalbidea, 1996; Beneyto, 1954; Vigil, 1987). La Escuela Oficial de Periodismo nace pues por ley del 17 de noviembre de 1941, como un “organismo académico encargado de la formación integral del periodista, formándole intelectual y técnicamente, para el desempeño de su misión al servicio de la cultura e intereses de la Patria” (BOE, de 19 de noviembre de 1941). Teniendo como modelo la Escuela de Periodismo de *El Debate* (1924-1936) –pero eliminando sus tufillos liberaloides– de la que el

83. Eugenio Suárez Gómez, un gran periodista del siglo XX, se convertiría después en un pertinaz antifranquista, basándose en su indeclinable falangismo “de primera línea”. Siempre consideró a Franco como un traidor. Por eso, avalado por Haro Tecglen, intentó afiliarse al partido comunista en la clandestinidad. Aunque no fue admitido por la cúpula del partido, suya es la célebre y sarcástica frase “¿y para esto hemos muerto un millón de hombres?”. El propio Suárez aclara: “la proferí al salir del despacho de Juan Aparicio (director general de prensa, a cuya memoria guardo personal afecto) y creo recordar que expresaba extemporánea desaprobación al no haber accedido a una solicitud mía, no recuerdo si con motivo propio o en el de algún amigo” (Suárez, 1994). Después, casi centenario, publicaría sus memorias (Suárez, 2005).

propio Aparicio había sido profesor en su última etapa, éste puso en marcha la flamante Escuela Oficial, limitando sus cursos a semestres naturales. E incluso, estableciendo cursillos de un solo semestre en circunstancias concretas. La carrera constaría de tres años: tiempo necesario para conseguir el título o carnet. La graduación se obtenía, por ende, tras cumplir los siguientes pasos: aprobar todas las asignaturas del plan de estudios, presentar una tesina y cumplir un examen final ante el correspondiente tribunal. Pero, antes de todo, había que haber pasado un durísimo examen de ingreso en el que la mayor parte de los numerosos aspirantes quedaban eliminados. Paralelamente, se puso en marcha una convocatoria especial: un cursillo de tres meses, al que podrían optar aquellos profesionales del periodismo que aún no dispusieran del necesario carnet. Sin tal requisito, no se podía ejercer la profesión. Uno de los que tuvieron que pasar este obligado “rubicón” fue el citado Haro Tecglen:

“Era una convocatoria especial de la Escuela de Periodismo que dirigía [Juan Aparicio], y que era en realidad la central de la profesión: la hizo para que entrásemos en la profesión los que trabajábamos en ella y no teníamos papeles.” (Haro, 1998: 149)⁸⁴

También, bajo la tutela de la Delegación Nacional de Prensa y auspiciada por Aparicio, se creó la Unión Española de Periodistas –orden de 18 de marzo de 1943– que, entre otras metas más o menos mediatas, propiciaba “la vinculación del periodismo nacional a los fines del Estado”. En cuanto a la nueva Escuela de Periodismo, tras haber ocupado varias dependencias de ocasión, ésta acabaría quedando establecida definitivamente en un palacete de la calle Zurbano de Madrid. Juan Aparicio hará la presentación inaugural de esta remozada sede el 10 de enero de 1944. Con tal motivo –según noticias aparecidas en *La Vanguardia Española*, de Barcelona– se procedió a entregar los títulos a los alumnos de la primera promoción. Presidió el acontecimiento, el vicesecretario Gabriel Arias Salgado, acompañado de otras autoridades y profesores:

“El acto comenzó con unas palabras del camarada Aparicio en las que señaló la gran diferencia entre la formación de los periodistas en la época liberal y la enseñanza actual a través de la Escuela. Hizo alusión a la labor de ésta, durante los dos años que hace desde su fundación y comparó la rapidez con que se ha acondicionado el nuevo edificio a la confección diaria de un periódico.”

Y *La Vanguardia* finaliza su información ofreciendo un recorrido histórico sobre el particular:

84. Haro fue un gran periodista que, como ya hemos dicho, luego militaría en las antípodas políticas de Aparicio. Éste, según Haro, “daba y quitaba carnés de prensa, y el carné entonces no era una identificación, sino una patente. Sin él, a la calle: no se podía estar en la nómina. ‘Yo te di el carné’, me dijo un día, años después, cuando ya España no era suya. ‘No siempre acertabas’, le dije” (Haro, 1998). Y en su otro libro de memorias, *El Refugio*, vuelve a las andadas: “Fue entonces cuando Juan Aparicio decidió hacer un cursillo para periodistas profesionales que no tuvieran carné. Me he quedado antes en suspenso cuando hablaba de ese dictadorzuelo [...] [Alfredo] Marquerie y Víctor [de la Serna] consiguieron que entrara en el curso [año 1943]. Recuerdo el examen final: en una mesa redactaba su ejercicio Camilo José Cela, en otra José García Nieto... Los dos serían académicos: era una generación con futuro” (Haro, 1999).

“La Vicesecretaría de Educación Popular creó la Escuela Oficial de Periodismo en 10 de noviembre de 1941, en la que veintiún alumnos seleccionados comenzaron el primer curso, el 5 de enero de 1942. En la primera convocatoria, además de las condiciones normales, se impuso y se sigue imponiendo, las de tener, al menos, el título de bachiller u otro similar, y ser militante de F.E.T. y de las JONS. En junio de 1943 han terminado sus estudios estos primeros alumnos.”

La segunda promoción comenzó sus estudios en octubre de 1942, con treinta y cuatro alumnos; el mismo número con que consiguió iniciar su carrera la tercera promoción, en octubre de 1943⁸⁵. A esta última pertenecerán, entre otros, los futuros periodistas, José Ramón Aparicio Muñoz (sobrino de Juan Aparicio), Manuel Calvo Hernando, Juan Manuel Rubio Cordón, etcétera.



REUS.—El delegado nacional de Prensa, D. Juan Aparicio, ha clausurado la Exposición bibliográfica y de Prensa provincial, que se ha celebrado en esta ciudad. Nuestras fotografías reproducen dos momentos del solemne acto. (Fotos Cifra.)

Juan Aparicio, como delegado nacional de Prensa, clausura la exposición bibliográfica de prensa provincial celebrada en Reus. Fuente: ABC, 10 de noviembre de 1942 (Hemeroteca Digital ABC).

Ni que decir tiene, sería un tanto aventurado efectuar una valoración objetiva de los resultados de esta nueva institución docente, soslayando el momento en que nace. Y lo mismo ocurriría al valorar el adecuado claustro de profesores elegidos para el efecto. Aparte del propio Juan Aparicio, profesor durante muchos años, allí impartieron sus respectivas especialidades académicas, otros descolantes nombres del momento político, cultural y periodístico, como Ernesto Giménez Caballero, Bartolomé Mostaza, Pedro Gómez Aparicio, Pedro de Lorenzo, Aquilino Morcillo, José Luis Sampedro, etcétera. Evidentemente, sus enseñanzas nunca podrían desviarse de unos cauces predeterminados, lo que para muchos alumnos contestatarios supuso un verdadero fraude intelectual. El siempre incisivo y crítico Cándido recordará en sus memorias estas jornadas de juventud, afirmando que los profesores de la Escuela eran mediocres e improvisados:

“Había verdaderos zoquetes. El de taquigrafía, sin ir más lejos. Hubiese preferido estudiar chino. Quien más me hizo padecer fue Aquilino Morcillo, director de Ya, por entonces.”

El granadino Morcillo intentó expulsarle de la Escuela, pero gracias a la intervención de Aparicio, esto no ocurrió. Sin embargo, insiste el futuro gran columnista de ABC:

85. *La Vanguardia Española* (Barcelona, 11 de enero de 1944), p. 9.

“Esta es una de las sordas y sórdidas tragedias de mi generación, la falta de maestros, la experiencia viva, en carne y hueso, de hombres que hubieran sabido imbuirnos la metodología del pensamiento, enseñarnos a pensar... Es la primera reivindicación ante una dictadura que estrechó y acorraló el afán de razonar e incluso de saber, evitando cuidadosamente las comprobaciones que escapasen de los cuadros normativos oficiales [...]. El director de la Escuela de Periodismo, Juan Aparicio, también nos daba clases. Eran unas clases bastante amenas porque hablaba de personas, de viejos periodistas y de sus leyendas, siempre con un punto de socarronería venenosa, que era el picante de sus descripciones.”⁸⁶

Pero no todos los ex alumnos opinaron igual. Frente a los detractores de la inicial Escuela de Periodismo hay que oponer a los que la consideraron un tranco adelante, un verdadero acierto. Eugenio de Rioja (Eugenio Martínez Pérez), alumno de la primera promoción, escribiría al respecto:

“Después hice segundo y tercer curso en la Escuela Oficial de Periodismo. La nuestra era la primera promoción [...]. El ambiente de estudio era apolítico, salvo en la asignatura que daba el director de la Escuela, Juan Aparicio, delegado nacional de Prensa y antiguo jonsista, de las JONS de Ramiro Ledesma Ramos. Aparicio nos daba clases de Política Contemporánea, y siempre bajo un enfoque de las JONS. Pero fue un director importante en la prensa española; creó muchos periódicos y defendió una cierta libertad, hasta tal punto que en su época había más en determinados temas que al final del franquismo.” (Morán, 2011)

Es el caso también del alumno, aunque de algunas promociones posteriores, Pablo Ignacio de Dalmases. Según éste, durante los tres años de carrera cursados en dicho centro disfrutó de un excelente plantel de profesores. Y de un plan de estudios que él juzga nada desdeñable, en comparación con los que vendrían después:

“Esta misma orientación se reflejaba en la composición del profesorado, en el que coincidían una amplia representación de las figuras más señeras del periodismo español con un grupo de destacados profesores universitarios.” (De Dalmases, 2009)

Entre otros, cita a Juan Beneyto, director de la Escuela en su momento y profesor de Historia de las Ideas Políticas; Jesús Fueyo, director del Instituto de Estudios Políticos; Luis González Seara; la historiadora Carmen Llorca... “y el mítico Juan Aparicio que había sido anteriormente el gran pope de la prensa, con poderes omnímodos, que al decir de los que le conocieron íntimamente, no sólo utilizó para ordenar y censurar, sino también para favorecer en algunos casos a personas que habían quedado marginadas o en entredicho por culpa de la

86. Sin embargo, Aparicio siempre ayudó a Cándido. Y éste acaba reconociéndolo: “Fue siempre afectuoso conmigo, aunque de manera estentórea y a empujones”. De no ser por Aparicio, este alumno habría abandonado la carrera, despedido tras el resultado de sus exámenes (y de la inquina persecutoria de Aquilino Morcillo). Pensó darse por vencido y abandonar los estudios. Pero el director Aparicio le dio los ánimos necesarios para seguir adelante, diciéndole que en él intuía a un futuro gran periodista. Y desde luego no se equivocó (Álvarez, 1995: 123-124).

política” (De Dalmases, 2009)⁸⁷. En realidad, cientos de excelentes periodistas salieron de aquel chalet de Zurbano y de la sede de Capitán Haya, después⁸⁸. Y a juicio del citado Dalmases, “se ha especulado muchas veces sobre filtros del Régimen de Franco para selección política. Si existieron en los primeros años, fueron suprimidos después. De la Escuela Oficial salieron periodistas de todas las ideologías. Algunos terminaron sufriendo procesos y encarcelamientos, como Eliseo Bayo o Antonio Giménez Pericás y algunos otros” (De Dalmases, 2009). O tan dispares y disímiles como Emilio Romero, Luis María Ansón o Juan Luis Cebrián.

Siguiendo una imparable línea ascendente, hasta verse convertida en Facultad de Ciencias de la Información (1971), la Escuela evidentemente fue cambiando con el paso de los años. En diciembre de 1945 sufre un primer cambio sustancial al ser destituido su fundador, Aparicio, de sus funciones como delegado nacional de Prensa, y pasar la Escuela a depender del Ministerio de Educación Nacional. De hecho, el 11 de abril de 1946 el ministro del ramo, Ibáñez Martín, anunció la decisión de insertar la Escuela Oficial de Periodismo en la Universidad. Con tal objeto, ya se preparaba un proyecto de ley. A raíz de este anuncio, la Escuela paralizó su normal actividad docente a lo largo de los años 1947-1949, aunque se siguieron convocando por su director, Aparicio, oportunos cursillos intensivos (Tapia, 2001: 231-253). Finalmente, en febrero de 1952, la Escuela Oficial de Periodismo quedará sometida al control directo del recién inaugurado Ministerio de Información y Turismo, presidido por el reaparecido Arias Salgado, y secundado por su eterno hombre de confianza, Juan Aparicio, recién nombrado director general de Prensa. Pero a estas alturas, para la gran mayoría de los profesionales de la prensa, Aparicio era considerado ya como un auténtico maestro de periodistas. Baste el testimonio de su alumno y futuro catedrático de la propia Escuela (y de la definitiva Facultad de Ciencias de la Información) Enrique de Aguinaga:

“Mis tres amigos inteligentes del periodismo –confesará Aguinaga–, mis tres maestros son cuatro. Originariamente, Juan Aparicio, Ismael Herráiz, y José María Sánchez Silva. Al trío se agregó enseguida Adolfo Muñoz Alonso. Cuatro inteligentes, cuatro difíciles. Aparicio, barroco, ramoniano, oceánico, napoleónico. Herráiz, ‘la ira del bien’, según Mourlane, disparate razonable, precisión crítica. Sánchez Silva, la magia de la letra, sangre del espíritu. Muñoz Alonso, la dialéctica arrasadora y la bondad encubierta.” (De Aguinaga, 2002b)⁸⁹

87. A otro que ayudó directamente fue al futuro gran crítico de arte José María Moreno Galván. En septiembre de 1952, este sevillano de casi treinta años presentaba una solicitud para optar al ingreso en la Escuela Oficial de Periodismo, pero afirmaba carecer de medios para afrontar los gastos de la carrera. Juan Aparicio, de ideas totalmente opuestas a las de Galván, pero que siempre admiró la inteligencia en los demás, le concede una beca que le permitirá formarse en dicha escuela. Con el tiempo, Moreno Galván se convertiría en un excelente crítico de arte, y en una de las plumas más brillantes de la revista *Triunfo* (años 1960 y 1970).

88. Otros periodistas sólo pasarían por la Escuela para cumplir el necesario examen, antes de recibir el carnet, pues ya venían ejerciendo como tales profesionales del medio periodístico. Tal es el caso, por ejemplo, de los luego muy populares, Tico Medina o Federico Gallo.

89. Aguinaga centró su tesis doctoral en el tema *Epistemología del Ejercicio Periodístico* (1984).

Y así, la prometedora Escuela creada por Aparicio en 1941 seguiría hacia adelante, con fuerza e importancia crecientes, hasta convertirse en Facultad de Ciencias de la Información. Pero para eso todavía tendrían que pasar muchos años.

LAS GRANDES REVISTAS DEL RÉGIMEN: *EL ESPAÑOL*, *LA ESTAFETA LITERARIA*, *FÉNIX*, *ASÍ ES*, *FANTASÍA* Y OTRAS APORTACIONES DEBIDAS A LA POLÍTICA CULTURAL DE JUAN APARICIO.

Como es sobradamente conocido, el fin de la Guerra Civil dejó al país en poder de un régimen autoritario, de carácter militar, nacionalista, ultracatólico y extremadamente conservador; todo ello convenientemente disfrazado de un fascismo expropiado a FET y de las JONS con indudable habilidad. Los escritores más afines al falangismo, con Dionisio Ridruejo a la cabeza, se concentran en torno a la *Revista Escorial*, cuya aparición data de noviembre de 1941, siendo sus promotores, aparte de Ridruejo (primer director), Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Sánchez Mazas, Agustín de Foxá, Torrente Ballester, Víctor de la Serna y otros (láñez, 2008). Se trataba de un frente creativo de élite, muy próximo al movimiento falangista que vinculó gran parte de su obra en aquellos momentos a dicha doctrina ideológica, publicando su producción literaria al socaire del régimen. Todos ellos coincidirían también en el lanzamiento de la revista *Haz*, la cual, de rasgos genuinamente falangistas, había tenido su origen el 26 de marzo de 1935 como portavoz oficioso del SEU. Después de la Guerra iniciaría una segunda época en 1941. El propio Aparicio, ya como delegado nacional de Prensa, evocaría el nacimiento de esta publicación en una conferencia sobre el tema, “Prensa universitaria”, fechada el 13 de diciembre de 1941 (Aparicio, 1942a: 74-76). El falangismo vivía así su momento de mayor esplendor y de mayor influencia política, entre 1939 y 1942, año —este último— en que empieza el notorio declive de Serrano Suñer y de Ridruejo (Mainer, 1972: 241; Mainer, 1971: 55-58). Con ninguno de ellos comulgaba plenamente Aparicio, el cual una vez nombrado delegado de Prensa, haría la guerra literaria por su cuenta. De hecho, en la revista *Escorial*, el rebelde escritor guadijeño sólo publicaría en una ocasión: una reseña sobre el libro de Pío Baroja *Las sorpresas del Pirineo*. Se trató de un número doble de la revista (noviembre-diciembre de 1943), en el que también se invitó a colaborar a otros autores consagrados, como el propio Baroja, Manuel Machado, Eugenio d’Ors, Agustín de Foxá, Luis Rosales, Sánchez Mazas, etcétera⁹⁰. Sin embargo, conviene recordar que gracias a su influyente hermano Juan, comenzará a colaborar en esa prestigiosa revista un jovencísimo Octavio Aparicio López, estudiante de Medicina a la sazón y prometedor escritor en ciernes. Se escudará desde ahora y durante muchos años tras el pseudónimo de “Tristán Yuste”. Y con ese nombre ficticio publicará en *Escorial* dos de sus primicias literarias: los relatos “La niña pindonga”, un cuento tremendista, a la moda del momento, sobre el atropello de una niña, narrado en primera persona por el médico que la atiende en la Casa de Socorro (Aparicio, 1942b); y “El suplicio de Tántalo”, un episodio ambientado en espacios rurales,

90. *Escorial*, 37-38 (Madrid, noviembre-diciembre de 1943), pp. 101-104.

que tiene como telón de fondo la reciente y trágica conflagración civil, del que se deriva un terrible asesinato, cometido en plena guerra (Aparicio, 1943a). “Tristán Yuste” seguirá compaginando, en el futuro, su carrera de médico con sus aficiones literarias.

Pero ante el desolador aspecto que presenta la vida cultural del país en general, y la literaria en concreto, Aparicio se siente obligado a convertirse en el gran impulsor de novedosas empresas literarias y periodísticas; algunas de ellas de indudable altura intelectual, aunque sin prescindir nunca de su óptica franquista, ni de sus consecuentes limitaciones y manipulaciones. En más de una ocasión se limitará a apoyar las iniciativas de otros grupos promotores, como ocurre en el caso de las revistas *Escorial* –según acabamos de ver–, *Juventud*⁹¹ o la propia *Garcilaso*. Esta última publicación, auspiciada por el movimiento literario «Juventud creadora», tenía su sede tertuliana en el Café Gijón, y al mismo pertenecen los buenos amigos del delegado nacional de Prensa, José García Nieto y Pedro de Lorenzo. En efecto, el 13 de mayo de 1943 comienza a publicarse la citada revista, un proyecto con tintes imperialistas –tan añorados por Aparicio– al que apoya y dirige la propia Delegación Nacional de Prensa.

En este tiempo, su cabeza más visible, Aparicio se muestra empeñado no ya en reconstruir, sino en inventar una casi inexistente vida literaria española; para lo cual fue necesario idear el lanzamiento de una serie de publicaciones que apuntaran de frente a sus marcados objetivos. Al parecer, comprendió muy pronto que su política cultural debería consistir primordialmente en abrir las citadas revistas con generosidad a todo tipo de escritores, antes que reservarlas a las firmas ya consagradas. Sólo así se podría alardear de una vida cultural fructífera y plena. En cierto modo, con estas creaciones, que nunca dejarán de apoyar la ortodoxia del régimen, Aparicio va a intentar contrarrestar otras alternativas lideradas por revistas más heterodoxas, como la propia *Escorial*. Parece ser también que él nunca deseó catequizar a los posibles colaboradores, esperando atraerlos a sus filas –como querían los falangistas más acérrimos–, sino publicar a cuantos más aspirantes mejor. Eso sí, dentro de un orden. Sólo se impondrían a los futuros colaboradores ciertas limitaciones temáticas; es decir, impedir que se propalara una determinada corriente ideológica, pero sin ordenarles nunca lo que tenían que escribir. Así las cosas, poco antes de que la revista *Garcilaso* hiciera su aparición oficial, el semanario *El Español*, a modo de presentación, daría a conocer un trabajo, titulado “Juventud creadora: una Poética, una Política, un Estado”, donde las resonancias fascistoides son más que evidentes. Se trataba, en definitiva, de una antología presentada por Pedro de Lorenzo –futuro director de *Garcilaso*–, que anunciaba ya la implantación oficial de este movimiento poético, con la figura señera del poeta Garcilaso –imperial y militar, por más señas; poeta heroico del Renacimiento, es decir, del Imperio– como gran icono a seguir (Aparicio, 1943b). Pronto se convertiría en el portavoz agresivo de una poesía formalmente clasicista y políticamente militante. Juan Aparicio, muchos años después, declararía al diario *Pueblo*, que la revista *Garcilaso* fue “una operación política” salida de su despacho oficial. Más o menos veladamente, el proyecto se financió por la

91. Semanario de combate del SEU, se inició en abril de 1942: su primer director fue J. F. Aguirre, colaborando junto a él, Camilo José Cela, siempre apoyado por Juan Aparicio.

Delegación Nacional de Prensa. Y, consecuentemente, desapareció cuando su promotor, Aparicio, fue retirado de dicha Delegación. En efecto, el último número de *Garcilaso*, el 35-36, saldría de imprenta en abril de 1946 (Osakan, 1992).

Pero hay que rendirse a la evidencia. La mayor parte de estas nuevas creaciones se debieron a la propia iniciativa de Juan Aparicio, auténtico fundador y director de una serie de revistas, que marcarían el pulso cultural de toda una época: *El Español* (1942-1946), *La Estafeta Literaria* (1944-1946), *Fantasía* (1945-1946), *Fénix* (1945), *Gaceta de la Prensa Española* (1945), *Así es* (1945), etcétera. Todas las citadas constituyeron en aquellos años de grandes penurias, de carencias sin cuento, casi una excepción digna de recordarse, al margen de simpatías o antipatías políticas. Sólo así deberían de ser juzgadas. De entrada supusieron un cauce importantísimo para dar salida a una serie de futuros estimables escritores que, de otra manera, hubieran visto frustradas sus esperanzas de darse a conocer. Así lo atestigua el propio especialista y crítico, José María Martínez Cachero, al afirmar que “en aquellos primeros años cuarenta, desde 1942 [...] las publicaciones periódicas fundadas y dirigidas por Juan Aparicio fueron para muchos jóvenes españoles con inquietudes literarias y culturales cobijo abierto y deseado” (Martínez Cachero, 1984: 9-11). Intentemos, pues, un somero acercamiento a cada una de estas cabeceras.

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA.

Fue la primera creación o fundación de Aparicio, pues vio la luz el día 1 de junio de 1942. En principio se encargó de su dirección a Pedro Gómez Aparicio y en ella trabajó como redactor Julio Trenas, otro de los incondicionales del escritor y político guadijeño. En esta *Gaceta* colaboraron también, aunque a modo de editorialistas circunstanciales, una serie de primeras firmas como el Dr. Gregorio Marañón, Azorín, entre otros. La *Gaceta*, al igual que el resto de las fundaciones de Juan Aparicio, se eclipsó temporalmente en torno a 1945, aunque volvería a publicarse algún tiempo después. El diario *ABC* de Madrid, en su número correspondiente al 11 de febrero de 1945, insertaba la siguiente gaceta:

“*Gaceta de la Prensa Española*. Revista de los periodistas españoles que edita la Delegación Nacional de Prensa. Entre los profesionales del periodismo, *La Gaceta* ha venido a ser, con su aire de primera publicación de esta índole, realizada en España, una revista imprescindible. Las 64 páginas de *La Gaceta de la Prensa Española*, no sólo cuanto de índole informativo y relacionado con la profesión ocurre en el mes que cada número cubre, sino también, dentro de las diversas secciones profesionales, noticiosas, técnicas e históricas, [son] fichas de eficaz utilización para sus lectores.”

La propaganda de apoyo y lanzamiento era frecuente. Un ejemplo, en *La Estafeta Literaria*, número 24 (5 de junio de 1945), saldría publicado el siguiente anuncio:

“*Gaceta de la Prensa Española*. Publicación técnica de Periodismo, editada por la Delegación Nacional de Prensa. 64 páginas de interesante texto, que aparecen todos los meses. Precio 2'50 pesetas ejemplar.”



Portada de Gaceta de la Prensa Española, n.º 14 (Madrid, julio de 1943).

EL ESPAÑOL. SEMANARIO DE LA POLÍTICA Y DEL ESPÍRITU.

Salió por primera vez el sábado 31 de octubre de 1942. Su formato en esta primera época se ciñó al denominado tamaño sábana, con dieciséis páginas en total, que se vendían al precio de una peseta. Salía los sábados y se imprimía en los talleres madrileños de Afrodiseo Aguado donde, por cierto, el propio Aparicio imprimiría alguno de sus libros más conocidos. Y aunque en la cabecera no figura ninguna entidad como responsable de dicha publicación, nadie hubiera dudado de su directa dependencia de la Delegación Nacional de Prensa. Mucho menos aún, cuando en la primera página del primer número aparece una especie de exordio firmado por Juan Aparicio que lleva el expresivo título de “¡Arriba los Españoles!”:

“Y sintiéndonos superlativamente españoles –asegura el presentador– nos agarramos a esta españolidad como al mástil de una bandera para subir arriba más y más, y cuando hayamos llegado a la cúspide de nuestra Patria podamos gritar a los demás y a nosotros mismos: ¡Arriba los Españoles! Porque en lo más alto, en lo más cimero, en lo más arriba, ya está España.”

La primera portada aparece ilustrada con dos significativas imágenes: un dibujo de Franco a gran tamaño, debido al genial dibujante Suárez del Árbol –quien no es otro que el gran Lorenzo Goñi, protegido por Aparicio, pero obligado a firmar con su segundo apellido por cuestiones políticas– y una fotografía de José Antonio⁹². Otro protegido de Juan Aparicio en este tiempo será Juan Fernández Figueroa, antiguo alumno de la Escuela Oficial de Periodismo, y futuro director andando el tiempo de la comprometida revista “izquierdosa” *Índice*. Fernández Figueroa fue colocado por Aparicio como redactor en las revistas *El Español* y *La Estafeta Literaria*. Pero, en el caso de este protegido, “a Aparicio le salió la burra mal capada” –en palabras del periodista Cándido–, pues el tal escritor extremeño resultó ser tan iconoclasta o más que su maestro; y andando los años se convertiría en un acérrimo agitador contra la censura y otras prácticas franquistas. Protegida de Aparicio fue también la futura académica de la Lengua Carmen Conde. Según sus propias palabras:

“Después de la guerra me vi obligada a vivir retirada de la vida pública: pero como necesitaba escribir, aparezco como ‘Florentina del Mar’. Juan Aparicio me ofreció la posibilidad de colaborar en *El Español* y en *La Estafeta Literaria*. En *El*

92. El extraordinario dibujante Lorenzo Goñi (Jaén, 1911 - Lausana, Suiza, 1992) quedó sordo siendo niño. Realizó sus estudios artísticos en Barcelona. Durante la Guerra Civil se inscribe en el sindicato UGT y a favor de la República realiza estupendos carteles propagandísticos. Perseguido por sus ideas políticas llega a Madrid ya finalizada la guerra, refugiándose en sus apellidos maternos. Captado y ayudado por Juan Aparicio, éste le introduce en sus publicaciones *Juventud*, *El Español*, *Fantasia*, *La Estafeta Literaria* y el diario *Pueblo*. Sus conmovedores dibujos, con un inconfundible sello innovador surrealista-expresionista presentan una cierta influencia de Georges Grosz, Ramón Casas, Pablo Ruiz Picasso y otros. Como dice uno de sus biógrafos, “Juan Aparicio, bondadoso animador de la vida artística y literaria, desde su puesto oficial, decidido en promover un progresivo hermanamiento entre los frontalmente distanciados por los estigmas de la guerra, todavía palpables en la postguerra que va terminando, apoya a Lorenzo Goñi con entusiasmo de buen conocedor de los valores y valores ajenos. Lo de Suárez del árbol se va olvidado lentamente”.

Español publiqué mi primer artículo sobre Vicente Aleixandre [...]. Al principio pensé que Juan Aparicio iba a devorarme, pero enseguida se convirtió en un amigo.”⁹³

En resumidas cuentas, y volviendo al tema de *El Español*, su contenido se consolidaría en torno a una amalgama de política y cultura. Capitaneando el campo de la nueva poesía, coparán su redacción los componentes del grupo «Juventud creadora», nacido de la tertulia del mismo nombre. Según se ha dicho, tenía su sede en el madrileño Café Gijón. A este grupo pertenecerían José García Nieto, Camilo José Cela, Pedro de Lorenzo y otros jóvenes literatos del momento. De Camilo José Cela, por citar un caso, se publicará en *El Español* su segunda novela, *Pabellón de reposo*, a modo de serial o folletón por entregas. En general, la página catorce quedaba reservada para los autores noveles. Y por supuesto, también tendrán acomodo junto a todos ellos, los grandes santones de la literatura, vinculados o no a la Falange, como Ernesto Giménez Caballero, Sánchez Mazas, Leopoldo Panero, Blanca de los Ríos, Natalio Rivas, Guillén Salaya, Federico Sopeña y otros. Y desde luego, sobresaliendo siempre, las magníficas ilustraciones de Suárez del Árbol. La “tercera página”, en cambio, se la reservó desde siempre el propio Aparicio para publicar una serie de interesantes artículos, bajo el rótulo especial “Pasado mañana, lunes”; téngase en cuenta que el semanario salía los sábados. Finalmente, esta sección fija cambiaría su título originario por el de “Ayer, viernes”. Gran parte de esos estupendos artículos aparecerían después publicados en sendos libros independientes, que llevarían los respectivos títulos de *Historia de un perro hinchado* y *Españoles con clave*. De ambos haremos una cumplida sinopsis, más adelante. En general, el estilo estético-narrativo aireado por los más jóvenes escritores en sus colaboraciones de *El Español* se acercaría muy mucho a la corriente más agresiva y revolucionaria del primitivo jonsismo, un sentir nunca olvidado por Aparicio. De ahí la predilección demostrada hacia los temas más brutales, no exentos de violencias a flor de piel, con crímenes, bajos fondos y otras atrocidades. Es el estilo ya iniciado por Cela en *La familia de Pascual Duarte*, y pronto bautizado con el remoquete de “tremendismo”.

En las páginas de *El Español*, según se ha dicho, verá la luz la segunda novela de este escritor *Pabellón de reposo*⁹⁴. Ni que decir tiene, esta tendencia sería defendida a capa y espada por *El Español* y *La Estafeta Literaria*. Hasta tal punto que su recalcitrante postura les llevará a protagonizar grandes enfrentamientos con otros importantes sectores del régimen, como la Iglesia o la propia Falange (Martínez Cachero, 1979: 479-494). No obstante, en palabras del crítico José Carlos Mainer, *El Español* en su primera época, desde el punto de vista técnico, fue “un rotativo abigarrado, bastante mal compuesto, donde el sensacionalismo político [...] alternaba con la información literaria” (Mainer, 1971). La revista también solía anunciarse con frecuencia en las páginas de *La Estafeta Literaria*: “El Español le ofrece todas las semanas los temas más apasionantes”⁹⁵. Sin embargo, como las demás fundaciones de Aparicio, *El Español*, en esta su primera

93. ABC, 11 de febrero de 1978, p. 31.

94. Sección fija en la página 14 de *El Español*, desde los números 20 (30 marzo de 1942) al 43 (21 de agosto de 1942).

95. Anuncio en el número 36 (15 de noviembre de 1945) de *La Estafeta Literaria*, p.31.

época, dejará de publicarse el sábado 3 de mayo de 1947, tras haber alcanzado el número 236.

LA ESTAFETA LITERARIA.

Este periódico, el más persistente en el tiempo entre todas las fundaciones de Aparicio, celebró su primera salida el 5 de marzo de 1944:

“Siete etapas, siete directores, variadas secciones, multitud de colaboradores, configuraron el rico universo de esta publicación, testimonio indiscutible de la literatura y de la vida cultural de la segunda mitad del siglo XX en España. Allí hubo cabida para todo: libros, creación, ensayo, crítica, teatro, cine, lingüística, pues la revista excedió lo estrictamente literario y lo exclusivamente hispánico, para inmiscuirse en otras disciplinas y en otros países.” (Fernández Martínez et al., 2010)

Pese a todo ello, por causa de sus principios ideológicos no contó nunca con demasiada buena prensa entre los posteriores estudiosos de la cultura. Pero hora es ya –aseguran los citados autores– de que se le haga justicia por sus indudables valores, como importante medio de transmisión cultural durante más de cincuenta años. Ahora, sin embargo, nos detendremos principalmente en su primera época, la que sólo se mantuvo activa durante dos años (1944-1946). Minuciosamente pensada, la revista salió a la calle, intentando emular a *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero –la de 1927 a 1931–, adoptando un moderno formato de presentación, con portada a todo color –por lo que algunos detractores le llamaron el “TBO de las letras”– y con un contenido de carácter eminentemente divulgativo, al introducir una evidente variedad de secciones, que informaban de la cultura de dentro y de fuera de España. Naturalmente, el inevitable tono patrioterico tampoco le sería ajeno desde el primer instante. Su editorial de presentación, elocuente y oportunamente titulado “Por España y su Caudillo”, no dejaba lugar a la menor duda. Pero en todo caso, Aparicio ideó una publicación quincenal, en la que tuviera cabida una variada muestra de secciones fijas, jugando hábilmente con el desenfado y el dogmatismo inherentes a la política del momento: motivos literarios, novedades musicales, danza y teatro, exposiciones de arte, estrenos cinematográficos, reseñas de nuevos libros, sin descartar la vida cultural en provincias y en el extranjero.

Al igual que *La Gaceta Literaria*, su predecesora *in pectore*, también incluiría monografías sobre temas concretos y curiosas encuestas. Este número inicial del 5 de marzo de 1944 ya advertía, sin remilgos, su vocación de apertura a un gran espectro de ciudadanos; afirmando cómo “nos interesa el esfuerzo de todos al servicio, no el Arte por el Arte, sino del Arte y las Letras por España y por su Caudillo”. Como era de rigor, ese primer número incluía también un texto de Ernesto Giménez Caballero que, recordando a la primitiva *Gaceta Literaria*, imprimía a la nueva revista un sello de continuidad sin dejar de traer a colación las palabras bautismales de Ortega y Gasset, en aquella primera ocasión:

dónimo del Forastero), Víctor Ruiz Iriarte, Julio Trenas (que firmaba sus crónicas castertulianas como El Silencioso), José M.^a Valverde y otros. A éstos pronto se añadirían nombres de gran peso específico como Carmen Conde —encabezando la sección, “Nana, nanita, nana”, con dibujos de Serny (Ricardo Summers Isern)—, José Luis Cano, Ramón de Garciasol, Germán Bleiberg, Tomás Borrás, el granadino Melchor Fernández Almagro, viejo amigo de Aparicio, etcétera⁹⁶. Un colaborador habitual desde el principio será el periodista Cayetano Aparicio López,



Artículo de Ernesto Giménez Caballero en el primer número de *La Estafeta Literaria* (Madrid, 5 de marzo de 1944).

96. Así solicitaba Aparicio, en cierta ocasión, la colaboración de Borrás: “Estimado camarada y amigo: Con destino a un próximo número de nuestra revista te agradeceré que tengas la atención de remitirme un trabajo literario, en forma de entrevista contigo mismo, que desarrolle el tema: *Tú y tu yo*, como lo vienen realizando otros escritores en la sección correspondiente de *La Estafeta Literaria*. Te saluda cordialmente, Juan Aparicio” (Aparicio, 1945b: 9).

hermano del director que, en su calidad de escritor-traductor, publicará dos obras, ocupando siempre la página 2 de la revista. Traducciones suyas serán *La fuga de Sefki*, novela poética del biólogo, escritor y académico rumano Emanoil Bucuta, cuya publicación cubrirá los números 1-15 (año 1944). Y *Mesterul Manole*, pieza teatral del también poeta y dramaturgo rumano, Lucian Blaga; obra esta última que saldrá publicada en los números 16 a 31, correspondientes a los años 1944 y 1945⁹⁷.

También colaborará en dicho periódico el hermano menor de los Aparicio, Octavio (Tristán Yuste). Doctorado en Medicina, durante muchos años ejercería como médico de la Asociación de la Prensa de Madrid, publicando en *La Estafeta*, entre otros trabajos literarios, la narración titulada “Al borde de la laguna”, en un estilo muy dentro del tremendismo a la moda. Otro trabajo firmado por Tristán Yuste será una crítica sobre la novela del momento *Nada*, de Carmen Laforet⁹⁸. Como en el caso de *El Español*, aquí también tendrán cabida las novedades y movimientos literarios más llamativos del momento, siendo un ejemplo bastante significativo, el apoyo que Aparicio prestará al movimiento “postista”, del que más adelante hablaremos.

FANTASÍA, SEMANARIO DE LA INVENCION LITERARIA.

Correspondiendo a la política cultural implantada por Juan Aparicio, el día 11 de marzo de 1945, vio la luz el primer número de la revista *Fantasía. Semanario de la invención literaria*. Un ambicioso proyecto literario-cultural que pronto –a partir del 2 de septiembre, fecha en la que aparece el número 27– se convertiría en “quincenario”. Esta nueva periodicidad se mantendrá ya hasta el final de su efímera existencia, 6 de enero de 1946, fecha en la que aparece el 38, último número publicado. Para contribuir al esperado florecimiento de “esa fantasía creadora, constructora, germinativa y fecundante”, en palabras de su creador, Juan Aparicio, fueron muchos los escritores del momento que brindaron sus trabajos literarios. Entre otros, Camilo José de Cella que publicaría aquí su famosa primicia poética “Pisando la dudosa luz del día: poemas de una adolescencia cruel”, un poemario escrito en 1936 en plena guerra, pero que no se publicaría hasta este año de 1945. O el siempre genial Álvaro Cunqueiro, Mariano Baquero Goyanes, etcétera.

En cualquier caso, la trayectoria de esta publicación fue siempre renqueante. Así la definiría, después, su fundador y director:

“En *Fantasía* fue posible la libérrima expresión de los españoles que jamás habían dispuesto de la ocasión de editar cada semana un libro de versos, una novela, una comedia, un guion cinematográfico y una docena de cuentos, al precio de venta de todo el conjunto de sólo tres pesetas. El intento de *Fantasía* fue la versión

97. En todos los números de la revista, al final de la última página, la siguiente referencia: “La Estafeta Literaria. Publicación quincenal. Editada por la Delegación Nacional de Prensa... 2 pesetas”.

98. *La Estafeta Literaria*, 34 (25 de septiembre de 1945), p. 9. A modo de encuesta, sobre la misma novela opinarán también Zunzunegui, Camilo José Cela, García Serrano, etcétera.

en el ámbito espiritual del Instituto Nacional de Industria, operando en la esfera económica.”

Tras ensalzar en su número uno a la figura del Caudillo, como estaba mandado, la publicación se abría de par en par a los escritores viejos y noveles, a los que se convocaba públicamente en continuados anuncios, insertos en las demás revistas financiadas por la Delegación Nacional de Prensa y dirigidas por Aparicio: *El Español*, *La Estafeta Literaria*, etcétera. Por ejemplo, en el número 29 de esta última (5 junio 1945), sobresale este extenso reclamo:

“FANTASÍA. Semanario de la invención literaria. En cada número: una comedia completa. Una novela corta, completa. Un libro de versos. Un guion de cine. Cuentos y narraciones con magníficas ilustraciones. 64 páginas de literatura original e inédita. 64 páginas en las que podrán colaborar todos los españoles. Dirección y Administración Montesquínza, 2. Apartado de Correos, 446. Madrid (Central).”

Su precio de venta en efecto se marcó en tres pesetas. Precisamente, uno de los escritores que publicarán aquí sus primicias narrativas será Tristán Yuste (Octavio Aparicio López, hermano de Juan), con su cuento titulado “Cosme”. Y la batalla propagandística continúa su bombardeo insertando en el mismo número de *La Estafeta*, ya indicado: “FANTASÍA espera su colaboración. Cuentos – Novelas – Teatro – Poesía”, etcétera. Pero, a pesar de todo, *Fantasía* no pudo superar la crisis política de 1945-1946.

FÉNIX. TREINTA DÍAS QUE VUELVEN A VIVIR.

En este caso, se trata de una revista recopiladora dedicada a reunir y clasificar temáticamente lo que se juzgaba más descollante, entre todo lo publicado durante el mes anterior, en diarios y revistas españolas. En el número 29 (1945) de *La Estafeta Literaria* aparece el anuncio de esta joven revista:

“Mensualmente aparece *FÉNIX*, treinta días que vuelven a vivir. Una selección de los mejores artículos publicados en todos los periódicos nacionales. Editoriales. Glosas. Artículos políticos y literarios [entre otros, se publicarán dos narraciones de Camilo José Cela]. Crónicas del extranjero. Comentarios militares. Reportajes. Artículos religiosos. Crítica. Todos los temas que puedan interesarle los encontrará en *FÉNIX*, treinta días que vuelven a vivir.”

ASÍ ES.

En el número 26 de *La Estafeta Literaria*, correspondiente al 10 de mayo de 1945, se insertaba el siguiente anuncio: “La actualidad del mundo en *ASÍ ES*. Alfabeto universal de la vida y de la cultura. 20 páginas al precio de una peseta”. Y en el número 38 de la misma revista (15 de diciembre de 1945), página 4, volvía a aparecer el siguiente reclamo: “Lea todas las semanas *Así es*. Economía, Arte, Literatura, Política, Diplomacia, Ciencia. Aparece los miércoles, al precio de una peseta”.

MEMORANDA Y DOCUMENTA.

Fueron otras creaciones periodístico-literarias de Juan Aparicio, pero de las que apenas hemos podido obtener información. En cualquier caso, todas irán desapareciendo en un plazo más o menos corto tras ser desposeído Aparicio de sus funciones como delegado nacional de Prensa, a finales del año 1945.

LA ÓRBITA APARICIO Y SUS SATÉLITES: CAMILO JOSÉ CELA Y UN GRAN PLANTEL DE ESCRITORES “CON CLAVE”. LUCES Y SOMBRAS.

Como a todo ser humano que destaque en cualquier faceta de la vida, al entonces prominente Aparicio también le cargaron sus contemporáneos con el inevitable bagaje de fobias y filias, pronto a divulgar a los cuatro vientos sus más o menos ocultas manías o tics. Desde luego, entre sus afectos más visibles y perennes cabe destacar su casi apasionada e indeleble vinculación a su pueblo natal, Guadix, y a todo lo accitano⁹⁹. Y, cómo no, su fidelidad a una serie de nombres de la cultura y del pensamiento contemporáneos, como Miguel de Unamuno, Ramiro Ledesma Ramos, Ramón Gómez de la Serna (Ramón), Ernesto Giménez Caballero o los recién llegados Camilo José de Cela y José García Nieto. Y ello, por sólo citar unos elocuentes paradigmas. A don Miguel de Unamuno, por ejemplo, Aparicio le profesó siempre un respeto casi reverencial. Y ello fue así desde sus tiempos de juvenil colaborador en *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero, donde un Aparicio recién llegado a los frentes literarios le dedicará uno de sus primeros artículos (véase la primera parte de este trabajo). A don Miguel pudo tratarlo personalmente en Salamanca, poco antes de que el ilustre catedrático dejara de existir en diciembre de 1936. Sólo un año después, para conmemorar el primer aniversario de su muerte, *La Gaceta Regional* de Salamanca, dirigida por Aparicio, dedicaría una página completa a la memoria del gran pensador, mestizo de vasco y escocés: 31 de diciembre de 1937. Y no sería éste el último recuerdo hacia el sabio profesor, durante la larga estancia salmantina del guadijeño al frente de *La Gaceta Regional*. Ya en 1941, la revista *Cuadernos de Poesía*, editada al alimón entre Barcelona y Madrid, en su número 1 dedicará un monográfico, “Homenaje a Miguel de Unamuno”. Bajo el título de “Antología de lo eterno”, se incluirán varios sonetos y composiciones unamunianas anteriores a 1928. Para tal ocasión, el encargado de hacer la introducción no será otro que el propio Juan Aparicio, aportando su trabajo “Di tú que he sido”. Dentro del mismo año 1941, la biblioteca poética formada por la referida revista *Cuadernos* publicará otra an-

99. Y con verdadera fruición, él lo ponía en evidencia a cada instante. Por ejemplo, en el número 20 de *La Estafeta Literaria* (30 de enero de 1945), dedicaría la página primera y principal a una reproducción a todo color y a gran tamaño de una pintura de San Torcuato, patrón de Guadix, bajo el epígrafe “Pinturas murales en Guadix”. La noticia se amplía en la página 28, con otra reproducción de las pinturas, ahora en blanco y negro. Se trata de tres murales, sobre la vida de San Torcuato, que acaba de realizar el pintor granadino Ángel Carretero para la Ermita del Niño de la Bola [sic], en las Cuevas de Guadix. Tres grandes lienzos de tres metros de altura por dos de ancho. Y se asegura, “Carretero es el mejor decorador que actualmente trabaja en Granada”.

tología con el título de “Poesías místicas”, a cuyo frente se vuelve a reproducir el prefacio, ya citado, “Di tú que he sido”, original de Juan Aparicio. Y finalmente, sin decaer un ápice en su sincera veneración hacia la figura de Unamuno, Aparicio dedicará oportunos espacios a la obra del antiguo catedrático salmantino con relativa intermitencia en sus publicaciones periódicas coetáneas *El Español* y *La Estafeta Literaria*, entre 1942 y 1946.

La inquebrantable fidelidad a Ramiro Ledesma Ramos y al jonsismo, por encima de modas y presiones, le acompañará siempre. En cuanto a su amistad con el popular “Ramón”, ésta se logró mantener firme y enhiesta aún después de la guerra, cuando Ramón Gómez de la Serna vivió voluntariamente exiliado en Buenos Aires. Ambos se mantuvieron unidos por el hilo afectivo y sutil de una oportuna relación epistolar, que acabará fructificando en la aparición frecuente de los admirados trabajos ramonianos en revistas del emporio cultural de Aparicio como *La Estafeta Literaria*. De hecho, el estilo literario de Aparicio recuerda en ciertos momentos, metáforas y barroquismo poético incluido, al popularizado ya por “Ramón” en sus “greguerías”. Y cuando, en 1949, el popular escritor madrileño decidió volver a España —por primera vez tras la guerra—, Aparicio será uno de los principales promotores de un homenaje, en honor y gloria del transterrado. En efecto, patrocinada por la redacción del periódico *Arriba* esta prueba de amistad entre antiguos compañeros se llevará a efecto a título privado el 1 de mayo de 1949:

“En la mesa de cabecera —nos informa uno de los asistentes: Enrique de Aguinaga— Ramón, siempre con Luisita [Luisa Sofovich], estaba radiante, rodeado por el subsecretario de Educación, Jesús Rubio; el Delegado de Prensa del Movimiento, Lucio del Álamo; el director del Ateneo, Pedro Rocamora; el director de *Pueblo*, Juan Aparicio; el director de *Escorial*, Pedro Mourlane; el director de *El Alcázar*, Jesús Ercilla; y Tomás Borrás.”

Al final, hicieron los brindis Pedro Mourlane Michelena, Juan Aparicio, Gaspar Gómez de la Serna y Jesús Rubio (De Aguinaga, 2003)¹⁰⁰. En otra ocasión, el propio Aguinaga describiría a su amigo Aparicio, como “barroco, ramoniano, oceánico, napoleónico” (De Aguinaga, 2002).

Y por fin el hombre de moda: Camilo José de Cela.

“Cela, como he dicho —el que habla ahora es el crítico Justino Sinova—, fue un protegido del delegado nacional de Prensa, Juan Aparicio, que confiaba extraordinariamente en sus facultades y que trataba de crear un núcleo de intelectuales de primera fila que dieran realce al régimen. La operación no le salió muy bien, al menos por lo que respecta al escritor gallego, que se limitó a desempeñar un trabajo de segundón en la censura.” (Sinova, 1989: 169)

Esta especie de mecenazgo, nutriente en ambos sentidos, Aparicio-Cela, era algo más que un secreto a voces. El propio Enrique de Aguinaga en su trabajo *Cela y las moscas* describiría así la situación:

100. Gran amigo de Ramón y de Aparicio, Aguinaga fue catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid y perteneció a la Real Academia de Doctores.

“A la guerra. Supe de Cela por *La Estafeta Literaria* de Juan Aparicio, jonsista, falangista y franquista, todo a la vez. Allí, Julio Trenas, “El Silencioso”, cronista de tertulias, contaba las ocurrencias de Cela en el Café Gijón. Aparicio, ninguneado por el antifranquismo cerril, fue el gran animador periodístico y literario. La Escuela de Periodismo, con sus coloquios; publicaciones como *El Español*, donde apareció por entregas ‘Pabellón de reposo’ [del propio Cela]; como *Fénix*, como *Documenta* o como *Fantasia*, donde se publicó, ‘Pisando la dudosa luz del día’ [también de Cela]; y tantas creaciones de Aparicio que eran viveros juveniles y centros de oportunidades. Con fundamento se ha podido decir que Aparicio fue un inventor de hombres y que, entre sus inventos, está Camilo José [...] el propio Cela, al cabo de los años (en 1992), recuerda a Aparicio como ‘gran valedor de escritores y amparador de perseguidos... en sus revistas dio cabida a gentes de izquierdas que procedían, a la fuerza ahorcan, del bando nacional [...] y a personas cuya filiación política anterior no ofrecía la menor duda y que habían militado en el bando perdedor, como el dibujante Lorenzo Goñi [...] [Aparicio] echó una mano a mucha gente [...] y a mí me ayudó mucho’ [Cela dixit]. Por lo pronto, de entrada, lo colocó en el servicio de censura.” (De Aguinaga, 2002)¹⁰¹

Pero es que además Aparicio no se limitó a dar entrada a las primeras obras de Cela, en sus revistas *El Español*, *La Estafeta Literaria*, *Juventud*, *Fantasia* y *Fénix*; sino que amplió su rimbombancia publicitaria, divulgando en sus páginas todo lo que se escribía y se decía del genial escritor gallego. Raro es el número en el que el nombre de Cela, por una u otra cuestión, no aparece en primer término con todas las bendiciones y complacencias de su director Juan Aparicio.

De entrada, la primera gran novela de Cela, *La familia de Pascual Duarte*, tuvo muchas dificultades para su publicación, por causa de su dureza argumental y de su tremendismo. Esta novela y su autor, incluso, todavía serían muy vituperados y descalificados años después por los más conspicuos santones del régimen, como el nuevo director general de Propaganda Pedro Rocamora; véase su escrito del 19 de junio de 1946. Sin embargo, Juan Aparicio siempre saldría en apoyo de la novela y del propio Camilo José. Con inusual atrevimiento y coraje, dadas las que estaban cayendo, Aparicio se aventuró a publicar en *El Español*, a modo de primicia, un capítulo de la citada obra inédita, en su apartado “Libros sin abrir”. Y todavía más: valiéndose de las mismas páginas de *El Español*, en su columna “Pasado mañana, lunes”, no dudará en poner de manifiesto, que el éxito alcanzado por *La familia de Pascual Duarte* se debía al evidente “amasijo psicológico, terruñero y soez”, que prodiga en todas sus páginas esta “novela legendaria, aunque sea una novela bárbara, porque es una novela con un clima por donde ha pasado la guerra” (Aparicio, 1943d). Es lo cierto, y así será comúnmente admitido, que la desgarradora historia de Pascual Duarte difícilmente hubiera visto la luz, sin el padrinazgo de su protector, Juan Aparicio, entonces en todo su apogeo, como directo controlador del pensamiento y de la cultura. Barajando, pues, estas y otras razones, muchos años después, Aparicio se jactaría en publicar, que “le

101. El propio periódico *ABC* ratificaría esta verdad irrefutable muchos años después: “Cela, que lo conoció bien [a Juan Aparicio] lo tuvo siempre por gran valedor de escritores y amparador de perseguidos: con estas mismas palabras se refirió a él por escrito en más de una ocasión” (*ABC*, de 6 de diciembre de 2009).

guste o no le guste, el genio es suyo [es decir, de Cela]; pero su promotor fui yo”.

Otro tanto ocurriría con la aparición de *La Colmena*, una de las más importantes obras de Cela. La censura la rechazó el 7 de enero de 1946. Prohibida su publicación en España, al final pudo ver la luz primera en Argentina, corriendo ya el año 1951. Sin embargo, el hecho originó un gran escándalo en España, por parte de sus censores. Llegó a vetarse, incluso, el nombre de Cela en la prensa española. Pero he aquí el tercio salvador del viejo amigo Aparicio, que otra vez viene a tenderle un amistoso capote:

“Juan Aparicio, el director de *Pueblo* –nos cuenta el propio hijo de Cela–, reconocía que la novela le había gustado, pero desde sus escrúpulos ‘de moralista, de político, de hombre cristiano’ echaba a mi padre en cara varias cosas: que fuera uno más de los autores desengañados de la postguerra, que *La Colmena* tuviera ecos de escritores extranjeros como Dos Passos, y que retratase un Madrid tendencioso, porque, como decía Aparicio, ‘Al café Europeo [donde se situaba gran parte de la acción novelística], asistió varias veces José Antonio, y en sus reuniones se fue gestando el clima literario y la temperatura popular de la Falange’, lo más opuesto al clima y la temperatura de *La Colmena*.” (Cela Conde, 1989: 55-56).

De algún modo, y con vistas al tendido más ultra del régimen, Aparicio se veía obligado a edulcorar su primer aserto: la novela le había gustado.

Y esta sincera admiración del escritor accitano hacia la obra “celiana” se mantendría viva durante muchos años. En su etapa como director de *Pueblo* primero y, otra vez, a partir de 1951, con la resurrección de *El Español* y de *La Estafeta Literaria*. El 6 de diciembre de 1953, sin ir más lejos, desde las páginas del semanario *El Español*, Juan Aparicio no dudaba en celebrar con gran alborozo el reciente regreso de Camilo José Cela a Madrid, tras un largo periplo por tierras sudamericanas. Desde su flamante tribuna como director general de Prensa, Aparicio se lanzaba a glosar, sin ahorro de elogios y a turiferario abierto, el importante papel que el ya granado escritor español había desempeñado, a lo largo de su reciente gira por países como Colombia, Ecuador, y Venezuela:

“Al Federico García Sanchiz que hace las Américas por su cuenta y riesgo –afirmaba Aparicio–, has sucedido tú con un nuevo arquetipo de misionero civil de la España de Francisco Franco, mas también por tu cuenta y riesgo.”

Y no se olvida de añadir el necesario estrambote:

“Ya en Quito, ya en Caracas, ya en Bogotá, allí van asimismo los toreros, has sido no esa cosa fea que es el intelectual a secas, sino esa cosa cálida, caliente, que es el español de tomo y lomo, tan capaz de lucir un frac con cremallera en ciertos sitios pudibundos, pero aureolado por la Encomienda de Isabel la Católica pendiente al cuello, como de recitar un poema, volar por la selva o pegar un puñetazo.” (Aparicio, 1953a: 6)

Dicho sea de paso, de este largo viaje Cela se trajo en la mochila su controvertida novela venezolana, *La Catira*. Pero evidentemente, el cantor de sus proezas, Aparicio, a la vez que ensalza al amigo que vuelve a casa, aprovecha para arre-

meter sibilinaamente contra Federico García Sanchiz, famoso por sus vacías charlas burguesas, y contra otros intelectuales liberaloides de su entorno que, a los ojos de Aparicio, iniciaban una singladura bastante peligrosa en detrimento del régimen. Esta puntual intransigencia ocasionará al asendreado director general de Prensa varios encontronazos, como inmediatamente veremos. Entre otros, con el cada vez más distante Dionisio Ridruejo. En fin, la nómina de protegidos por Aparicio en este primer tramo de su mandato (1941-1946) se incrementará con los nombres tantas veces citados de José García Nieto, Pedro de Lorenzo, el dramaturgo Víctor Ruiz Iriarte, etc. Por lo que atañe a Cela, éste abandonará los servicios de censura cuando Aparicio sea cesado, a finales de 1945 o principios de 1946.

Un punto y aparte merece el movimiento “postista”. En 1944, el pintor y escritor Eduardo Chicharro, hace su primera aparición pública, en el mundo literario de la postguerra, con el artículo, “¡Poetas! ¡Poetas! ¡Poetas! ¡Qué seres tan extraños!”, publicado en *La Estafeta Literaria*. En él se declara afiliado al movimiento estético-literario “postista”, una incipiente ola de vanguardia. Dice ser uno de sus iniciadores, junto al poeta Carlos Edmundo de Ory y al italiano Silvano Sarnesi, afincado en España. Siguiendo su línea programática, el 31 de enero de 1945 aparece la revista *Postismo*, incluyendo su primer manifiesto; pero la revista es suspendida por orden directa de Arias Salgado. De hecho, *La Estafeta Literaria*, en su número 29 publicaría un “Manifiesto anti-postista” (Flores, 1945). Lo que no obsta para que, en 1946, apareciera en la misma *Estafeta* el “Segundo Manifiesto Postista”, firmado por los tres individuos citados más arriba. Y es que, a pesar de la oposición de Arias Salgado, a estos primeros balbuceos de los postistas no le fueron ajenas las ayudas, más o menos explícitas, del delegado nacional de Prensa Juan Aparicio, el cual *sottovoce* les había prometido su ayuda para “meter mucho ruido”, según el propio Edmundo de Ory. La intuición propagandística de Aparicio le llevaba a tener muy claro el camino a seguir. De ahí que el ambicioso lema nacionalista “¡España lanza el postismo!”, fuera proclamado a los cuatro vientos por todos los principales periódicos del momento. *Arriba, Pueblo e Informaciones* lo publicaron el 20 de enero del año 1945, y *ABC*, siempre algo más renuente, unas semanas después el 8 de febrero. Paralelamente, *La Estafeta Literaria* se vuelca en aras de la difusión del nuevo “ismo”. Con toda su carga de novelería y de rompimiento con los “ismos” anteriores, Madrid se había convertido, de nuevo, por obra y gracia del “postismo”, en la capital poética de España: un movimiento que pretendía resumir en su programa todos los “ismos” precedentes, del dadaísmo al surrealismo. En definitiva, un intento de convertir a la imaginación y al absurdo en la columna vertebral de cualquier obra literaria o artística.

Pero en cierto momento, este apoyo oficial dejó de tener efectividad, al comprobar Aparicio el torcido cariz que tomaba el movimiento, adoptando unas características cada vez más exaltadas y más difíciles de controlar. No obstante, el “postismo” siguió creando adeptos con más o menos fortuna. A este movimiento, aparte de los ya citados pertenecerían nombres tan significativos como los de Francisco Nieva, Gloria Fuertes o Fernando Arrabal. En realidad, se había logrado superar las críticas burlescas de los primeros tiempos y, en todo caso, lo que en principio se aceptó como una broma sin más porvenir, no dejó de ser un

digno intento de recuperar la pujanza literaria perdida, tras los avatares de la Guerra Civil en aquel Madrid de la alpargata y el hambre, sagazmente retratado en libros, entonces prohibidos, como el citado *La Colmena* (Van Hoof, 1998: 17; Pont, 1991).



Segundo Manifiesto del Postismo publicado en La Estafeta Literaria, n.º 40 (1946)

Pero como suele decirse, no hay haz sin envés, ni altar sin cruz. Y este contrafuero tampoco podía faltar en la personalidad de Aparicio. En cuanto a su lado más oscuro, ese complicado reducto interior en que suelen anidar las fobias y las pasiones más recónditas, dos parecen ser las más significativas en él, al decir de alguno de sus coetáneos: su declarada homofobia y su celo antimonárquico. Aunque ante todo conviene advertir que la homosexualidad era un tabú generalizado en todas las capas de la sociedad de aquel tiempo. Y no sólo en España, sino prácticamente en el mundo entero. Por tanto, no sería justo cargarle a Aparicio un mochuelo tan generalizado, un estigma social tan arraigado entre sus contemporáneos, y desde hacía siglos. No obstante, uno de sus alumnos más destacados, Carlos Luis Álvarez Cándido, no tendría reparo alguno en proclamar en sus memorias:

“Aparicio tenía dos obsesiones: los monárquicos y los homosexuales. Esas dos ramas de la maldad humana se juntaban en una especie de moña, la masonería, que era lo demoníaco, por antonomasia. Recuerdo una serie de artículos contra los homosexuales, titulada ‘La internacional cuyo nombre no puede decirse’. En cuanto a los Borbones, utilizaba, desviándola, toda la masa argumental generada por la Segunda República, con Azaña a la cabeza. Los Austrias ya le parecían mejor a Juan Aparicio y al Régimen, e Isabel y Fernando, no digamos. Cuando más lejos los Reyes, mayor tranquilidad.” (Álvarez, 1995: 115-116)

Evidentemente, no deja de ser el juicio puntual de un individuo concreto. Pero en este caso se trata de un hombre que dice conocer bien a su criticado, pues aparte de haber sido alumno directo, Cándido trabajó como redactor en *El Español* durante su segunda época a las órdenes del propio Aparicio. Y a este respecto, tampoco podía faltar el cuarto a espadas del tantas veces citado periodista Haro Tecglen, nada adicto a la figura de Aparicio, como venimos constatando a lo largo de este estudio. Haro cuenta en uno de sus libros de memorias *—Hijo del Siglo—* que, cuando se encontraba trabajando en Tetuán, hacia 1945, como corresponsal de la Agencia EFE, un día se encontró con Aparicio en plena calle. El delegado nacional venía acompañado por un sobrino suyo, y por la mujer de éste, ambos recién casados. Muy amablemente, Aparicio invitó a comer con ellos a su entonces directo subordinado Tecglen. Y lo que importa: en un momento de la conversación, Aparicio bajó la voz y pidió a su invitado “que le hiciera una confidencia —así lo asegura Tecglen—. De un compañero nuestro: hombre de periódicos y de radio de por allí [Madrid]. ‘Me han dicho que es maricón. Tú eres de confianza, cuéntamelo y le quito el carné’... Yo enrojecí de indignación. ‘Son calumnias, son falsedades de los enemigos’, grité. Le tranquilicé como pude. Fui convincente. Luego, [...] creí que se lo debía advertir al compañero, que era demasiado notorio. ‘Ten cuidado, ten prudencia... Están detrás de ti’. Me miró con furia, dio media vuelta y no me volvió a saludar más” (Haro, 1998: 149). En fin, pequeñas historias que —de ser ciertas, en los términos que expone el tendencioso Tecglen— no sirven para otra cosa que para definir a una época triste y esperpéntica, como pocas, en la historia de España; y que si consiguió destacar por algo, fue por su bajeza y ruindad moral, oscureciendo aún más el paisaje sombrío de aquella posguerra atroz.

Otra mancha negra en su expediente profesional: el caso del artículo traducido del *Le Figaro Littéraire* sobre la muerte de García Lorca. Aparicio había recuperado su cargo de director general de Prensa en 1951. Y en 1956 aún lo seguía ejerciendo con plena autoridad. Entonces ocurrió que el periodista francés Jean Louis Schonberg publicó en el citado periódico galo un artículo titulado “Enfin la vérité sur la mort de Lorca”. En el que, a modo de subtítulo, expresaba categóricamente: “Un asesinato, cierto, pero en el que la política no fue el móvil” (Schonberg, 1956). El francés achacaba la muerte de Lorca a una rencilla entre homosexuales, acusando de la misma desviación no sólo al poeta, sino a un conjunto de personajes relacionados con el *affaire*, incluyendo a algún directo implicado en el asesinato del escritor. La teoría del periodista francés, aparte de disparatada, no aportaba ninguna documentación fiable, sobre el particular. No obstante, el asunto levantó un enorme revuelo en España, gracias a una traducción del artículo francés, convenientemente manipulado y amañado, que aparecería poco después, en las páginas de *La Estafeta Literaria* (13 de octubre de 1956) reiniciada su segunda época. Esta traducción, sin firma, cargaba las tintas en la homosexualidad de Lorca, convirtiéndola en el principal móvil de su muerte. Con tal postura, muchos interpretaron que *La Estafeta* sólo trataba de despolitizar el asunto, para honra y gloria del régimen franquista, y, al mismo tiempo, para empujear la figura literaria del poeta, entonces en todo su apogeo internacional. Uno de los que lanzaron sus inmediatas quejas fue el falangista disidente Dionisio Ridruejo, que no tardó en hacer llegar su indignación por escrito al flamante ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias Salgado, el 22 de diciembre de 1956. A juicio de Ridruejo, se ha tratado de desprestigiar la figura de Lorca:

“Sin duda, el director de la *Estafeta*, Juan Aparicio, ha pensado ‘cristianamente’, que, empujando el valor de la víctima, el crimen, o el error, son más disculpables.” (Gracia, 2007)

Y prosigue:

“A mí me parece que esto pasa de la raya, que es una porquería, y que se han atropellado todas las leyes del honor, de la piedad y de la decencia. Me pregunto y te pregunto [se dirige a Arias Salgado] si la opinión de los españoles puede estar dictada por gentes capaces de cometer semejante villanía [...]. No obstante, y para compensar esto, sin duda, y proteger nuestra seguridad espiritual, tu censura nos ha impedido leer en la prensa española un solo recuerdo a don José Ortega y Gasset, en el día del aniversario de su muerte, y hasta la esquila familiar anunciando un sufragio por su alma ha sido eliminada. Está claro que los españoles debemos menospreciar a uno de nuestros más grandes poetas, debemos ignorar a nuestro mayor filósofo, y después debemos callarnos.” (Gracia, 2007)

Ridruejo, que probablemente se la tenía guardada al inconformista Aparicio, desde los años de la Guerra Civil en Salamanca, siempre sostendría –sin aportar pruebas para ello– que el verdadero autor del artículo de *La Estafeta* fue el propio Aparicio, director de la revista y director general de Prensa.

1946-1951: UNA ETAPA DE TRANSICIÓN Y DOS IMPORTANTES PIEZAS LITERARIAS. LA DIRECCIÓN DEL DIARIO *PUEBLO*.

Para el mundo en general, y para la España franquista en particular, 1945 fue un año de profundos cambios. Por lo que respecta a España, el final de la Guerra Mundial con la victoria de los “occidentales” y la aniquilación del Eje Fascista obliga a establecer nuevas normas de conducta, produciéndose entre 1945 y 1948 una profunda crisis dentro del régimen. Las principales afectadas son las huestes del Movimiento que, si no desaparecen del todo, se van a ver arrumbadas en un limbo de ninguneo creciente. Y, por ende, el grupo intelectual falangista pierde parte de su influencia. En resumen, la antigua Vicesecretaría de Educación Popular se convierte ahora en Subsecretaría y, tras desgajarla de la Secretaría General del Movimiento, pasa a depender del Ministerio de Educación Nacional. Sus antiguos responsables políticos –Arias Salgado, Aparicio, etcétera– son sustituidos por los nuevos dueños de la situación, los técnicos confesionales o propagandistas, al frente de los cuales se halla el nacionalcatolicista Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional. Consecuentemente, en enero de 1946 los propagandistas Luis Ortiz Muñoz (subsecretario) y Tomás Cerro Corrochano (director general de Prensa) sucederán a Arias Salgado y a Juan Aparicio, en sus respectivos destinos. Con estas premisas, se cumplía el proceso de “desfalangistización” que, sin pausa ni solivianto aparente, irá socavando los cimientos del partido único. En cierto modo, y con vistas al exterior, el régimen se estaba viendo obligado a intentar una difícil pirueta en el vacío induciendo a sus principales signatarios a desprenderse de los ropajes más estridentemente antidemocráticos e imperialistas para lucir, *urbi et orbe*, los de católicos y occidentalistas desde que el mundo es mundo. Cosas veredes...

Por lo que se refiere a Juan Aparicio, éste en ningún caso se verá relegado a la categoría de cesante. Sin abandonar la dirección de la Escuela Oficial de Periodismo, luego de haber sido sustituido en la Delegación Nacional de Prensa, se le nombrará director del diario *Pueblo* (1946) y jefe del Servicio Nacional de Información y Publicaciones Sindicales (1948). El mismo año 1946 se le encomienda también la dirección de la revista *Fotos*¹⁰². Con toda seguridad, puede afirmarse que las dos décadas comprendidas entre 1940 y 1960 van a suponer para él una ininterrumpida etapa de intensísimos quehaceres. Y ello es así porque, aparte de sus obligaciones oficiales como alto mandatario del régimen y director de diferentes periódicos, en ningún momento dejará de escribir artículos para diversas publicaciones, amén de prólogos y otros apropósitos por encargo (Prados, 1943; De Mier, 1954; Aparicio, 2012: 51). Y, todo ello, además, sin haber dejado nunca de cultivar su pasión más persistente: su adicción a la lectura y la búsqueda del libro raro e interesante.

Desde muy joven había sido aficionado a los libros antiguos, y asiduo visitante de las librerías de viejo. *La Estafeta Literaria*, en uno de sus reportajes sobre

102. La revista *Fotos* nació en 1937, en plena contienda civil. Fue una de las publicaciones que Falange Española y de las JONS puso en marcha, como un medio directo de propaganda del partido; aunque, de manera más sutil e indirecta que otras publicaciones, como es el caso de *Arriba* que, desde 1939, se convertiría en periódico oficial del régimen franquista.

el particular, dedicará un estudio a los escritores de renombre que perseguían afanosamente estas joyas bibliográficas; entre los que se encuentran, Azorín, Baroja, Tomás Borrás, Emilio Carrere, Juan Aparicio, etc. De este último, se viene a decir lo siguiente:

“No podemos olvidar a Juan Aparicio, lector incansable y buscador de incógnitas por los tableros de la Feria –[feria permanente de libros, en la madrileña Cuesta de Moyano]–, persona de quien los librereros se preguntan la finalidad de sus adquisiciones de folletos extraños y libros amarillentos por efecto de su larga estancia a la intemperie.”¹⁰³

A todos estos menesteres habría que sumar sus ineludibles obligaciones como diputado a Cortes. Pues hora es ya de hacer mención, siquiera sea de pasada, de esta añadida actividad política en su carrera. En efecto, desde 1943 a 1964, Aparicio ocupará un continuado escaño en las Cortes Españolas, tras haber salido elegido como tal por diferentes conceptos¹⁰⁴.

Pero cambiemos de tercio. Casi en las mismas fechas en que es separado de la Delegación Nacional de Prensa, junio de 1945, saltan a los anaqueles de las librerías dos importantes libros que llevan su firma: *Historia de un perro hinchado y Españoles con clave* (Aparicio, 1945a). En realidad, se trata de la recopilación, en sendos volúmenes independientes, de los artículos aparecidos hasta entonces en el semanario *El Español*: primero firmados con una simple “A” y, finalmente, con su nombre completo, Juan Aparicio. Esta sección fija, incluida en la tercera página del citado semanario, portaría diferentes títulos, a lo largo de estos años: “Pasado mañana, lunes”, “Ayer, viernes” u “Hoy es sábado”. Hasta esta columna semanal, Aparicio, hormiga incansable, irá acarreando toda clase de materiales creativos: políticos, literarios, de índole social o de rabiosa actualidad; sin dejar de lado el retrato sagaz de importantes figuras de su tiempo, con sabrosas anécdotas añadidas; la descripción de sugestivos paisajes; la glosa de viejas lecturas, etcétera.

Por lo que se refiere, en concreto, a *Historia de un perro hinchado*, éste es un libro que podríamos llamar de mesa revuelta. Todo cabe sobre el tapete de juego. El extraña título trata de ser aclarado por su autor en el prólogo¹⁰⁵. Un autor que aquí ha optado por recopilar cincuenta de esos artículos, para componer un mosaico de paisajes y retratos, no sólo circunscritos al ámbito español, sino al mundo mundial. Cortos de tamaño, sí, pero contruidos con una gran pureza y belleza

103. *La Estafeta Literaria*, 20 (30 de enero de 1945), p. 9.

104. Relación de las elecciones en las que Aparicio salió elegido diputado a Cortes: 1) 16 de mayo de 1943, en calidad de consejero nacional del Movimiento; 2) 13 de mayo de 1949, por la Organización Sindical; 3) 14 de mayo de 1952, por la Organización Sindical; 4) 14 de mayo de 1955, por la Organización Sindical; 5) 2 de junio de 1961, designado por el jefe del Estado; y 6) 2 de julio de 1964, designado por el jefe del Estado (Archivo del Congreso de los Diputados. *Índice histórico de los Diputados*).

105. En el viejo periodismo se llamaba “hinchar el perro” a la operación que consistía en agrandar las breves noticias telegráficas que llegaban a la redacción con muy pocas palabras –para ahorrar dinero–, “hinchándolas” después o añadiéndoles toda la paja necesaria, hasta convertirlas en un artículo completo.

estilística. Y donde siempre habrá que contar con una oculta clave, típica de los escritos de Aparicio. Una incógnita misteriosa que irá inspirando el raro, críptico, poético y a veces difícil estilo literario del escritor accitano¹⁰⁶. Hasta tal punto que, en muchas ocasiones, para descifrar el arcano, sería necesario conocer la clave que sólo su autor conoce.

Melchor Fernández Almagro publicaría una inmediata reseña –muy admirativa, por cierto– del libro en cuestión, y no duda en adjetivar a Aparicio como “vanguardista intelectual”. De hecho, leyendo los artículos que conforman el “perro hinchado”, uno no puede dejar de recordar las pinturas cubistas de Ismael de la Serna, guadijeño como Aparicio, o las del propio Juan Gris¹⁰⁷. Sus recursos narrativos también recuerdan, a veces, la técnica cinematográfica, con sus saltos al pasado (*flashback*), etcétera. Para el crítico catalán, Juan Ramón Masoliver, los artículos de Aparicio están mejor en libro, como ahora aparecen, que en su primitiva edición periodística, “porque el lenguaje cifrado, donde casi son más las ideas que las palabras, se aviene con la lectura reposada y recoleta”, que no permite un periódico-sábana. Aunque, en realidad, Masoliver está haciendo la crítica conjunta de los dos libros citados: el “perro hinchado” y “españoles” (Masoliver, 1945: 8).

En fin, como venimos diciendo, los temas tocados por Aparicio en este *totum revolutum* que es *Historia de un perro hinchado*, no tienen fronteras. El origen es lo de menos: una frase chocante de un escritor, antiguo o moderno –todos coinciden en que la memoria de este autor era prodigiosa, ilimitada, apabullante–, una cancioncilla vernácula o extranjera, cualquier motivo, en fin, es bueno para arrancar con la narración: pequeños cuentos, plenos de erudición, mezclando historias reales con la fantasía del creador literario, sobre el cañamazo de una rigurosa autenticidad en los detalles más nimios; y todo ello, respunteado sobre un fondo de humor e ironía, que más de una vez derrumbará hacia el puro sarcasmo. Para la invención de Aparicio no hay límites espaciales. Ya se dijo. Cualquier lugar del mundo será bueno de recordar: desde la isla de Ons, en la ría de Pontevedra, a los países orientales de las mil y una noches; aunque el autor tampoco renuncia a evocar con nostalgia los paisajes de su niñez. Por ejemplo, en el cuento titulado

106. Un comentarista de esta obra, que se firma “S. M.” (¿Sánchez Mazas?), escribiría al respecto: “Casi emoción: lo digo voluntaria y reflexivamente. En este libro de Aparicio, he encontrado, bien clara y grávida, la vena humana. Ya lo creo; ¡si hasta son ‘verdaderos poemas’ casi todos sus breves capítulos! En realidad, se trata de algo harto extraño y maravilloso. Resulta que Juan Aparicio no sé si ha inventado, pero por lo menos ha cultivado en este libro un estilo especialísimo: un estilo simultáneamente poético y jeroglífico. Pero entre tanta línea esquemática y tanta historización positivista, anda la poesía misteriosa y humanamente; poesía, aunque intelectualizada y disciplinada, como el agua, en canales, sobre Castilla; poesía, aunque algo química.[...] Iba ahora a añadir algo sobre la anormal –supranormal– memoria vital y libresca de Aparicio, la cual surte con terrible densidad, casi sólida y aristada, la red jeroglífica a que antes aludí y que viene a ser como el tupido y geométrico andamiaje interno de esta especie de cuentos histórico-poéticos que integran la general *Historia de un perro hinchado*” (*La Estafeta Literaria*, 29, 5 de junio de 1945, p. 4).

107. Así lo verifica el citado crítico Fernández Almagro: “Hay no poco de buen cubismo en estas páginas”. Y detrás de todo siempre hay una clave: “Una clave intelectual [...]. Todo un mundo aludido con ingenio y diestro toque de pluma. Todo un mundo que irrumpe, fragmentado, por la ventana de Juan Aparicio como en aquel célebre cuadro –cubista, claro– en que la calle de entrada por el balcón” (Fernández Almagro, 1945: 6).

“Disparate” sobresale una preciosa descripción de Almería y su puerto en 1921, cuando él cursaba allí los años del bachillerato (páginas 25-30). Asimismo, el titulado “Ni sayas ni pantalones” lo sitúa en el entrañable y reconocible paisaje de Guadix, aunque no se cite el lugar expresamente (páginas 275-279).

Y entremos ya en los *Españoles con clave*. Al igual que en el caso anterior, en este libro Aparicio ha reunido cincuenta trabajos, ya publicados anteriormente en las páginas de *El Español*. Partiendo pues de cincuenta figuras contemporáneas, que serían obligadas premisas para la comprensión de la España más reciente, Aparicio va pasando revista al elemento humano que la informa. Amplia, variada y paradigmática es la galería en la que caben novelistas, periodistas, profesores, políticos..., sin descartar por supuesto a los jóvenes de las más recientes promociones.

“Tal vez los trazos del dibujo sean crueles —a juicio de su comentarista Masoliver—, cargados o amables según la simpatía o la mente que el autor ponga en cada uno de sus modelos. Aparicio por su exacerbada humanidad, es un polemista liberal, un discutidor que no renunciaría fácilmente a la agudeza, a traer a colación alguna anécdota de las que pueblan el fichero de su memoria; pero no es el tribuno, a Dios gracias, ni el moralista que se rasga las vestiduras y se llama al escándalo.” (Masoliver, 1945: 8)

Certeras semblanzas que, según el periodista Julio Trenas, constituirían “una ficha histórica y literaria para el futuro” (Trenas, 1945: 3). Entre los retratados cabe destacar a Luys Santa Marina, el antiguo compañero de las JONS (“Luys”, “El dandysmo de Luis Santamarina radica en la y griega del dandy incrustada hacia la mitad de su nombre de pila”...), Camilo José Cela (“Camilo y Camila”), Gonzalo Torrente Ballester (“Veintidós dioptrías”), Miguel Mihura (“Eme de Mihura, Eme de Miguel”: Aparicio dice admirar, sobre todo, los trabajos publicados por este gran humorista, en *La Codorniz*), el genial ampurdanés José Pla (“Pla, Rataplán”), el malogrado José Antonio Primo de Rivera (“Los dos discursos”, “El paso honroso de la Falange Española”), etc. El artículo titulado, “Una dama más” (pp. 116-119) lo dedica a Guadix. El eterno culto a la ciudad que le vio nacer:

“Ni su topografía penibética, ni su psicología berberisca se acomodan al canon de otras ciudades andaluzas, donde la luz, la cal y el acento entretejen una simetría uniforme. Los geólogos alemanes, al analizar la tectónica de estos cerros chatos, convulsionados y espeluncosos, han descubierto una singularísima y especial *Guadix-formación*, cuya única presencia en el cosmos es tan acusada como el carácter de ‘El Niño de la Bola’, el personaje virulento del novelista de Guadix, Pedro Antonio de Alarcón. Las pasiones de este pueblo con obispo, alcazaba y barbacana se deslindaron durante domingos y domingos seculares con la faca abierta o con pistolones de pedernal y las balas de plomo. Una antigua raza troglodita y rupestre se defendía dentro del círculo mágico de sus cuevas socavadas bajo la arcilla; contra los pecados del mundo moderno; comunismo o capitalismo. Tiranía de la masa sobre el hombre o tiranía del hombre sobre la masa.”

A partir de ahora, 1946, el trabajo más importante para Juan Aparicio redundará en torno a la dirección del diario *Pueblo*, una publicación vespertina de-

pendiente de la Organización Sindical Vertical, creada el 17 de junio de 1940. Aparicio dirigirá esta cabecera periodística desde 1946 a 1951. De entrada, se topará con el peliagudo problema del veto contra España, surgido en el seno de las Naciones Unidas. En estas circunstancias, el nuevo director se verá impelido a publicar un editorial contra la injerencia extranjera en los asuntos de España: una fuerte diatriba, declarando que la independencia de nuestro país estará siempre por encima de cualquier intromisión del resto de las naciones¹⁰⁸. Y como en tantas otras ocasiones, para su entrada en la dirección de este periódico se hace acompañar de un equipo de incondicionales: sus propios hermanos, Álvaro (nombrado gerente, lo seguía siendo en 1954¹⁰⁹), Cayetano (muerto en 1948) y Octavio, médico de profesión, quien siempre oculto bajo el pseudónimo de Tristán Yuste publicará numerosos trabajos en *Pueblo*, sobre arte y temas médicos, especialmente.

También se irá rodeando de hombres punteros, como Luis Jiménez Sutil o Emilio Romero, junto a algunos otros alumnos descolantes de la Escuela de Periodismo, al estilo de la propia Pilar Narvión. La futura gran periodista, Pilar Narvión, aragonesa de Teruel, tras haber solicitado una beca, consiguió ingresar en la Escuela Oficial de Periodismo, dirigida por Aparicio. Éste tendría ocasión de leer algunos trabajos escritos por Pilar. Entre otros, aquél en que la joven aragonesa comparaba a Goya con los reporteros gráficos actuales, porque en su obra alcanzaba a difundir con gran realismo y verdad los sucesos del tiempo que le tocó vivir. Aparicio quedó muy complacido y le abrió las puertas del periódico *Pueblo*. Era la primera mujer que ingresaba en aquella redacción, año 1950. Aunque otra gran mujer, Josefina Carabias, ya le había precedido en *Informaciones y Ya* (Narvión, 2008)¹¹⁰. Otros colaboradores circunstanciales fueron José García Nieto y sus cofrades de la antigua “Juventud creadora”. Tampoco se olvidaría esta vez de las gentes más cercanas a sus orígenes, como es el caso del periodista almeriense Jesús Pardo (tío del también periodista José Miguel Naveros), al que envió como corresponsal del periódico *Pueblo* a Londres.

A este respecto parece oportuno recordar que fueron muchos los almerienses y guadijeños que gozaron del apoyo e influencia de Aparicio a lo largo de estos años. Por citar un caso, el empuje prestado a la obra del pintor Jesús de Perceval, cabeza del movimiento “indaliano”; el lanzamiento del turismo en lugares, entonces emergentes, como Mojácar; y la publicidad otorgada a otros tantos asuntos relativos a la provincia almeriense, que alcanzaron una gran difusión en los periódicos nacionales, dependientes de la órbita de Aparicio, como *El Español*, *La Estafeta Literaria* o el propio diario *Pueblo* (Torres, 1996). Y, por supuesto, él no dudaría en acercarse a estas tierras de su niñez, cada vez que su presencia era requerida en ellas, con uno u otro motivo: una inauguración, una conferencia, un homenaje, etcétera¹¹¹.

108. Vid. *Pueblo*, 11 de diciembre de 1946.

109. Vid. *ABC*, 17 de marzo de 1954, p. 42.

110. Respecto a Josefina Carabias, con motivo de un homenaje que le dedicaran sus colegas en 1955, sería Juan Aparicio, entonces director general de Prensa, el que recordara oportunamente que Josefina fue “la primera joven que se dedicó al periodismo vibrante en España” (Díez, 2008).

111. En carta dirigida a su amigo García Nieto, Aparicio escribía lo siguiente: “Consejo de Redacción

LOS DIFÍCILES AÑOS CINCUENTA. EL PRINCIPIO DEL FIN.

En 1951 se crea el Ministerio de Información y Turismo y se pone al frente del mismo al impertérrito Gabriel Arias Salgado que, hasta 1962 en que será sustituido por Fraga Iribarne, tendrá por delante un largo camino para en cierto modo imponer su ley. La Subsecretaría de Educación Popular y su Dirección General de Prensa son recuperadas por este flamante ministerio y, al frente de dicha dirección, Arias vuelve a poner –mes de julio de 1951– a Juan Aparicio, su hombre de confianza. Con esta dependencia directa de Arias Salgado, la censura estrecha aún más sus cauces represivos y se multiplican las consignas a cumplir por los periodistas. Es la época dorada de censores como el tantas veces citado Juan de Dios Ruiz Ferrón. Sea como fuere, Aparicio reingresa con nuevos bríos en la palestra política. Sus primeras operaciones van a consistir en recuperar lo que él siempre consideró sus creaciones más apreciadas: las revistas *El Español* y *La Estafeta Literaria*.

DIARIO ILUSTRADO DE INFORMACION GENERAL
70 CENTIMOS

ABC

DIARIO ILUSTRADO DE MADRID. INFORMACION GENERAL

FUNDADO EN 1905 POR D. TORCUATO LUCA DE TENA



Juan Aparicio, como director general de Prensa, impone las insignias de la Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil al conde de Godó. Fuente: ABC, 22 de febrero de 1953 (Hemeroteca Digital ABC).

de Pueblo. Madrid 14 de abril de 1951. Sr. D. José García Nieto. Mi querido amigo: A mi regreso de Almería donde marché con motivo de la coronación de la Virgen del Mar, me encuentro con tu carta y con el hecho consumado de la solución que el Subdirector D. Carlos Foyaca le dio a tu respuesta al artículo de José Miguel Naveros. He sentido muchísimo no poder complacerte por completo, pero tú sabes que siempre me tienes a tu disposición y que habrá muchos motivos para que pueda demostrarte mi buena y antigua amistad. Te abraza cordialmente, Juan Aparicio". La Virgen del Mar fue coronada canónicamente el 8 de abril de 1951.

El Español había clausurado su primera época en mayo de 1947. Ahora, en su segunda etapa, se presenta al público en junio de 1953. A nuevos tiempos, nuevas formas. La antigua cabecera “El Español, semanario de la Política y del Espíritu” se ha transmutado en “El Español, semanario de los Españoles para todos los Españoles”, adoptando una extensión de sesenta páginas. Por supuesto, permanecerá fiel a sus orígenes declarando abiertamente su propósito de sujetarse a los principios del Movimiento Nacional. Uno de los primeros colaboradores será Octavio Aparicio López, hermano del director, publicando una entrevista con Ernest Hemingway, en los sanfermines de Pamplona (Aparicio López, 1953). Por estos años, aunque ya colaboraba asiduamente en el diario *ABC*, Carlos Luis Álvarez Cándido, debutará también como redactor en el citado semanario a las órdenes de Aparicio y de su viejo y fiel secretario de despacho José Antonio Bayona. Un jovencísimo Francisco Umbral será otro asiduo colaborador de *El Español*. Y como tantos otros brillantes alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo, Manuel Vázquez Montalbán debutará en la profesión, escribiendo sus primeros artículos en *El Español*, allá por junio de 1960.

La Estafeta Literaria, en cambio, no iniciaría su segunda andadura hasta el mes de abril de 1956. Aunque su trayectoria, bajo la dirección de Aparicio, apenas durará un año y tres meses, pues en julio de 1957 el nuevo ciclo quedará cerrado una vez más. Durante estos meses, la subdirección correrá a cargo de otro fiel colaborador, el redactor jefe Luis Jiménez Sutil, el cual morirá repentinamente poco después¹¹². Con tal motivo, Juan Aparicio, siempre fiel amigo de sus amigos, escribirá un artículo desde su actual residencia romana, recordando al colega recién fallecido. “Desde Roma, que es una ciudad de tumbas y de cementerios”, escribe el nuevo agregado de Embajada, no puede dejar de rendir un pequeño homenaje a la memoria del amigo recién desaparecido: un sevillano de Mairena, antiguo seminarista, que recibió el carnet de periodista en la Escuela Oficial de manos del propio Aparicio. Desde entonces, honradísimo profesional, fue uno de sus más fieles colaboradores. Dicho esto, el presente *in memoriam* le va a dar pie al curtido periodista Aparicio, que ya ha iniciado su evidente declive, para sacar a la palestra ciertas puntualizaciones acerca de su inmediato pasado. Una brillante hoja de servicios que, al parecer, muchos se empeñaban en olvidar; especialmente, los actuales tecnócratas (léase Opus Dei):

“Por medio de la Escuela –recuerda Aparicio– y en las publicaciones creadas por mí durante tanto tiempo, he tendido la mano a un cuarto de siglo de juventud española, atrayéndola hacia su triunfo tan perentoriamente, que fui denunciado por la revista antifranquista de París, *Esprit*.”

Y a pesar de las estrecheces internas y de las presiones del mundo exterior allí, en el ámbito de la cultura, nacieron *El Español* y *La Estafeta Literaria*:

112. A partir de noviembre de 1957, la revista comenzará una tercera etapa bajo la dirección del poeta Rafael Morales, iniciándose una especie de edad de oro para esta publicación. Tendrá entonces una periodicidad bimensual, con 24 páginas. En torno a 1960 se vendía al precio de diez pesetas, subiendo a quince en 1962.

“El primitivo *El Español*, tan ancho de páginas y de soporte, en el que colaboraron millares de españoles, enlazados aún por el hálito de la guerra contra la impiedad y contra el extranjero. La originaria *Estafeta Literaria*, que fue una sorpresa de modernidad tipográfica, al servicio amplísimo de un credo religioso y patriótico.”

El Español siempre fue por delante, incluso, de los planes del Generalísimo. Y *La Estafeta* pronto se situó en el primer plano de la más moderna actualidad literaria:

“En la etapa de la Dictadura, con escritores de opuesta extracción, Ernesto Giménez Caballero organizó *La Gaceta Literaria*, de donde salimos Ramiro Ledesma y Yo, pero también José Bergamín y Alberti, en el momento del desequilibrio.”

En fin, y retomando el objeto principal de este artículo, el bueno de Jiménez Sutil trabajó en *El Español* y en *La Estafeta Literaria* y al final se casó con una toledana de Cazalegas, pueblo en el que pasó grandes temporadas. Fue un honrado e inteligente periodista (Aparicio, 1957: 2).

Naturalmente, Aparicio no ha dejado de dirigir la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, cargo que no abandonará definitivamente hasta 1957, año en que, como decimos, comienza su declive. En el campo de la docencia, una vez reasumida la Dirección General de Prensa, no tardará en inaugurar en Barcelona una delegación de la Escuela de Madrid, la cual en 1968 quedará constituida ya como Escuela Oficial de Periodismo. Anteriormente, en el verano de 1951, Aparicio había organizado en la propia Barcelona un cursillo para periodistas profesionales, sirviéndose para ello de las aulas del Ateneo barcelonés. Con esta medida se pretendía otorgar a los aspirantes el carnet sin necesidad de que éstos pasaran por la Escuela de Madrid. Uno de aquellos alumnos fue Luis Carandell, el cual verifica en sus memorias la gran capacidad de maniobra de “don Juan” para lograr sus propósitos:

“La habilidad de ganarse a los profesionales para hacerles deponer su capacidad crítica, su facultad de discernimiento, su sentido de la verdad, y convertirlos en los instrumentos que necesitaban para ocultar la España real detrás de la vestimenta de teatro de la España oficial.”¹¹³

Sus visitas a Cataluña, en esta época y con este objeto, son frecuentes¹¹⁴. Asimismo, en el curso de un viaje a la ciudad de Cádiz, realizado en 1952, para visitar *El Diario de Cádiz* y *La Voz del Sur*, Aparicio conoció al joven escritor Fernando Quiñones. El director general de Prensa aprovechaba sus viajes a través de la Península, para buscar nuevos valores literarios. Así que al conocer a

113. “Don Juan ofrecía trabajo [a los cursillistas] y hasta cargos en los periódicos de la Cadena del Movimiento (palabra contradictoria si las había, porque nunca existió nada que estuviese más quieto)” (Carandell, 2003: 46-48). Al propio Carandell le ofreció dirigir *El Telegrama del Rif*, de Melilla, pero el joven periodista barcelonés no aceptó.

114. Según el popular noticiario cinematográfico *NO-DO*, “en la estación invernal de La Molina, el director general de Prensa, Juan Aparicio, departe con los alumnos de la Escuela de Periodismo. En Barcelona inaugura los locales de la nueva escuela. Asiste el alcalde Antonio María Simarro” (*NO-DO*, 631A, 7 de febrero de 1955).

Quiñones prometió ayudarlo, y cumpliendo su palabra se lo trajo a Madrid (Moya, 1999: 56-57). Durante este tiempo, son también famosos sus coloquios abiertos en la Escuela de Periodismo, presididos por él. Sirva como ejemplo el celebrado en 1955 sobre el tema “O guerra o paz”, con la participación de los periodistas especializados en política internacional Andrés Révész, Manuel Blanco Tobío, Pedro Gómez Aparicio y Bartolomé Mostaza¹¹⁵.

Pero el hueso más duro de roer se centraba, de nuevo, en sus ineludibles operaciones censorias. Por traer a colación algunos ejemplos de estos trabajos durante la etapa 1951-1956, expongamos los avatares concernientes a tres publicaciones del momento, afectadas por la censura Arias-Aparicio: *ABC*, *Índice* e *Ínsula*. No fueron las únicas en sufrir los duros embates de la censura, pero sus casos, por distintas razones, tal vez alcanzaron una especial notoriedad. Vayamos por partes, comenzando por *Índice*. Juan Fernández Figueroa, fundador y director de la revista *Índice*, había sido un hombre de Aparicio, pues de sus aulas salió titulado y a sus órdenes trabajó como redactor en la primera mitad de la década de los cuarenta, tanto en *El Español*, como en *La Estafeta*. Sin embargo, *Índice* (a pesar de que en sus comienzos en 1951 gozó de cierta permisividad por parte de la censura de Aparicio) nació ya con un halo de revista progresista: una corriente de viento fresco, insuflado por unos colaboradores tan dispares como el “postista” Fernando Arrabal, el marxista Francisco Fernández Santos, el poeta Carlos Bousoño, el jurista y político Antonio Hernández Gil, el propio Cándido, entre otros. Una publicación ecléctica, en fin, que, en la última vuelta del camino fue cambiando su primitivo carácter izquierdoso por un aire más acomodaticio con el tardo-franquismo. Pero, a partir de 1951, año de su nacimiento, entabló una titánica batalla contra la censura, hasta llegar al año 1956 cuando le cayó una fulminante suspensión de cinco meses. Es la época en que el Opus Dei y los tecnócratas van ganando posiciones frente al antiguo poderío de Falange¹¹⁶. Dionisio Ridruejo será uno de los que levanten la voz con más fuerza frente a lo que considera un atropello de la libertad de expresión. Llovía sobre campo mojado, pues a él le acababan de cerrar también una revista en Barcelona. El 24 de enero de 1956 dirigió una carta a su amigo Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores, protestando por el cierre de las citadas revistas *Índice* e *Ínsula*:

“Sé que de nada valdría mi apelación al ministro de Información y Turismo [Gabriel Arias Salgado] y por lo tanto renuncio a ello... Desde entonces quedó probado para mí que en España no se pueden hoy ejercer los más elementales no ya derechos, sino deberes para con la vida civil teniendo una pluma en la mano que no vaya a mojar tinta en el tintero del Sr. Aparicio. Que es de calidad, como usted

115. Vid. *ABC*, 5 de febrero de 1955, p. 26.

116. “La confusión y el pastiche en *Índice* –asegura Cándido– venía de atrás, probablemente desde que dedicó un número a ‘La España de Franco’, que molestó sobremanera a los obreros y a los estudiantes. Hasta ese momento la revista había ido adoptando una posición de izquierda cada vez más rigurosa y arriesgada, porque los primeros años también habían sido confusos, quizá forzosamente confusos. Hablo de la década de los cincuenta. Entonces, en el 53, se celebró un homenaje a Fernández Figueroa con motivo del segundo año de la revista, en el que intervinieron Juan Aparicio, Laín Entralgo, Jesús Suevos, José M.^a García Escudero y Dionisio Ridruejo. Laín habló de José Antonio Primo de Rivera, cuya huella era patente en *Índice*” (Álvarez, 1995: 259).

sabe... Rescate Ud. si puede a esos pobres cautivos de papel: Ínsula e Índice.” (Gracia, 2007)

A pesar de todo, Aparicio mantendría su amistad con Fernández Figueroa a lo largo del tiempo. El 26 de abril de 1976 escribiría una carta a su viejo amigo para felicitarle por haber sido nombrado director del diario *Pueblo*. Y sobre todo “por tu patriotismo antise separatista y por haber limpiado el diario de pedantes” (Álvarez, 1995: 259).

Pero éstas no serían las únicas objeciones de Ridruejo en contra de Aparicio. Como dijimos anteriormente, sus relaciones nunca fueron cordiales. Y empeoraban paulatinamente, a medida que Aparicio se tornaba más recalcitrante respecto a los que él llamaba despectivamente intelectuales liberales: entre los que Ortega y Gasset era el Dios y Ridruejo su profeta. A este creciente sector aperturista pertenecían también Gregorio Marañón, Joaquín Ruiz Giménez, Laín Entralgo y otros disidentes del falangismo, que a juicio de los “ariasalgadistas” ortodoxos estaban horadando con su apostasía los cimientos del régimen. Este equipo, con Aparicio a la cabeza, les declaró la guerra desde el primer instante. Y en el caso de Ortega y Gasset se impartieron consignas a la prensa, para que se silenciara, dentro de lo posible, el hecho de su muerte acaecida en 1955. Sólo se permitiría publicar a cada periódico tres artículos sobre este luctuoso acontecimiento, y en ellos, camuflando la condición de filósofo del finado o, lo que es igual, enfatizando su decantada heterodoxia religiosa.

Este frente anti intelectual parece venir teledirigido por Juan Aparicio desde las páginas de *El Español*, secundado por otros monárquicos vinculados al Opus Dei, que no tendrían el menor reparo en acusar a esos “nuevos liberales” —ex falangistas algunos de ellos— de traidores. Y con tal objeto no dudaban en meter en un mismo saco al liberalismo, a la Institución Libre de Enseñanza y a cualquier otro intento de secularizar la tradición cultural española (Ridruejo, 1953). La misma losa de silencio caería sobre Ortega al año siguiente, al celebrarse el primer aniversario de su muerte; de lo cual se lamentaría el propio Ridruejo, una vez más, en oportuna carta dirigida al ministro Arias Salgado, como ya vimos en párrafos anteriores.

Y es que Arias y sus intransigencias no perdían ocasión de atacar a este grupo de “peligrosos” disidentes. Un ejemplo de ello nos lo brinda la conferencia pronunciada por el propio Aparicio en Cuenca, un día de abril de 1953, sobre el tema “José Antonio, Periodista”. Según el resumen publicado por el diario local *Ofensiva*, Aparicio comenzó afirmando que la prensa española, en el período 1936-1953, había sido una muestra clara de la más contundente identidad con los principios del Movimiento, siguiendo la consigna de *La Conquista del Estado*, viejo órgano del jonsismo, allá por el año 1931: “Frente a los intelectuales somos actuales; frente a los liberales, imperiales”. El conferenciante reconoce así, que esta postura podría tildarse de cínica, pero no ha de olvidarse, dice, que “cínico” etimológicamente viene de “kinos”, palabra que en griego significa perro, lo que quiere decir que la prensa española tenía asegurada la lealtad del can. Por supuesto, insiste Aparicio, “conocemos a los intelectuales que están con nosotros, que son muchos, pero sabemos también que hay algunos que aún no lo están”.

Él se refiere, concretamente, a “un cierto filósofo” —aunque no lo cite expresamente, está apuntando hacia el recientemente desaparecido Ortega y Gasset, con cuyas teorías nunca comulgó— y a alguno de sus seguidores, que últimamente ha publicado un trabajo al que Aparicio no duda en calificar de “carta magna de los intelectuales de enfrente” (Aparicio, 1953b: 3). Uno de los más atacados por Aparicio, como ya sabemos, no es otro que el propio Dionisio Ridruejo. El cual, por cierto, en sus memorias escritas no hará un bosquejo demasiado hiriente contra la personalidad de Aparicio. Muy al contrario, con cierta elegancia, publicará lo siguiente:

“Aunque ciertas actitudes de Aparicio me irritaban mucho, no puedo ignorar —siempre me ha interesado el costado positivo de las cosas y las personas— que en su primera etapa como director general (por los años cuarenta), si bien liberaba alguno de sus prejuicios y resentimientos, había favorecido también a muchas personas desvalidas, había abierto cauces de promoción a muchos jóvenes y había mantenido publicaciones de una cierta amplitud [...] gracias a los cuales, y a costa de una cierta confusión no se rompió el hilo de la tradición literaria española y algunos valores que eran ciertos pudieron ver la luz [...]. Escribía con un enrevesamiento muy personal y seguía en las trece de una de sus ‘consignas’ del tiempo de las JONS: ‘actuales frente a los intelectuales’, consigna que nunca he llegado a entender.” (Ridruejo, 1976: 156)

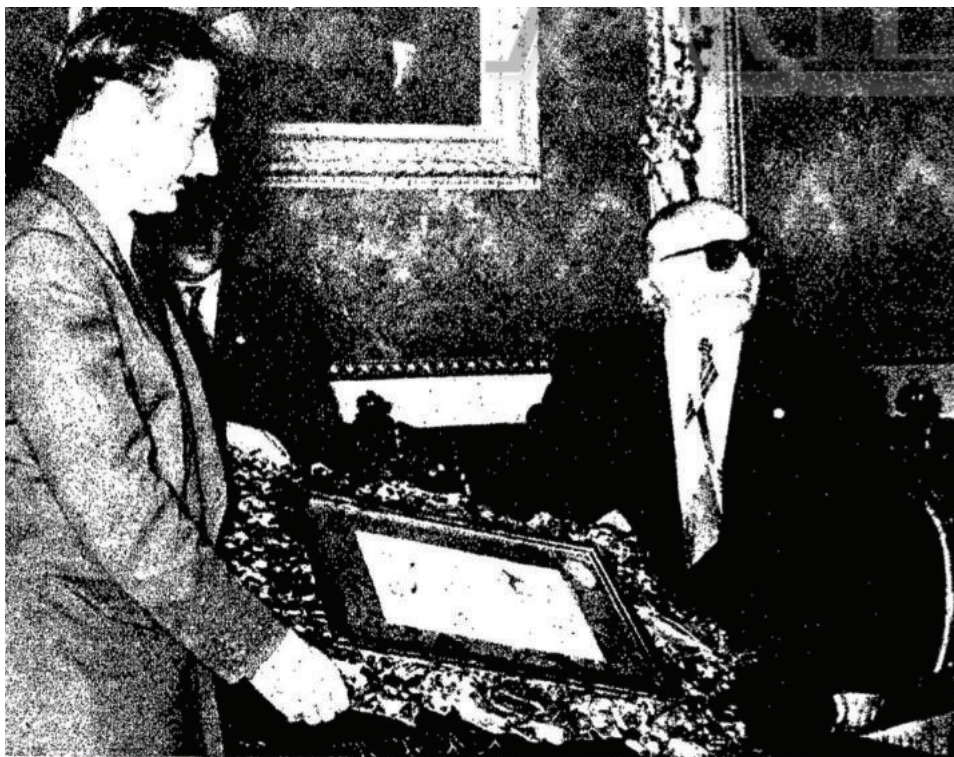
Y entramos, por fin, en el ruidoso caso de Aparicio y los Luca de Tena, dueños del diario *ABC* y de la editorial Prensa Española. Como buen jonsista, Aparicio nunca comulgó con los principios monárquicos. Y eso lo sabían los promotores del diario *ABC*, órgano oficioso de los monárquicos españoles.

“Desde el primer instante —escribirá de Aparicio Torcuato Luca de Tena— se mostró enemigo declarado de todo cuanto mi periódico y mi familia representaban.” (Luca de Tena, 1993: 373)

Hasta que en septiembre de 1953, Aparicio terminó destituyendo a Torcuato de su cargo como director de *ABC*. El motivo lo proporcionó el llamado “caso Beria”. El referido diario publicaría por esas fechas un explosivo artículo titulado, “¿Está Beria escondido en España?”. En su texto se venía a insinuar ni más ni menos que Beria, ministro del Interior ruso, jefe de la NKGB, el mayor déspota de la URSS después de Stalin, se había refugiado en España luego de haber sido destituido. Y en España —se decía— andaba oculto. La destitución del director de *ABC*, por publicar esta noticia sin la menor prueba de que fuera cierta, no se hizo esperar. Por lo que Torcuato odiaría con toda su alma a Aparicio, al que titula en sus memorias “modelo exacto del dictadorcito”, y del que aseguraba ser “más listo que el hambre y más malo que un día sin pan. Yo estaba entre aquella espada, Juan Aparicio, y esta pared, Arias Salgado” (Luca de Tena, 1993: 373)¹¹⁷. Es la eterna y clásica aberración de matar al mensajero. Porque Aparicio no fue

117. *ABC* había intentado burlar la censura en múltiples ocasiones. Pocos días antes de la aparición del artículo sobre Beria, Aparicio había prohibido un artículo sobre el Sha de Persia, en el que *ABC* defendía la monarquía, como solución ante el peligro comunista en Oriente y en otros países. Una vez más, Luca de Tena se quejará a Aparicio, mediante carta de 2 de septiembre de 1953.

más que un intermediario. La orden de cesar a Luca de Tena procedió del propio Consejo de Ministros, presidido por Franco, al que encolerizó terriblemente el escandaloso fiasco divulgado por *ABC*. No obstante, la destitución de Luca de Tena provocó un inmediato manifiesto de protesta, firmado por los principales periodistas del momento. Entre otros, por Emilio Romero, que había sustituido a Juan Aparicio en la dirección de *Pueblo*, un año antes. Romero también fue fulminantemente despojado de su dirección, aunque le sería reintegrada en 1956, una vez eclipsado el frente ministerial de Arias Salgado.



HOMENAJE A D. JUAN APARICIO.—En Granada, en donde ha comenzado sus tareas el V Congreso Regional de Prensa, los periodistas malagueños han querido demostrar su gratitud al director general de Prensa, Sr. Aparicio, con un pergamino que le fué entregado por el director del diario "Sur" y presidente del Club de Prensa de Málaga, Sr. Sanz Cajigas. (Foto Cifra.)

*Homenaje a Juan Aparicio durante el V Congreso Regional de Prensa celebrado en Granada..
Fuente: ABC, 7 de junio de 1956 (Hemeroteca Digital ABC).*

Y es que el declive final del falangismo y de los nacionalsindicalistas ya había iniciado su viaje sin retorno con la irrupción y el continuo avance de los tecnócratas del Opus Dei. En marzo de 1957, Aparicio es destituido como director general de Prensa, brindándosele a modo de consolación la Gran Cruz de Cisneros, y

el cargo de consejero de Información en la Embajada Española en Roma¹¹⁸. No obstante, antes de partir hacia la Ciudad Eterna, Aparicio tuvo que pasar por el quirófano para someterse a una operación de cataratas¹¹⁹. En cualquier caso, este cargo diplomático apenas le mantendrá en activo durante un año pues, en 1958, retornará a España para dedicarse, ya única y exclusivamente, a la docencia y a sus colaboraciones periodísticas.

EL ACELERADO OCASO. PERO, SIEMPRE, GUADIX EN EL CO- RAZÓN...

De vuelta ya, en una España que cada vez se muestra más alejada de los principios del Movimiento, ocupará durante algún tiempo la dirección de la Mutua-
lidad de Periodistas, aunque distanciándose probablemente por propia voluntad de cualquier otro cargo de índole oficial. Empero, todavía seguirá ocupando un escaño en las Cortes por designación del jefe del Estado. E incluso, en 1959, formará parte de la “Comisión especial consultiva asesora y de estudio” para la formación de una nueva Ley de Prensa¹²⁰. En realidad, él nunca había luchado por ocupar primeros puestos en la parrilla de salida: “Yo nunca tuve aspiraciones políticas personales y jamás abjuré de mi independencia” (Casas, 1986). Y el propio Emilio Romero verificaría esta postura, años después, al afirmar que “el país ha sido injusto con este hombre; y también ha contribuido el propio Aparicio por la tendencia a la soledad de sus libros, y sin ninguna disposición de ajeteo político para su ascensión” (Romero, 1985: 61)¹²¹. A partir de ahora, por ende, su principal trabajo, hasta que llegue el momento de la jubilación, se centrará en sus clases como profesor de la Escuela Oficial de Periodismo. En sus sempiternas colaboraciones en la prensa periódica y, tal vez, en una dedicación más directa y efectiva a la familia, especialmente a su esposa Carmen Jalón y a sus cuatro hijos Juan, Carmen, María de los Ángeles y María Luisa. Él mismo, en los últimos años de su vida, no tendría empacho alguno en aceptar su situación: “Los tecnócratas acabaron conmigo, y ahora vivo de la Universidad y de mis colaboraciones”¹²². Ante la pregunta de otro periodista acerca de sus preferencias en estos momentos de su vida, él no duda en contestar: leer, escribir y observar. Y aclara:

118. Franco concede la Gran Cruz de Cisneros a Juan Aparicio y, a propuesta del ministro de Información y Turismo, se le designa para el cargo de consejero de Información, cerca de la Embajada del Quirinal (vid. *ABC*, 9 de marzo de 1957, p. 25). Ya en la capital italiana, Aparicio tendrá ocasión de entrevistarse con su antiguo amigo Rafael Alberti, todavía exiliado en aquella ciudad.

119. “El Sr. Aparicio operado. Don Juan Aparicio, director de la Escuela de Periodismo, ha sido operado por el eminente oftalmólogo D. Tomás Barraquer, del cuadro médico de la Asociación de la Prensa, en el Sanatorio Mateo Milano” (*ABC*, 9 de marzo de 1957, p. 25).

120. Los trabajos se iniciaron el 27 de julio en la abadía del Valle de los Caídos, pero se alargaron durante varios años. Finalmente, la nueva ley sería sancionada en 1966, siendo ministro de Información y Turismo Manuel Fraga Iribarne (*Ley de Prensa e Imprenta*, de 18 de marzo de 1966).

121. “El escritor que se mete a político —escribiría Aparicio en 1958— arriesga el no ser estimado por los políticos ni por los escritores, que desconfían de un rival con doble bagaje que les sobrepasa” (Aparicio, 1958).

122. Recordado en el diario *Ideal* (Almería, 5 de mayo de 2007).

“Me interesan sobremanera las tres. Leo desde las cinco de la mañana. Escribo a temporadas, sobre todo ahora que estoy jubilado y no tengo obligaciones. Y observar es algo que me apasiona siempre en todo momento.”

Ante la insistencia de este mismo periodista, acerca de qué esperaba de la vida a sus setenta años, él contesta: “Poder retirarme definitivamente y pasar el resto de mis días en Guadix y Torrevejea”. Sus dos grandes amores, añade el periodista, el primero, lógico y natural. El segundo, de hijo adoptivo, por respeto y cariño a la gentileza de un pueblo que le honró con tan preciado título (Valverde, 1977).

A este respecto se impone aclarar la relación de Juan Aparicio con el pueblo alicantino de Torrevejea. Corriendo el año 1951, el entonces director general de Prensa llegó a esta población levantina por primera vez. El pueblo le encantó, por lo que ese mismo verano decidió adquirir una casa donde, a partir de entonces, establecería su preferente lugar de descanso. Muy pronto caló en la idiosincrasia de esta población marinera, convirtiéndose en uno de sus principales benefactores. Fue el fundador y más activo promotor de su famoso Certamen de Habañeras, cuya primera edición tuvo lugar en el verano de 1955, para adquirir posteriormente la categoría de internacional. Un año después, en 1956, inauguró la primera biblioteca municipal de la ciudad, la cual llevaría el nombre de su propia esposa Carmen Jalón. Bibliotecaria de profesión, a su esposo Aparicio le gustaba bromear titulándose “bibliotecario consorte”. Los primeros libros llegaron a esta institución por gestiones realizadas por el propio Aparicio en distintos centros culturales del Estado y empresas editoriales. Fue también el fundador del semanario local *Vista Alegre*. Finalmente, él mismo donaría al pueblo de Torrevejea su importante biblioteca: más de 32 000 volúmenes, en dos lotes. El primero, consistente en 20 000 procedentes de sus casas de Madrid y de Guadix, se destinaron al Archivo Municipal de Torrevejea; y el segundo lote, de 12 603 libros procedentes de su casa de Torrevejea, se destinaron a la Biblioteca Municipal de dicha ciudad. Hacia 1959, por acuerdo del Ayuntamiento de la localidad alicantina, el antiguo paseo de las Rocas fue bautizado con el nombre de paseo marítimo Juan Aparicio, tras haberle nombrado previamente hijo adoptivo benefactor de esta ciudad (Rebollo, 2015)¹²³.

En cuanto a su indeleble querencia hacia Guadix, su pueblo natal, poco hay que añadir a lo ya referido. Fue una constante a lo largo de toda su vida¹²⁴. En realidad, se trató siempre de un amor compartido por todos los miembros de su familia, desde la madre, D.^a Carmen López Ortiz, guadijeña de nación, hasta el último de sus hijos. El 8 de marzo de 1950, por ejemplo, los accitanos residentes en Madrid, capitaneados por todos los miembros de la familia Aparicio López fundan “El Clan de los Catos”, en honor de San Torcuato, patrón de Guadix. Apenas dos meses después, el 15 de mayo, sus componentes celebran la festividad del

123. Durante los meses de abril-mayo de 2007, el Ayuntamiento de Torrevejea montó una gran exposición, para conmemorar el primer centenario del nacimiento de Aparicio. Vid. *La Verdad* (Murcia, 28 de abril de 2007).

124. En la antigua plaza de las Palomas de esta ciudad, los Aparicio López conservaron una casa, hasta el año 2001, cuando les sería expropiada ya como solar (BOE, 17, de 19 de enero de 2001).



Juan Aparicio ante su biblioteca, donada al Ayuntamiento de Torrevieja (Alicante).

santo patrón accitano, con gran pompa y algazara. Y la seguirán celebrando, cada 15 de mayo, durante los años siguientes. Así, en 1955, los actos de esta jornada consistirán en una solemne misa en honor de San Torcuato y en una comida de hermandad, celebrada en “El Laurel de Baco”, un castizo local madrileño (hoy desaparecido) situado en la antigua plaza de la Moncloa. Todos los actos fueron presididos, en esta ocasión, por D.^a Carmen López Ortiz, viuda de Aparicio, acompañada por sus hijos, Diego (jefe del Sindicato Nacional de Ganadería), Álvaro y Octavio; y éstos, por sus respectivas esposas. Sin embargo, “D. Juan Aparicio, director general de Prensa, y D. Agustín Serrano de Haro, Inspector de Primera Enseñanza, D. Antonio Serrano Ortiz [primo de los Aparicio López y, ahora, mano derecha del director general Aparicio], excusaron su asistencia por impedírselo quehaceres inaplazables” (De Acci, 1955: 2)¹²⁵.

125. A este respecto, añadamos actualizados, algunos datos familiares: Diego Aparicio López deja de ser jefe del Sindicato Nacional de Ganadería el 24 de enero de 1961, cuando es nombrado comisario de la popular Feria Internacional del Campo, que se celebraría en Madrid, con periodicidad bianual, de 1953 a 1975. Como jefe de dicho Patronato, es recibido por el Caudillo el 4 de abril de 1975, con motivo de la décima edición de la feria. El 18 de julio de 1962 fue condecorado con la Gran Cruz de la Orden de Cisneros al mérito político. El 18 de julio de 1975 es agraciado con la Orden Imperial del Yugo y las Flechas. Asimismo, fue elegido diputado a Cortes por la Organización Sindical en 1949, 1952, 1955 y 1958 (Archivo del Congreso de los Diputados). Respecto a Álvaro Aparicio López,

Evidentemente, tanto Juan Aparicio como su gran colaborador, Antonio Serrano Ortiz, estarían ocupados en alguno de sus múltiples viajes oficiales por distintos lugares de España.

Desde luego, el interactivo cordón umbilical del director general con Guadix, y viceversa, nunca se quebró a lo largo de los años. Las visitas del político-escritor a su lugar de origen son frecuentes. Y más aún, durante la alcaldía de su primo y fraternal amigo de juventud, Carlos López Abellán, apoyando las realizaciones de éste en bien del municipio, así como la inauguración del semanario *Acci*, cuyas instalaciones visitará con frecuencia (Acci, 1955: 5). O prometiendo su apoyo a la instalación de un monumento a Pedro Antonio de Alarcón, etcétera. En contraprestación obligada, los accitanos festejarán los triunfos profesionales del encumbrado paisano, como algo propio. Y así solemnizan con sincero alborozo el cincuenta cumpleaños de Aparicio¹²⁶. La misma camaradería e intensidad, con que encomiarán su reciente nombramiento para una consejería en la Embajada de España, ante el Quirinal, en Roma¹²⁷. Con similar entrega, no escatimarán sus muestras de júbilo para celebrar el nombramiento de “Periodista de Honor”, otorgado a Aparicio –ya afincado en Roma– por disposición del Ministerio de Información y Turismo, el 18 de julio de 1957. El Ayuntamiento de Guadix, en su sesión del inmediato 14 de agosto, le felicita oficialmente por esta nueva titulación¹²⁸.

Aunque uno de los homenajes más relevantes tendrá lugar sólo unos meses después con motivo de la inauguración oficial de la Biblioteca Municipal que llevará su nombre “Juan Aparicio”. Venido de Roma expresamente para asistir a este acto popular, Aparicio pudo recibir en vivo y en directo el cariño y la admiración de sus paisanos, el 11 de octubre de 1957. Durante la comida, celebrada en el Liceo Accitano, el homenajeado recordó entrañables anécdotas de su primera juventud en Guadix, agradeciendo en los brindis el emotivo homenaje recibido de sus paisanos. Por la tarde, con la asistencia del gobernador civil Francisco Summers Isern y del guadijeño Juan Serrano Ortiz, alto funcionario de la Dirección General de Prensa, en representación de su actual director Juan Beneyto, se inauguró la

ignoramos si a esta fecha seguía desempeñando la gerencia del diario *Pueblo*. Por su parte, Octavio Aparicio López, médico de la Asociación de la Prensa, brilló también como buen escritor. Primero, utilizando el seudónimo de Tristán Yuste, y después con su propio nombre. En el primer caso, con sus novelas *Quemado vivo* (1944) o *El amor amargo* (1952) con la que se presentó al Premio Nadal. Luego publicaría diversos trabajos sobre los grandes maestros de la pintura: El Greco, Velázquez..., y sobre temas de Medicina o de diverso contenido social, en revistas como *Temas Españoles*. Murió en Madrid y fue incinerado el 2 de noviembre de 2009, en el cementerio de la Almudena.

126. “El día 29 del pasado mes de julio se cumplió el cincuenta aniversario del nacimiento de un ilustre hijo de Guadix. Ese preclaro paisano es el hoy director general de Prensa, Excmo. Sr. D. Juan Aparicio López. Con tan agradable motivo, una nutrida representación de la redacción de *ACCI* [...] cumplimentó al Sr. Aparicio en la ciudad de Fiñana (Almería), donde circunstancialmente se encuentra acompañado de su distinguida familia” (Acci, 1956: 1).

127. Un nombramiento que ha de ser “un descanso merecido, después de la ingente labor a que ha dado cima, en el que deja. Guadix, su pueblo natal, sigilosamente, sentidamente, le admira y le quiere, y está seguro de que su estrella que ha sufrido un cambio de posición, seguirá brillando esplendorosamente, para bien de España y de su Régimen” (Acci, 1957a: 1).

128. “Guadix se siente cada vez más orgullosa, al contar entre sus hijos más queridos al Sr. Aparicio López, y la redacción de *ACCI* se considera honradísima con la publicación de tan halagadoras noticias” (Acci, 1957a: 1).

citada biblioteca, instalada en los bajos de la Casa Consistorial. Abrió el acto el referido Serrano Ortiz, en nombre de la Dirección General de Prensa, afirmando que esta institución “no podía estar ausente de un acto que corroboraba la personalidad de un periodista, que prácticamente había fundado la Dirección General”; y que además él, “como accitano y como pariente del Sr. Aparicio, se sumaba con especial emoción” al merecido homenaje. Finalmente, entre grandes ovaciones, tomó la palabra Juan Aparicio. Y tras ponderar y recordar su gran amor hacia la patria chica, no tardó en recurrir a las sempiternas claves de su ideología: su decantada admiración por el imperio de los Austrias y su odio al decimonónico y corrupto siglo XIX: el del estado burgués-liberal, lastrado por el caciquismo¹²⁹. Genio y figura¹³⁰...

Aunque, por lo que a él respecta, aún no ha dicho adiós a las armas. Muy al contrario todavía continúa prodigando colaboraciones en numerosas cabeceras periódicas. Una de ellas será el pionero de los diarios económicos *3E*, fundado y dirigido por su sobrino José Ramón Aparicio Muñoz, en torno a 1966. En él colaborarán también otros miembros de la familia, como Octavio Aparicio López y Octavio Aparicio Muñoz, este último hermano de José Ramón (González Torga, 2010). Y fiel a su innata y perenne inquietud creadora, no dudará en sumarse a la fundación del *Diario SP. Periódico Nacional de Información*, en 1968, junto a un nutrido residuo de viejos santones del falangismo. Por lo que la nueva publica-

129. Según un cronista del acto, “[Aparicio] afirmó que a la idea de Guadix se llega por todas partes; porque en Guadix anida una de las más viejas civilizaciones occidentales; muy anterior a la que pudieran testificar los recuerdos romanos, en los que todos los accitanos han aprendido el alfabeto. Guadix ha sido siempre un rincón en el que el hombre tenía conciencia cultural de su imperio sobre la naturaleza; es decir, de su misión civilizadora, en cuyo último recodo espiritual se presentía la disposición al cristianismo. Todos los testimonios de civilización profunda y espiritual que se pueden admirar en el mundo tienen por origen la fuerza creadora y ética, transparentada por Guadix antes de su cristianización y después de que San Torcuato y sus seis compañeros apostólicos fundaran en la antigua Acci la primera iglesia de España. Con elocuencia y gracejo, el orador fue trazando semblanzas de accitanos ilustres que representaron en el pasado esta actitud civilizadora, desde Santa Luparia, hasta Pedro Antonio de Alarcón, pasando por Ibn Tofail, Fandila, don Pedro Mendoza y Antonio Mira de Amescua. Hizo una evocación del Guadix de los siglos XVI, XVII y XVIII, y lamentó que el siglo XIX fuera el de la verdadera decadencia de Guadix. Asegura que durante su juventud estuvo en contra de lo que representaba aquel estado de decadencia de Guadix, que había de terminar en la destrucción absoluta, cuando el pueblo accitano prendió fuego a la Plaza Mayor que era su orgullo. Terminó diciendo que Guadix renace y emprende una era de crecimiento y refinamiento con el primero de Abril [día de la victoria fascista], que lleva a todos los rincones de la Patria la justicia y el progreso de Franco” (Acci, 1957c: 1).

130. Cabe aquí hacer mención también a otra de sus debilidades afectivas más persistentes, la cual no fue otra que el pueblo de Fiñana (Almería), donde sus ancestros paternos tenían su origen. Y desde luego, este pueblo le corresponderá siempre con creces, nombrándole hijo adoptivo el 27 de mayo de 1957. Con tal motivo, se le rindió un público homenaje popular, al que entre otros, asistieron el gobernador civil de Almería, Castilla Pérez, y el alcalde de Guadix, Carlos López Abellán (Acci, 1957d). Asimismo, el 30 de octubre de 1966 será objeto de otro multitudinario homenaje en el mismo pueblo de Fiñana, presidido por los gobernadores civil y militar de la provincia. Con tal objeto, se descubrió una placa que daba el nombre de Juan Aparicio a una céntrica glorieta, al tiempo que se bautizaba a la plaza principal del pueblo con el nombre del fundador de las JONS, Ramiro Ledesma Ramos (vid. *ABC*, 1 de noviembre de 1966, p. 59). La Biblioteca Municipal también llevará el nombre de Juan Aparicio.

ción, antitecnócrata y antimonárquica de entrada, se convertirá en una punta de lanza, siempre crítica con el Gobierno opusdeísta actual: una de sus denuncias sirvió, precisamente, para descubrir el célebre “Caso Matesa”.

Pero, en 1975, los otrora sólidos andamiajes del régimen caen por tierra, en un cataclismo sin remisión. Las para muchos esperadas palabras “Españoles, Franco ha muerto”, pronunciadas entre lacrimógenos pucheros televisivos por el entonces presidente del Gobierno, Arias Navarro, enterraban de golpe, más que a un cadáver exquisito, a toda una ideología, a todo un régimen de vida, que se había eternizado por casi cuarenta años. Pero, tampoco ante esta declinante situación, el casi octogenario Aparicio se da por vencido. Y a través de sus artículos en los supervivientes periódicos del régimen, *Arriba*, *Pueblo* o *El Alcázar*, luchará denodadamente por mantener enhiestas sus convicciones y sus nostalgias ante un sistema que, muy a pesar suyo, ya se debatía entre la vida y la muerte. Véanse algunos de sus trabajos de estos días y, en especial, los titulados “Mis testimonios. Negaciones para después de una paz” (Aparicio, 1976b: 3); “Debajo del árbol”, en el que arremete contra el PNV, Arzálluz y demás dirigentes nacionalistas (Aparicio, 1979d); o el propio “El Testamento revelador”, en que fustiga sin piedad al resurgente Partido Comunista de España. Este artículo, publicado por el diario *Arriba*, perteneciente todavía a la prensa del viejo Estado, hizo que otros periódicos independientes, como *Mundo Diario*, solicitaran el cierre inmediato de la prensa del Estado: *Arriba*, *Pueblo*, *Marca*, etc.

Ahora controlados por Adolfo Suárez y su partido UCD, obligaban a que *Arriba* no hiciera otra cosa –las circunstancias mandan–, que cantar las excelencias del citado partido político: por lo que Suárez no se atrevió a clausurarlo hasta 1979, tras haber ganado las elecciones (Aparicio, 1977)¹³¹. Este año, precisamente, Adolfo Suárez y su Gobierno decidieron retirarle la publicidad institucional a *El Alcázar*, el periódico que más ferozmente seguía atacando a dicho político. Tal decisión dio origen a un inmediato “manifiesto” de apoyo al diario damnificado, el cual aparecerá publicado en *El Alcázar*, el 12 de diciembre de 1979 (aunque llevaba fecha del día 10), con el título de “En favor de la libertad de expresión”. Curiosamente, encabeza el escrito la firma de Juan Aparicio, el que tantos años había dirigido la censura –o no libertad– periodística; y a él le siguen otros nombres de sonoras evocaciones primorriveristas y franquistas, como José Utrera Molina, Gregorio Marañón Moya, José M.^a Ruiz Gallardón, Emilio Romero, Ernesto Giménez Caballero, José Luis Sáenz de Heredia, entre otros. En fin, la suerte ya estaba echada.

Y los últimos artículos de Aparicio ya no serán otra cosa que lamentos reivindicativos por una época –la suya– que lentamente se ha ido desvaneciendo, por la búsqueda de un tiempo perdido que, cual un proustiano mundo de Guermantes, se le iba escapando de las manos –aunque no de la memoria– por inexorable imperativo del paso de los días.

131. “Ha resurgido el Ave Fénix eurocomunista –escribía Aparicio–, cuyos vuelos aletean en el horizonte y se han colocado en las controversias genuinas del marxismo, dispuesta a la intoxicación de los cerebros”.

Y en éstas, le llega la muerte en Madrid, como consecuencia de un paro cardíaco, el 17 de abril de 1987¹³². Era Viernes Santo. La noticia de su muerte fue publicada por todos los periódicos del momento, pero mereció una especial y destacada glosa en su recuerdo la publicada por el diario *ABC*, de Madrid, el Domingo de Resurrección, pues no se limitó a dar una escueta noticia de agencia, como el resto de los colegas, cosa que hizo en la página 13; sino que además tuvo a bien dedicar un extenso editorial a su vida y a su obra, en la página 33, con el título de “Falleció Juan Aparicio, Maestro de Periodistas”¹³³. Los Luca de Tena habían olvidado las antiguas rencillas, entre ambas partes, y, elegantemente, hacían justicia a toda una vida dedicada al periodismo español.

BIBLIOGRAFÍA.

AA. VV. *Escritos sobre Onésimo Redondo*. Barcelona: Nueva República, 2012.

Abc (1987) “Falleció Juan Aparicio, Maestro de Periodistas”, *ABC de Madrid* (19 de abril), p. 33.

Acci (1955) “El Ilmo. Sr. Director General de Prensa visita nuestra redacción”, *Acci. Semanario Gráfico Informativo-Literario*, 2 (Guadix, 19 de marzo), p. 5.

Acci (1956) “Bodas de oro”, *Acci. Semanario Gráfico Informativo-Literario*, 74 (Guadix, 4 de agosto), p. 1.

Acci (1957a) “D. Juan Aparicio consejero de información en Roma” *Acci. Semanario Gráfico Informativo-Literario*, 106 (Guadix, 16 de marzo), p. 1.

Acci (1957b) “Don Juan Aparicio, Periodista de Honor”, *Acci. Semanario Gráfico Informativo-Literario*, 125 (Guadix, 27 de julio 1957), p. 1.

132. Amén de otras condecoraciones nacionales y extranjeras, Aparicio poseyó la máxima condecoración de Portugal, la Gran Cruz del Mérito Civil, la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, la Gran Cruz de Cisneros (9 de marzo de 1957), la Orden Imperial del Yugo y las Flechas (18 de julio de 1975), Premio Fundación Nacional Francisco Franco (1986). Por unanimidad, la Asociación de la Prensa de Madrid le concede el Premio Rodríguez Santamaría (1977), otorgado a la labor periodística de toda una vida, “uno de los hombres clave de la inmediata postguerra”. En la misma fecha se le otorga el Premio Víctor de la Serna a la labor periodística del año 1976, a Juan Luis Cebrián, director de *El País*.

133. Entre otras cosas, allí se venía a decir: “Si hubiese que resumir todo el periodismo de posguerra sólo en dos palabras... estoy seguro que el resultado sería Juan Aparicio, escribía en 1967 Jaime Campmany. No en vano Juan Aparicio, despojado de su carga ideológica, fue maestro de una generación de periodistas a los que supo inculcar el respeto a su profesión, por lo que entrañaba de servicio a la sociedad. Notorio dignificador de la profesión periodística, Juan Aparicio, a quien se llamó el Napoleón de la Prensa, sometió a los diarios y revistas a la implacable censura imperante en su época, pero jamás perdió la perspectiva de lo que significaba el periodismo aun en momentos tan duros y anómalos para su ejercicio [...]. Aunque su gestión resultara polémica, sobre todo en la aplicación de las estrictas normas reguladoras de la Prensa dirigida, trató siempre de animar vocaciones periodísticas y permitió que salieran a la palestra opiniones y muestras de creación de la juventud literaria española no siempre alineadas con las tesis oficiales” (*ABC*, 1987: 33).

- Acci (1957c) "Guadix rindió un homenaje a don Juan Aparicio", *Acci. Semanario Gráfico Informativo-Literario*, 136 (Guadix, 12 de octubre), p. 1.
- Acci (1957d) "Juan Aparicio homenajeado en Fiñana", *Acci. Semanario Gráfico Informativo-Literario*, 117 (Guadix, 1 de junio), p. 9.
- Acci (1957e) "Guadix rindió un homenaje a don Juan Aparicio", *Acci. Semanario Informativo Gráfico-Literario*, 136 (Guadix, 12 de octubre), pp. 1-12.
- Agustí, I. (1974) *Ganas de hablar*. Barcelona: Planeta.
- Alonso, D. (1984) "Prólogo", en García Lorca, F. *Andalucía y García Lorca*. Madrid: Incafo.
- Álvarez, C.L. (1995) *Memorias prohibidas. Cándido*. Barcelona: Ediciones B.
- Aparicio, J. (1927) "Aben Tofail o el abuelo paterno de Robinson Crusoe", *La Gaceta Literaria*, 17 (Madrid, 1 de septiembre), p. 2.
- Aparicio, J. (1928a) "Baroja ¿desenmascarado? (Notas sobre la posible tragicidad amorosa del Hombre malo de Itzea)", *La Gaceta Literaria*, 25 (Madrid, 1 de enero), p. 6.
- Aparicio, J. (1928b) "Federico García Lorca en Guadix", *La Gaceta Literaria*, 28 (Madrid, 15 de febrero), p. 2.
- Aparicio, J. (1928c) "Postal portuguesa: España y la saudade", *La Gaceta Literaria*, 33 (Madrid, 1 de mayo), p. 4.
- Aparicio, J. (1928d) "Los poetas proletarios rusos", *La Gaceta Literaria*, 42 (Madrid, 18 de septiembre), p. 3.
- Aparicio, J. (1930a) "Diálogos sobre la vocación: las de Unamuno", *La Gaceta Literaria*, 79 (Madrid, 1 de abril), p. 4.
- Aparicio, J. (1930b) "Juan Aparicio López: Carta abierta", *La Gaceta Literaria*, 90 (Madrid, 15 de septiembre), p. 6.
- Aparicio, J. (1931) "Polémicas universitarias: ¿Parcas o amazonas?", *La Gaceta Literaria*, 99 (Madrid, 15 de febrero), p. 10.
- Aparicio, J. (1932) "Oración sobre la prehistoria de España", *El Sol* (Madrid, 15 de noviembre), p. 2.
- Aparicio, J. (1939a) *La conquista del Estado*. Barcelona: FE.
- Aparicio, J. (1939b) "Prólogo", en JONS. Barcelona: FE.
- Aparicio, J. (1939c) "1933. Historia de la revista JONS y su generación redactora", *Levante*, 143 (Valencia, 27 de septiembre), p. 6.
- Aparicio, J. (1939d) "La bandera roja y negra", *Levante*, 171 (Valencia, 29 de octubre), p. 2.

- Aparicio, J. (1939e) "Ramiro Ledesma Ramos", *La Novela del Sábado*, 25 (Madrid, 4 de noviembre), pp. 69-74.
- Aparicio, J. (1940) "El Ensueño de 1931: La Conquista del Estado", *Pueblo* (Madrid, 21 de abril).
- Aparicio, J. (1941a) "El Ensueño de 1931: La Conquista del Estado", *Informaciones*, 5078 (Madrid, 13 de marzo).
- Aparicio, J. (1941b) "Ramiro y Don Ramiro", *Informaciones* (Madrid, 13 de marzo).
- Aparicio, J. (1941c) "Hace diez años que nacieron las JONS", *El Alcázar* (Madrid, 29 de octubre).
- Aparicio, J. (1942a) "El color de la camisa", *Imperio* (Madrid, 21 de febrero).
- Aparicio, J. (1942b) "Prensa universitaria", en AA. VV. *Discursos y conferencias del V Consejo Nacional del SEU*. Madrid: Marsiega, pp. 74-76.
- Aparicio, J. (1943a) "Las siete palabras", *Levante* (Valencia, 29 octubre).
- Aparicio, J. (1943b) "Un caído en el 29 de octubre", *La Vanguardia Española* (Barcelona, 29 de octubre).
- Aparicio, J. (1943c) "Juventud creadora: una Poética, una Política, un Estado", *El Español* (Madrid, 17 de abril).
- Aparicio, J. (1943d) "Pasado mañana, lunes", *El Español*, 52.
- Aparicio, J. (1944a) "Que vaya a Salamanca", *El Español* (Madrid, 28 de octubre).
- Aparicio, J. (1944b) "El numen de Viriato", *ABC* (Madrid, 29 de octubre).
- Aparicio, J. (1945a). *Historia de un perro hinchado*. Madrid: Afrodísio Aguado.
- Aparicio, J. (1945b) "Tomás Borrás en escena. Un hombre y sus sumandos", *La Estafeta Literaria*, 21 (Madrid, 15 de febrero), p. 9.
- Aparicio, J. (1945c) "No han pasado diez años", *El Español* (Madrid, 26 de mayo).
- Aparicio, J. (1945d) "Ramiro Ledesma y España", *El Español* (Madrid, 27 de octubre).
- Aparicio, J. (1947a) "Ni lunes... ni domingo", *El Español* (Madrid, 8 de marzo).
- Aparicio, J. (1947b) "La madre de Ramiro", *Pueblo* (Madrid, 6 de diciembre).
- Aparicio, J. (1951) *Aniversario de la Conquista del Estado*. Madrid: Publicaciones Españolas.
- Aparicio, J. (1953a) "Carta del director para los vivos", *El Español*, 262 (Madrid, 6-12 de diciembre), p. 6.
- Aparicio, J. (1953b) "José Antonio, Periodista", *Ofensiva, órgano de FET y de las JONS*,

(Cuenca, 26 de abril), p. 3.

Aparicio, J. (1957) "José Jiménez Sutil, o el retiro de Cazalegas", *La Estafeta Literaria*, 2 (Madrid, 16 de noviembre), p. 2.

Aparicio, J. (1958) "Una estatua para el cansado", en AA. VV. *Programa de Feria y Fiestas de Guadix*. Guadix: Ayuntamiento.

Aparicio, J. (1960) "Vidas no paralelas. Los dos Ramiros", *Arriba* (Madrid, 18 de junio).

Aparicio, J. (1961) "Ramiro Ledesma Ramos o el numen de Viriato", *Crisol* (Madrid, octubre-diciembre).

Aparicio, J. (1963) "El último libro de Melchor Fernández Almagro. Viaje a la eternidad", *La Vanguardia Española* (Barcelona, 19 de junio), p. 17.

Aparicio, J. (1966) "Ramiro Ledesma Ramos", *Arriba* (Madrid, 29 de octubre).

Aparicio, J. (1968) "El porqué de la camisa roja", *La Vanguardia Española* (Barcelona, 15 de noviembre).

Aparicio, J. (1976a) "El archipatriota de la unidad", *El Alcázar* (Madrid, 10 de noviembre).

Aparicio, J. (1976b) "Mis testimonios. Negaciones para después de una paz", *El Alcázar* (Madrid, 22 de noviembre), p. 3.

Aparicio, J. (1977) "El Testamento revelador", *Arriba* (Madrid, 14 de agosto).

Aparicio, J. (1978a) "La Patria en ruinas", *El Alcázar* (Madrid, 21 abril).

Aparicio, J. (1978b) "Los Conquistadores", *El Alcázar* (Madrid, 14 de abril).

Aparicio, J. (1979a) "Ramiro Ledesma Ramos o el intelectual que no traicionó", *En Pie*, XXXII, 342, pp. 16-17.

Aparicio, J. (1979b) "Giménez Caballero", *El Alcázar* (Madrid, 17 de marzo).

Aparicio, J. (1979c) "Ramiro Ledesma Ramos", *El Alcázar* (Madrid, 31 de marzo).

Aparicio, J. (1979d) "Debajo del árbol", *El Alcázar* (Madrid, 20 de diciembre).

Aparicio, J. (2012) "Onésimo en Valladolid", en Jerez de Riesco, J.L. (ed.) *Escritos sobre Onésimo Redondo*. Barcelona: ENR, pp. 51-52.

Aparicio López, O. -Tristán Yuste- (1942) "La niña pindonga", *Escorial*, 21 (Madrid, julio), pp. 111-122.

Aparicio López, O. -Tristán Yuste- (1943) "El suplicio de Tántalo", *Escorial*, 36 (Madrid, octubre de 1943), pp. 87-105.

Aparicio López, O. (1953) "En los sanfermines lo que importa es saltar, cantar y empinar la bota", *El Español*, 242 (Madrid, 25 de julio).

- Areilza, J. M.^a (1974) *Así los he visto*. Barcelona: Planeta.
- Arribas Macho, J. M.^a (2014) *Estadística y Sociedad*. Madrid: UNED.
- Beneyto Pérez, J. (1954) "La enseñanza del periodismo en España", *Revista Nacional de Educación*.
- Beneyto Pérez, J. (1979) "La política de comunicación en España durante el franquismo", *Revista de estudios políticos*, 11, pp. 157-170.
- Bermejo Sánchez, B. (1991) "La Vicesecretaría de Educación Popular (1941-1945). Un 'Ministerio' de la Propaganda en manos de Falange", *Espacio, Tiempo y Forma*, 4, pp. 73-96.
- Borrás, T. (1971) *Ramiro Ledesma Ramos*. Madrid: Editora Nacional.
- Bravo, F. (1940) *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid: Editora Nacional.
- Brocos Fernández, J.M. (2010) "In Memoriam. Teniente General Ricardo de Rada y Peral. Primer general jefe de la Acorazada Brunete", *Arbil. Anotaciones de pensamiento y crítica*, 116. Recuperado de: <http://www.arbil.org/116rada.htm> [consulta: 18.07.2014].
- Cadenas y Vicent, V. (1975) *Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las JONS (Salamanca 18-19 de abril de 1937) y algunas noticias referentes a la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda*. Madrid: [s.n].
- Carandell, L. (2003) *Mis picas en Flandes. Memorias*. Madrid: Espasa Calpe.
- Casas, J.L. (1986) "Entrevista a Juan Aparicio", *El Alcázar* (Madrid, 18 de mayo).
- Cela Conde, C.J. (1989) *Cela, mi padre*. Madrid: Ambigú.
- Cotrus, A. (1944) *A través de abismos de adversidad*. Madrid: Ernesto Giménez Caballero.
- De Acci, T. (1955) "El 'Clan' celebra su fiesta", *Acci. Semanario Informativo Gráfico-Literario*, 11 (Guadix, 21 de mayo), p. 2.
- De Aguinaga, E. (1984) *Epistemología del Ejercicio Periodístico*. Madrid: Universidad Complutense. Recuperado de: <https://eprints.ucm.es/53412/1/5310186180.pdf> [consulta: 18.07.2014].
- De Aguinaga, E. (2002a) "Cela y las Moscas", *Razón española. Revista bimestral de pensamiento*, 113, pp. 333-340. Recuperado de: <http://www.galeon.com/razonespanola/r113-cel.htm> [consulta: 18.07.2014].
- De Aguinaga, E. (2002b) "Mi hermano mayor, José María Sánchez-Silva", *Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, 47, pp. 177-181.
- De Aguinaga, E. (2003) "Ramón de Periódicos (visados por la censura)", ponencia en el Curso de Verano de la Universidad Complutense "Ramón Gómez de la Serna, de la lectura a la Radio precursora (Buenos Aires, 1963 - Madrid, 2003)" (11 - 15 agosto de

2003) Recuperado de: http://www.plataforma2003.org/hemos_leido/46.htm [consulta: 18.07.2014].

De Dalmases, P.I. (2009) *Oficio de carroñero. Un periodista en la calle*. Barcelona: Carena.

De Mier, W. (1954) *España cambia de piel*. Madrid: Cultura Hispánica.

Díez Hardino, M.^a P. (2008) *Josefina Carabias, corresponsal*. Madrid: Asociación de la Prensa.

Dreyfus, A. (1927) "Arte del repertorio andaluz. Ismael G. de la Serna", *La Gaceta Literaria*, 18 (Madrid, 15 de septiembre), p. 5.

Fernández Almagro, M. (1945) "Crítica y noticias de libros. Historia de un perro hinchado", *ABC de Madrid* (14 de julio), p. 6.

Fernández Martínez, P. et al. (2010) *La Estafeta Literaria y su contribución a la difusión de la cultura del siglo XX*. Madrid: Sílex.

Flores, A. (1945) "Manifiesto anti-postista", *La Estafeta Literaria*, 29 (Madrid, 5 de junio), p. 16.

García Contreras, M. (1956) "Los brotes del viejo tronco", *Acci. Semanario Informativo Gráfico-Literario*, 91 (Guadix, 1 de diciembre), pp. 3 y 9.

García Venero, M. (1967) *Falange en la Guerra de España. La Unificación y Hedilla*. París: Ruedo Ibérico.

Jiménez Caballero, E. (1979) *Memorias de un dictador*. Barcelona: Planeta.

González Calleja, E. (2012) "La prensa carlista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)", *El Argonauta Español*, 9. Recuperado de: <http://argonauta.revues.org/819> [consulta: 18.07.2014].

González Torga, J.M. (2010) "Hemerografía española: 3E, pionero como diario económico" Recuperado de: <http://www.espaciouseuropeos.com/17942> [consulta: 18.07.2014].

Gracia, J. (2007) *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo (1933-1975)*. Barcelona: Planeta.

Guillén Gómez, A. (2009) *La Corte Chica. Alcaldes, gobernadores, señores de ganados y otras oligarquías, en el Orce del Antiguo Régimen*. Granada: Diputación.

Guillén Salaya, F. (1938) *Anecdotario de las JONS Historia y anécdotas de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista*. San Sebastián: Yugos y Flechas, 1938.

Guillén Salaya, F. (2011) *Anecdotario de las JONS Historia y anécdotas de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista*. Barcelona: ENR.

Haro Tecglen, E. (1998) *Hijo del siglo*. Madrid: Santillana.

Haro Tecglen, E. (1999) *El Refugio*. Madrid: El País-Aguilar.

- Hernández García, T. (2009) "Desde Guadix. Don Juan Antonio Ruiz Ferrón". Recuperado de: <http://torcuatohg.blogspot.com/2009/06/don-juan-antonio-ruiz-ferron.html> [consultado: 18.07.2014].
- Hernando, M.A. (1974) *La Gaceta Literaria (1927-1932). Biografía y valoración*. Valladolid: Universidad.
- Hernando, M.A. (1975) *Prosa vanguardista en la Generación del 27. Gecé y La Gaceta Literaria*. Madrid: Prensa Española.
- Humanes, M.^a L. (2002) "La política de formación de comunicadores: la Escuela Oficial de Periodismo (1941-1970)", en García Galindo, J.A., Gutiérrez Lozano, J.F. & Sánchez Alarcón, M.^a I. (coords.) *La comunicación social durante el franquismo*. Málaga: Diputación, pp. 625-642.
- Iáñez Pareja, E. (2008) *Falangismo y propaganda cultural en el Nuevo Estado. La Revista Escorial (1940-1950)*. Tesis doctoral. Granada: Universidad.
- Jaramillo Cervilla, M. (2012) "Introducción a la historia de la prensa de Guadix desde mediados del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX (y II)", *Boletín del Centro de Estudios «Pedro Suárez»*, 25, pp. 9-32.
- Jerez de Riesco, J.L., ed. (2012). *Escritos sobre Onésimo Redondo*. Barcelona: ENR.
- Jiménez, J.M., comp. (2009) *La Patria Libre, el semanario de la ruptura*. Madrid: Barbarroja.
- Ledesma Ramos, R. –Roberto Lanzas- (1935) *¿Fascismo en España?* Madrid: La Conquista del Estado, 1935.
- Ledesma Ramos, R. (2013) *¿Fascismo en España?* Málaga: SEPHA.
- Luca de Tena, T. (1993) *Franco, sí, pero...* Barcelona: Planeta.
- Maestú Barrio, C. (1963) *La Falange y los Sindicatos Obreros*. Recuperado de: http://www.patriasindicalista.es/ateneoazul/ps_textos/la_falange_y_los_sindicatos.pdf [consulta: 18.07.2014].
- Mainer, J.C. (1971) *Falange y Literatura*. Madrid: Labor.
- Mainer, J.C. (1972) *Literatura y pequeña burguesía en España (notas 1890-1950)*. Madrid, Edicusa.
- Martínez, J. (2012) "Eugenio Suárez, periodista", *Periodistas*, 28, pp. 30-31.
- Martínez Cachero, J. M.^a (1984) "La época ovetense de Mariano Baquero Goyanes", *Monteagudo: Revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura*, 87, pp. 9-11.
- Martínez Cachero, J.M.^a (1979) "Novelistas jóvenes y panorama editorial en la década de los cuarenta", en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, v. 4. Oviedo: Universidad, pp. 479-494.

- Martínez de Bedoya, J. (1996) *Memorias desde mi aldea*. Valladolid: Ámbito.
- Masoliver, J.R. (1945) "Crítica a los libros *Historia de un perro hinchado* y *Españoles con clave*", *La Vanguardia Española* (Barcelona, 6 de julio), p. 8.
- Morales Lomas, F. (2003) "Las cartas de Antonio Machado a Pilar Valderrama", *Gibraltarfo.uma.es*, 81. Recuperado de: http://www.gibraltarfo.uma.es/criticalit/pag_1886.htm [consulta: 14.07.2014].
- Morán, J. (2011) "Memorias. Eugenio de Rioja, periodista", *La Nueva España* (20 de febrero). Recuperado de: <https://www.lne.es/siglo-xxi/2011/02/20/relaciones-publicas-pasamos-muro-silencio-cristal-hidroelectrica/1036161.html> [consulta: 16.07.2014].
- Moya, M.^a R. (1999) "Los comienzos de una vocación literaria", *Drago*, 8-9, pp. 49-65.
- Narvió, P. (2008) *Andanzas de una periodista perezosa*. Teruel: Tirwal.
- Oskan, J. (1992) "Las revistas literarias y políticas en la cultura del franquismo", *Letras peninsulares*, 5, pp. 389-405.
- Pont Ibáñez, J. (1991) "Historia y poética del Postismo", *Zurgai*, pp. 4-10. Recuperada de: <http://www.zurgai.com/archivos/201304/061991004.pdf?1> [consulta: 18.07.2014].
- Prados y López, M. (1943) *Ética y estética del periodismo español*. Madrid: Espasa Calpe.
- Purcet Gregori, A. (2010) "Juntos y revueltos. El SEU y las asociaciones derechistas en el proceso constitutivo del fascismo español", en Navajas Zubeldia, C. & Iturriaga Barco, D. (coords.) *Novísima. Actas del II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*. Logroño: Universidad de La Rioja, pp. 245-260.
- Rebollo Ortega, F. (2015) "Juan Aparicio y Torre vieja" Recuperado de: <http://francis-corebollo.blogspot.com/2015/09/10068-juan-aparicio-y-torre-vieja.html> [consulta: 18.07.2014].
- Ridruejo, D. (1953) "La culpa a los intelectuales. A Juan Aparicio", *La Revista*, 65.
- Ridruejo, D. (1976) *Con fuego y con raíces. Casi unas memorias*. Barcelona: Planeta.
- Rodríguez Padilla, E. (2010) *República, Guerra Civil y represión franquista, en Fiñana (Almería), 1931-1945*. Mojácar: Arráez.
- Romero, E. (1985) *Tragicomedia de España. Unas memorias sin contemplaciones*. Barcelona: Planeta.
- Ruiz, J. (2012) *El terror rojo*. Madrid: Espasa.
- Schonberg, Jean Louis (1956) "Enfin la vérité sur la mort de Lorca", *Le Figaro Littéraire* (París, 29 de septiembre).
- Serrano de Haro, A. (1926) *Perfil biográfico de Abentofail*. Guadix: La Comercial.
- Serrano de Haro, A. (1949) "Un magistral extraordinario: Don José Domínguez", *Ideal*

(Granada, 2 de enero).

- Serrano de Haro, A. (1957) "Porque a nuestro parecer...", *Acci. Semanario Informativo Gráfico-Literario*, 128 (Guadix, 17 de agosto).
- Server, G. (2005) "Ramiro Ledesma Ramos, Apóstol de la Revolución Nacional", *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 58, pp. 155-171.
- Server, G. (2009) "Estudio preliminar", en Jiménez, J.M. (comp.) *La Patria Libre, el semanario de la ruptura*. Madrid: Barbarroja.
- Sevillano Calero, F. (2002) "Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del Nuevo Estado", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 1, pp. 5-66.
- Sinova Garrido, J. (1989) *La censura de prensa durante el franquismo (1936-1951)*. Madrid: Espasa Calpe.
- Suárez Gómez, E. (1994) "Cartas al director", *El País* (Madrid, 8 de noviembre).
- Suárez Gómez, E. (2005) *El caso cerrado. Memorias de un antifranquista arrepentido*. Madrid: Oberón.
- Tapia, A. (2001) "Las primeras enseñanzas de documentación en periodismo", *Documentación de las Ciencias de la Información*, 24, pp. 231-253.
- Torres Flores, A. (1996) *Una historia de la radio, Almería, 1917-1996*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.
- Tovar, J. (2013) "Luis María Anson: Urdangarin ha hecho un daño infinito a la monarquía" Recuperado de: <https://www.jotdown.es/2013/06/luis-maria-anson-urdangarin-ha-hecho-un-dano-infinito-a-la-monarquia-un-borron-que-tardara-mucho-en-ser-olvidado/> [consulta: 18.07.2014].
- Trenas, J. (1945) "Crítica", *Nueva España*, 2694 (27 de junio), p. 3.
- Valverde Sepúlveda, J. (1977) "Juan Aparicio", *La Voz del Sur* (Jerez de la Frontera, 6 de marzo).
- Van Hooft Comajuncosas, A. (1998) *Eduardo Chicharro Briones. La obra narrativa y la obra en verso: estudio y análisis*. Lleida: Universitat.
- Vegas Latapie, E. (1987) *Los caminos del desengaño. Memorias políticas (1936-1938)*. Madrid: Tebas.
- Velázquez, F.P. (1986) *En los cerros de Guadix*. Madrid: Narcea.
- Vigil Vázquez, M. (1987) *El periodismo enseñado. De la Escuela del Debate a Ciencias de la Información*. Barcelona: Mitre.
- Zalbidea Bengoa, B. (1996) *Prensa del Movimiento en España (1936-1983)*. Bilbao: Universidad del País Vasco.

APÉNDICE DOCUMENTAL.

DOCUMENTO 1.

1980, septiembre, 2. Guadix (Granada).

Tarjeta postal de Juan Aparicio dirigida a Antonio Guillén Gómez.

Archivo del autor.

[En el sello, la imagen del rey Juan Carlos I. Remitente: Juan Aparicio, Guadix (Granada)]

Señor Don Antonio Guillén Gómez, Cronista [sic] de la ciudad de Orce (Granada).

Guadix 2 Septiembre 1980.

Estimado Don Antonio Guillén: desde mi pueblo natal, en donde estoy escribiendo mis colaboraciones de Prensa, mi *Diario* y mis *Memorias*, me atrevo a molestarle, porque no le pude visitar, aun sabiendo su existencia por los artículos de González Barberán, en Julio de 1977, en su singularísimo e hidalgo pueblo de Orce, donde sí pude ver y hablar por casualidad con el señor Villalobos Molina, quien vive en Madrid, al que llegué con mi primo Carlos López Abellán, médico y antiguo Alcalde de Guadix, tras la búsqueda de los rastros de mi tatarabuelo paterno, Don José Peral Olivares, orceño de finales del siglo XVIII, que fue enviado como Jefe Político y Administrativo a Fiñana, la villa almeriense de mi padre. El Señor Peral se afincó allí y tuvo numerosa descendencia de toda clase y condición, entre la cual mi primo segundo, el Teniente General Ricardo de Rada Peral. ¿Le sería posible proporcionarme algún dato o nueva noticia sobre mi antepasado?

Con mi gratitud anticipada le envía un cordial abrazo y queda a su disposición,

Juan APARICIO LÓPEZ PERAL 1980.

Para contestarme no hacen falta señas, hasta el 20 de septiembre, cuando regresaré a Madrid.

DOCUMENTO 2.

1980, septiembre, 20. Madrid.

Tarjeta postal de Juan Aparicio dirigida a Antonio Guillén Gómez.

Archivo del autor.

[En el sello, la efigie de Franco. Remitente Juan Aparicio, Alberto Aguilera, 12, Teléfono 44 72915, Madrid (15)]

Señor Don Antonio Guillén Gómez, Blasco de Garay, 57, 3º D, Madrid (15).

Guadix, 20 Septiembre 1980.

Estimado y admirado amigo Don Antonio Guillén: con el pie casi en el estribo del tren, pues esta noche regresaré a mi domicilio madrileño, en donde me tendrá a su disposición. Vuelvo a escribirle, aunque supongo que su hermana le retransmitiría la otra postal dirigida a Orce. El Señor Párroco, Don Antonio Triguero y la Directora de la Escuela-Hogar, Doña Fernanda Expósito, paisana y vecina mía, me han indicado su exclusivo nombre para seguir el rastro de mi tatarabuelo paterno, Don José Peral Olivares, enviado desde Orce a Fiñana, fue mandamás, y allí se casó y tuvo numerosísima descendencia de Perales de toda laya, hasta mi primo segundo el Teniente General Ricardo de Rada Peral. Me enviaron cuatro postales en colores del pueblo, pero yo deseo más datos y noticias. Conocí por azar allí a Don Gabriel Villalobos Molina y he leído los 6 articulazos del Delegado de Bellas Artes. ¿Podría Ud llamarme por teléfono y venir a casa? [puesto] que está bastante cercano.

Muy agradecido, le saluda cordialmente, Juan Aparicio 1980.

DOCUMENTO 3.

Burgos, Antonio. "El recuadro. Juan Aparicio", *ABC de Sevilla*, 25 de abril de 1987, p. 17.

He estado esperando unos días, desde que en la confusa radio del Jueves Santo, entre tambores y saetas, oí la breve noticia que informaba de su muerte. Me dije: con la de gente que son periodistas gracias a él, le dedicarán más de un recuerdo... Sí, sí... Hasta hoy, nada. Cruel España. Desagradecido gremio. Qué tropa, Romanones... Porque me estoy refiriendo al gran buda del periodismo falangista, al fundador de la Escuela Oficial de Periodismo, al gran censor del régimen, al que intentó, cuando Manolete, acabar con el "sobre" taurino, al creador de "La Estafeta Literaria" y de "El español". A Juan Aparicio López, barroco estilista de Guadix, penibético prosista de los españoles con clave, maestro de periodistas. Sí, a mucha honra: maestro de periodistas. Pero, ¿cuántos lo han reconocido en esta hora? ¿Cuántos que escribimos en los papeles pasamos por su Escuela Oficial de Periodismo? Debemos de ser allá los tres mil, los cuatro mil. Nadie que yo sepa, le ha dedicado un recuerdo, en esta España cruel, en este gremio de caínes, qué tropa, Romanones.

Si leen en ABC este artículo, en parte se lo deben a don Juan Aparicio. Porque Aparicio tenía la antigua nobleza que los españoles empleaban contra sus adversarios. Aparicio, gran censor, gran perseguidor de las ideas de libertad y Monarquía que figuraban en el expediente policial con que algunos llegamos a la Escuela de Periodismo, tenía, empero, la gallardía de reconocer la grandeza de sus adversarios. Era Aparicio de los españoles que sabían elegir a sus enemigos y que, por la calidad de ellos, se valoraba a sí propio. Esto le ocurría con ABC.

Estaba explicando un día en clase la historia de los periódicos y, al entrar, me dijo:

Burgos, esté usted atento, que hoy voy a hablar de su Sevilla...

Y fue un poema oral en prosa la descripción de la fundación de Prensa Española. Con sus ojitos chinoscos, su oronda barriga cubierta por el alto talle del pantalón, su corbata de colores imposibles, olía a Bética cuando Juan Aparicio, penibético de Guadix, empezó aquel poema:

Había en Sevilla una familia que con las flores que por la primavera dan el olor de azahar, hacía un agua para los nervios de las solteronas, y que con el fruto romano de los olivos hacía aceite. Y había en esa familia un muchacho con vena de artista, que se llamaba Torcuato Luca de Tena y Álvarez-Osorio...

Nunca oí más bella descripción de los orígenes poéticos de un periódico, con el mérito, además, de que quien elogiaba a ABC era el mayor falangistón de la historia del periodismo. Nobleza entre andaluces, se llama la figura. Granada y Sevilla. Y al terminar la clase, don Juan fue y me dijo:

¿Usted por qué no va a hacer las prácticas al ABC de Sevilla?

Comprenderán que, por gratitud, uno escriba ahora, azahar y aceite de la Bética, este artículo de homenaje a la fidelidad de Juan Aparicio con sus ideas. Olvidado ha muerto el caballero con clave del que nadie ha dicho en estos días lo principal. Aparicio fue quien llevó a Falange, desde Andalucía, el yugo y las flechas. Aparicio había sido alumno en la Universidad de Granada de don Fernando de los Ríos. El prohombre socialista gustaba de enseñar a sus alumnos la Capilla Real, y, en ella, el yugo y las flechas de los Reyes Católicos. Allí las vio Aparicio, mostradas por un socialista. Y cuando se fundó Falange, Aparicio se acordó de ellas, de su Granada. Unamuno, de haber escrito ahora sobre Aparicio, habría dicho que del mismo modo que la Compañía de Jesús nació del camino que escogió la mula que llevaba a San Ignacio, el escudo de Falange nació de la memoria lírica de un socialista, guardada por un poeta de Guadix. Ese poeta de Guadix que ahora, cruel España, ha muerto olvidado por todos, menos por los que estuvimos frente a sus ideas y junto a su admiración como prosista.

DOCUMENTO 4.

Prados de la Plaza, Luis. "La memoria de Juan Aparicio 1987", *ABC de Madrid*, 27 de abril de 1987, p. 18.

Tenía la generosidad en la primera página de su agenda, aunque también le achacaban caprichos y arbitrariedades. Pero en la balanza de los amigos, de los indiferentes y de los otros, lo que cuenta es que Juan Aparicio se pasaba de rosca casi siempre a favor de los demás. Creía en las personas. Ha hecho en un minuto más periodistas convencidos que muchas aulas en cursos enteros. Los calaba en cuanto traspasaban la línea de aquel despacho suyo de Montesquenza. Tenía la ventaja de haberse leído los veinte folios de todos los aspirantes y presumía de una memoria fuera de lo normal. Gustaba de dejar sorprendido a los visitantes. Convertía en pardillo de primera a los habituales del desparpajo. En todas sus firmas

estampaba el año, a modo de rúbrica, de suerte que siempre era «Juan Aparicio 1956», «Juan Aparicio 1964» o «Juan Aparicio 1973» el que mandaba su abrazo, su felicitación o cualquier otro mensaje. Dicen que los aspirantes a la Escuela Oficial de Periodismo salían de su entrevista aprobados antes del examen. Tenía una predisposición a lanzar hacia arriba a los que adivinaba una vena periodística por pequeña que fuera. No se le escapaba uno. Y todavía existía una repesca para los intrépidos y certeros en la observación. Por ejemplo, en un test con cien interrogantes, la pregunta que se interesaba por Arthur Miller y que incluía el nombre de Marilyn Monroe en la respuesta llevaba en el pico a las que se quedaban en la correcta referencia del dramaturgo norteamericano, por muchas obras, premios o fechas que añadiera con toda precisión.

Ofrecía una fidelidad política de las que asombran en estos tiempos. Tiene razón Antonio Burgos cuando señala la injusticia del silencio a la hora en que desaparece este periodista de raza que era Juan Aparicio. Aunque los periódicos de toda España permanecieran cerrados el Viernes Santo, alguna convulsión debieron sentir en su silencio las rotativas. Entre procesiones y carreteras me llegó tarde la triste noticia. Para confirmarla hube de indagar. También a mí me parecía demasiado extraño que Juan Aparicio nos pudiera abandonar así, casi de puntillas, con un despliegue de humildad tan destacado.

Escribe uno en cómodos plazos, pero con la misma agitación de la urgencia y los recuerdos agolpados. Había visto alguna firma manuscrita de «Juan Aparicio 1945» o así. Fui uno de los que acudieron a Montesquínza para recibir el ungüento que daba fuerza y valor, que confirmaba la fe de lanzarse de cabeza a la piscina del periodismo, aunque no se supiera nadar... Tengo gravado en mi recuerdo una visita al sanatorio de la calle de Zurbano, donde Juan Aparicio se recuperaba de una operación de cataratas. Con los ojos vendados, su memoria y su locuacidad parecían más claras. Resultaba siempre espectacular. En la puerta del ascensor, en la Ciudad de los Periodistas, o al teléfono de alguna de las llamadas más recientes, tenía este Napoleón de la Prensa la seguridad en los ojos, la firmeza en la palabra y las páginas de todos los periódicos abiertas. Llegó con la memoria fresca hasta el final.

Sabe bien Antonio Burgos que ya no tiemblan las linotipias, ni se estremece el plomo de los talleres de los periódicos. No sé si alguna vez el teléfono, las tijeras, la goma de pegar y los palilleros con pluma sintieron la necesidad de llorar la muerte de un grande del periodismo. Pero si la rotativa sigue siendo fiel y las lágrimas están en los tintos, seguro que muchos metros de bobinas de papel han mojado con su llanto los latidos de las noticias, justo cuando dejaba de latir el corazón de Juan Aparicio 1987.